

P. José Kentenich

**Epistola perlonga
Primera Parte**

Primera Carta

Santiago de Chile, 31 de Mayo de 1949

Respuesta al Informe sobre la visitación canónica del Movimiento Apostólico de Schoenstatt, realizada del 19 al 28 de febrero de 1949, y redactado por el visitador, Mons. Bernardo Stein, obispo auxiliar.

El *Informe* menciona que el "**problema de Schoenstatt**" puede ser contemplado desde *cuatro puntos de vista: dogmático, jurídico, organizativo - pastoral y pedagógico*.

Se declara como inobjetable la *enseñanza dogmática* y el sentido eclesial que se fundamenta en ella: "Su *ideario teológico* es, en cuanto a su contenido, ortodoxo y eclesial" (pág. 1).

Se toca fugazmente el aspecto *jurídico* en las conclusiones y medidas a tomar, que proponen una pronta redacción de las constituciones definitivas (pág. 7). Ya que esta tarea le compete directamente a la Santa Sede en virtud del *Pro Decretum Laudis*, no es necesario entrar aquí en esa materia (al menos no en detalle).

La *inserción organizativa en la pastoral ordinaria* es cosa del episcopado. El *Informe* pone de relieve que la cohesión del Movimiento de Schoenstatt dificulta dicha inserción pastoral (pág. 4). Tal dificultad podría allanarse fácilmente si se distingue con mayor exactitud entre Institutos, por un lado, y Federación y Liga, por otro. Los Institutos quedan al margen de la cuestión porque ya han encontrado su lugar en la estructura eclesiástica - como las Hermanas de María - o bien porque están en trámite de lograrlo - como los demás Institutos -. En cuanto sean reconocidos como *institutum saeculare*, queda resuelta también para ellos la cuestión de su inserción.

De este modo sólo resta la Federación y la Liga. Ahora bien, ninguno de las dos revisten el carácter de Familia estricto que se percibe como dificultad. En el fondo, el temor manifestado no tiene razón de ser.

Por lo tanto sólo queda el aspecto *pedagógico* como objeto de discusión. Más exactamente, se trata aquí de Schoenstatt como problema *pedagógico*. El *Informe* afirma que "el problema de Schoenstatt no es en primer lugar de carácter dogmático doctrinario sino más bien pedagógico práctico" (pág. 1).

De esta manera nos movemos finalmente en el plano en el cual Schoenstatt, desde el principio, quiso ser valorado y juzgado. Tomamos la posición que constituye la única perspectiva desde la cual puede entenderse Schoenstatt. Contemplamos la dirección hacia la cual apunta su misión para la época. Estamos nombrando el campo en el cual Schoenstatt habrá de significar una bendición o una maldición para la Iglesia...

"Nunca quisimos ser un movimiento dogmático, filosófico o psicológico, sino sólo oficial de enlace entre ciencia y vida. Nuestra ascética y nuestra pedagogía quieren ser dogmática, filosofía y psicología aplicadas" ("Carta de Octubre de 1948").

Desde el principio nos hemos considerado simplemente como un decidido movimiento de educadores, de educación, de apostolado, y deseamos que la historia nos juzgue como tal y sólo en calidad de tal.

Al entendido en la materia no le resultará difícil ampliar el tema y contemplar a Schoenstatt como símbolo por excelencia del problema pedagógico de los *instituta saecularia*. Para que dichos institutos sean capaces de desarrollarse y ser fecundos necesitan una legislación y un sistema pedagógico propios. Y esto último tal vez más que lo primero. Nosotros creemos tener una misión en este sentido, por eso sometemos con gusto nuestro sistema al debate público.

Quien esté al tanto de la situación pedagógica del tiempo actual y conozca su relación con la catástrofe de Occidente; quien esté familiarizado con los intentos de rescatar a este último, ampliará espontáneamente el marco y podrá así *contemplar a Schoenstatt como símbolo de la problemática pedagógica de todo Occidente*. Esta crisis es la que le ha dado los más fuertes impulsos a Schoenstatt, la que inspiró sus objetivos y leyes fundamentales, sus medidas y pesos. Schoenstatt es un espejo de los interrogantes existenciales y vitales de Occidente, pero también un compendio de sus intentos de solución. El lugar donde se gestó y nació quiere y debe seguir siendo su lugar de trabajo, su taller.

Más aún, quien haya tenido oportunidad de estudiar el estado actual de la Acción Católica en el extranjero; quien haya tomado contacto con hombres que estén en la dirigencia, ése sabrá que *en todo el mundo* la Acción Católica enfrenta el mismo problema: la cuestión de una educación acorde a la época. La solución que se dé a la misma decidirá la subsistencia o muerte de la Acción. En el extranjero los frentes se han endurecido en muchos aspectos; han perdido el norte y ya no pueden avanzar más. Por eso en todas partes se escucha el clamor por un movimiento que sea un neto movimiento de educadores y de educación, tal como deseamos serlo nosotros...

El *Informe* dice sin rodeos: *"Los principios sobre los que se sustenta el sistema pedagógico de Schoenstatt son asimismo fundamentalmente correctos, sin que haya nada que objetar"* (pág. 1).

¿Qué se puede responder a esto?

Si se tratara *únicamente de Schoenstatt* y de nada más deberíamos darnos por satisfechos con esta afirmación. Podríamos dejar que cada uno siga su camino sin ser molestado. Sólo tendríamos que esforzarnos por no perder de vista ciertas zonas de peligro - con las cuales tiene que contar todo sistema en la práctica - y evitarlas en lo posible. Y así todo estaría en orden. Quedaríamos por fin exentos de toda complicación con otras corrientes espirituales y tendríamos vía libre para continuar desarrollándonos tranquilamente. Al cabo de años de encarnizadas luchas podríamos archivar las actas...

Sin embargo la situación es totalmente distinta cuando contemplamos a Schoenstatt y los cuestionamientos pedagógicos en torno de Schoenstatt en el marco de los institutos saecularia, en el contexto de los interrogantes existenciales y a la luz de la situación global del catolicismo en todo el mundo, y cuando queremos precisar con mayor exactitud nuestra posición en medio de la confusión de la época actual.

Efectivamente, hoy más que nunca las cuestiones pedagógicas - especialmente para el quebrantado Occidente - son cuestiones esenciales que conciernen a la renovación del pueblo y a la reconstrucción por las cuales todos claman. De ahí que esa *solidaridad en el desconcierto general*,

de la cual habla Niemöller en la Conferencia Mundial de Iglesias, en Amsterdam, se haga notar especialmente en el campo de la pastoral y de la educación.

El *Informe* de la visitación nos recuerda este polifacético desconcierto. Consciente o inconscientemente plantea los interrogantes pedagógicos como una consecuencia de las profundas conmociones sufridas por nuestra cultura, *urgiendo a investigar con mayor hondura las leyes más sutiles del ser y de la vida. Porque la no observancia de tales leyes acarrea la escisión de la persona y de la comunidad y el aceleramiento del ocaso del Occidente católico. En cambio, cuando se las respeta cuidadosamente se convierten en fuente de abundantes bendiciones para el mundo y la Iglesia, para el pueblo y la patria.*

Sin duda es cierto que también los mejores y más irreprochables principios pedagógicos están expuestos a peligros y desviaciones que en la práctica no se pueden evitar totalmente. Es así como el *Informe* hace derivar las anomalías de "la aplicación práctica de principios dogmáticos y pedagógico - pastorales de suyo inobjetable" (pág. 1). Por lo tanto el *Informe* da la impresión de compartir con Schoenstatt los mismos principios pedagógicos fundamentales. Sin embargo no es éste el caso; ¡al contrario! *Aquí existen diferencias, aquí hay posiciones opuestas fuertemente marcadas, que se comportan una frente a la otra como blanco y negro, como vicio y virtud, como ídolo e ideal, como caricatura e imagen acabada.*

Esta afirmación no da tregua al investigador. Porque este quiere ver con toda claridad las diferencias y contraposiciones; quiere conocer sus raíces y su relación con la situación mundial actual y el desmoronamiento de Occidente; quiere conocer su influencia sobre la educación futura de los pueblos...

El educador católico *no puede conformarse con dejar sólo a Dios el reordenamiento del mundo, sino que está llamado a ser colaborador en esa gran obra.* No es ni un pesimista ni un soñador. Por eso no puede aceptar la posición que sostuvo Niemöller en la Conferencia Mundial de Iglesias. En el encuentro abierto del 26 de agosto de 1948, el orador declaraba lo siguiente:

"No sabemos cómo habrán de superarse las dificultades que enfrentamos; más aún, dudamos de si realmente pueden ser superadas. Esta duda cala incluso más hondo aún: Hablamos ya de una 'época poscristiana', en la cual vivimos, y vemos cómo se cierne la ruina sobre la misma Iglesia... Como cristiandad somos hoy 'solidarios con toda la humanidad en el desconcierto común'. Ciertamente no somos nosotros los que podríamos insuflarle nueva vida a un mundo agonizante... Ya no podemos caer en ilusiones. Hoy existe y está actuando la enfermedad mortal del nihilismo y no tenemos ningún medio para detenerla; porque no tenemos la posibilidad de volver a poner en orden este mundo sumido en el caos ni de restaurar la dignidad envilecida del hombre."

Ante esta posición nos atenemos a la ley formulada por San Agustín: *"Dios creó el mundo sin nosotros, pero no quiere redimirlo sin nosotros"*. Vale decir que Dios exige nuestra participación lúcida y enérgica también en el reordenamiento del mundo de hoy. De esta colaboración es de lo que se trata en la elaboración y en el juicio del *Informe* de la visitación.

Ambas partes, tanto el redactor como el crítico, están animados por la misma responsabilidad y por el mismo amor a la Iglesia. Ambos se esfuerzan por la edificación de Occidente. Por eso cuesta

entender por qué son tan pronunciadas las divergencias en lo que atañe a las concepciones fundamentales... Espontáneamente se plantea la pregunta de si ambos tienen razón... y si no, ¿dónde está el error? En todo caso vale la pena realizar un examen cuidadoso. Por otra parte, resulta evidente que la divergencia en cuestiones fundamentales redundará, de modo similar, en divergentes *juicios sobre los procesos de vida*.

Es así como

*las concepciones fundamentales,
las exigencias fundamentales y
las consecuencias fundamentales*

que toca el *Informe*, adquieren una relevancia que las convierte, en definitiva, en cuestiones pedagógicas fundamentales y vitales de la época actual, sobre todo de Occidente.

El amor a la verdad, al bienestar del pueblo y de la patria exige un examen y una dilucidación desapasionados de los problemas correspondientes, sin hacer acepción de personas. Para que esta labor alcance su objetivo deben eliminarse todas las interferencias de índole psicológica.

I

Se comprenderá fácilmente que le prestemos la mayor parte de nuestra atención a las concepciones pedagógicas fundamentales. Ellas determinan, hasta en los pormenores, las consecuencias y exigencias fundamentales. En vista de que se trata de un campo amplio y confuso, la genialidad estará en saber limitarse. Por eso abordaré esas concepciones en la medida en que el mismo *Informe* lo sugiera; ya sea porque las mencione formalmente o porque estén supuestas naturalmente a la hora de emitir un juicio y hacer evaluaciones.

Para despejar el camino a las preguntas de fondo, anticiparé tres apreciaciones. Dos de ellas son de índole teórica, y la tercera, de carácter práctico.

La primera consideración teórica caracteriza brevemente el sistema pedagógico de Schoenstatt como una pedagogía de ideales, vinculaciones y alianza; y en consecuencia, una pedagogía de confianza y de movimiento.

Estos principios operan, entre otros, en los institutos - vale decir, no en la Federación ni en la Liga - generando en forma natural una cohesión sana, íntima, original y familiar. De modo que los institutos poseen un neto carácter de Familia, una familiaridad particularmente íntima que gira en torno del principio parental, al menos en la Obra de las Familias y en los institutos femeninos, pero no así en los institutos masculinos. Ciertamente el Movimiento en su conjunto, con todas sus ramas, vive también una especie de familiaridad. Y tiene que ser así, porque se trata de un movimiento netamente católico. La Iglesia como tal es una familia. Así lo ha destacado especialmente Pío XII, hace poco, con un énfasis muy personal. En su mensaje de Navidad del 24 de diciembre de 1948 el Santo Padre declara:

“Desde la escalinata de Nuestra Patriarcal Basílica Vaticana, en presencia de una juventud entusiasta, hemos bendecido entonces la primera piedra de la Domus Pacis que se va a edificar, la casa de la paz, destinada a dar a la juventud del mundo católico, frente a la cúpula de San Pedro, la conciencia de pertenecer a una gran familia que abraza con igual amor a todos sus hijos.”¹

Esto no representa nada especial ni original. Lo original en nosotros, tanto en cuanto a la modalidad como al grado, son los institutos mencionados más arriba.

Por eso podemos considerar como primer resultado la siguiente constatación: El *Informe* se equivoca en muchos sentidos; confunde la esencia con las manifestaciones exteriores, y restringe estas indebidamente. Así afirma:

“Ya que la comunidad de las Hermanas - y lo mismo vale mutatis mutandis para las restantes comunidades del Movimiento - posee un marcado carácter de Familia, es posible tipificar exhaustivamente el sistema pedagógico de Schoenstatt mediante dos palabras clave: ‘cohesión’ y ‘principio parental’” (pág. 2).

Cuando se expone defectuosamente la esencia de un sistema, la descripción de las derivaciones del mismo inspira, de partida, poca confianza. Más adelante se mostrará cuán lejos llega efectivamente esta desfiguración de la realidad. En todo caso no se puede hablar de acierto en el área metafísica... Y esto es lamentable en un asunto tan importante... Normalmente hoy ya no basta con poseer sólo un sano sentido común e instinto pedagógico. Tampoco con ser depositario de una cultura general... Se estará suficientemente pertrechado recién cuando a ambas cosas se le agregue el pensar metafísico.

La interpretación errónea puede deberse a varias causas. Una de ellas radica - y de esta manera abordo la *segunda consideración teórica* - en el hecho de que Schoenstatt, en cuanto movimiento original y universal de gracias, ideas y vida, *no resulta comprensible sin más ni más*. No debe ser comparado con un punto, línea o círculo que cualquier persona, incluso las que no son especialistas en el tema, puede abarcar con una sola mirada, sino más bien *con una esfera*, que sólo puede apreciar correctamente quien se haya tomado el tiempo necesario para hacerla girar varias veces sobre su eje y reflexionar sobre cada una de sus partes, tomadas en sí mismas y en su interrelación.

De acuerdo a la comprobación que se hace en la *práctica*, se puede admitir abiertamente que *hasta ahora no hemos alcanzado la meta pedagógica propuesta: la personalidad libre* (pág. 1).

Y ello se explica por *dos razones*. La *primera* es de validez general. Así como no existe un jesuita, benedictino, franciscano, etc. concreto y vivo que sea perfecto en todas sus facetas, así tampoco se podrá hablar jamás de un “schoenstattiano” que encarne todo lo que enseña Schoenstatt. La explicación de ello se encuentra en nuestra naturaleza afectada por el pecado original y la altura inalcanzable de las metas. El Señor exige de nosotros que seamos perfectos como es perfecto el

¹ §35 (N. del T.).

Padre del Cielo. Por eso también los más perfectos de entre nosotros estarán siempre sólo en camino hacia ese objetivo, y sólo se podrá hablar siempre de un principio, pero jamás de un final.

Esta observación vale especialmente en nuestro caso porque nosotros queremos contribuir a la formación de un nuevo tipo de hombre que, si bien legitimado por la constitución "Provida Mater Ecclesiae", es extraordinariamente difícil de formar y plasmar porque renuncia conscientemente a muchos medios acrisolados a lo largo de la historia de las órdenes religiosas. Habrá de transcurrir mucho, mucho tiempo hasta que se alcance esta meta al menos en un grado tal que los hombres formados en nuestra escuela puedan equipararse con las figuras ideales del antiguo estilo de vida.

Luego de estas tres aclaraciones, afirmo *que las concepciones pedagógicas fundamentales que aparecen en el Informe* son, en la medida en que se diferencian esencialmente de las nuestras, de tipo

religioso-pedagógico,
religioso-psicológico y
religioso-filosófico.

Las de tipo *religioso-pedagógico* se refieren a los *objetivos* y *métodos* pedagógicos.

Las de tipo *religioso-psicológico* se centran en *la psicología de la esencia y efectos de la vinculación*, en especial de su forma filial.

Las de tipo *religioso-filosófico* giran sobre todo en torno del concepto de *libertad y autonomía* en general, particularmente de los institutos de laicos.

A.

El *Informe* toma posición en diversas oportunidades en relación con nuestro *objetivo religioso-pedagógico* y con nuestro *método*. La forma en que lo hace arroja suficiente luz sobre nuestra propia concepción opuesta, de tal manera que no resulta difícil confrontar y evaluar ambas.

1.- En primer lugar se valora positivamente nuestro *objetivo*.

*"Merece un reconocimiento irrestricto el fin pedagógico que Schoenstatt persigue con consecuencia: la formación del 'hombre nuevo' por medio de un cultivo del espíritu de alto grado, vale decir, la **personalidad** libre y autónoma como elemento esencial de una verdadera comunidad y condición fundamental para la superación del hombre masificado.*

De igual modo hay que reconocer con toda franqueza que este elevado, hermoso e importantísimo ideal ha sido alcanzado efectivamente en la comunidad de las Hermanas de María, en la medida en que en dicha comunidad estamos en presencia de un tipo de persona cuya actitud disciplinada, contenida, simpática, sin ser uniforme, monótona ni insípida, no es mero producto de una disciplina aprendida superficialmente o inculcada forzosamente, sino fruto de una verdadera formación interior del espíritu y del corazón" (pág. 1).

Luego se hace una restricción:

“A pesar de esta clara visión de la gran meta pedagógica y de ese cultivo del espíritu de alto grado, parece haber entre los hombres dirigentes y entre las Hermanas de María sólo pocas personalidades bien definidas, con un pensamiento realmente autónomo y una verdadera libertad interior” (pág. 1).

Más adelante se dice:

“ En suma, es posible comprobar que el ‘schoenstattiano’, tal como lo encontramos concretamente plasmado sobre todo en la comunidad de las Hermanas de María, por una parte se diferencia nítidamente del hombre masificado en sentido estricto, pero, por otra, no ha logrado evitar el peligro de una ‘masificación a un nivel superior’” (pág. 2).

Del contexto próximo y remoto se desprende que ese hombre masificado a nivel superior se forma sobre todo a partir de una obediencia ciega y despojada de voluntad propia (pág. 6). Este pensamiento se va hilvanando a lo largo de todo el *Informe* a modo de un hilo rojo. De alguna manera, en casi todas las páginas se hace presente.

Frente a esto quisiera plantear, directamente y sin tapujos, la siguiente tesis: *Lo que el Informe rechaza como hombre masificado a nivel superior, nosotros lo estimamos no sólo como ideal de todos los Instituta Saecularia, sino también como el ideal por excelencia del hombre católico que vive en comunidad, quien, en la obediencia ciega y despojada de voluntad propia - iluminada por la fe en la Providencia y animada por el amor - descubre la realización más elevada y la fuerza más creativa de la personalidad cristiana libre.*

Para explicar lo que se quiere decir con esta formulación, agregaré dos comentarios: Uno sobre la historia de ese ideal y el otro sobre la modalidad y grado de su *arraigo* en nuestras filas.

Una *breve mirada retrospectiva sobre la historia* señala que estamos en buena compañía. La *enseñanza y la vida de Jesús, toda la tradición de la Iglesia, como también la doctrina y la vida de todos los fundadores de órdenes religiosas*, están inequívocamente de nuestra parte.

Toda la cristiandad aspiró fervientemente hacia el ideal señalado, desde que con su parábola de la vid y los sarmientos *el Señor* revelara a su Iglesia el misterio del entrelazamiento muy íntimo que existe entre él y sus discípulos y declarase: El que a ustedes escucha, a mí me escucha... El que a ustedes rechaza, a mí me rechaza...; desde que el Señor estuviera sometido a sus padres durante treinta años y fuera obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz; desde que Saulo, ante la ciudad de Damasco, le preguntara al Señor: ¿Señor, qué quieres que haga?, y este lo enviara a su representante con la indicación de que dicho representante suyo le diría lo que debía hacer.

La *tradición* de la Iglesia se orienta en la misma dirección. Ella ve en ese ideal la *cumbre de la concepción sobrenatural de la vida, un compendio de todas las virtudes teologales y morales y una obra sublime de la gracia divina y de la colaboración humana.*

Santo Tomás de Aquino declara: "*Ad oboedientiam pertinent omnes actus virtutum, prout sunt in praecepto*".

San Agustín afirma: "*Oboedientia in creatura rationali mater quodammodo est custosque virtutum*".

Si estos elogios valen por excelencia para la obediencia, con tanto mayor razón son aplicables entonces a su fruto más sublime.

El ensayo escrito en Dachau sobre la piedad instrumental trata detalladamente sobre las bendiciones de la perfecta obediencia. Menciona tres: asemejarse a Cristo, asegurar una actitud decididamente teocéntrica y centrarse en el núcleo de la religión y del estado religioso. El ensayo analiza los peligros de los que nos preserva la obediencia... La obediencia nos protege de la unilateralidad en el cultivo de la vida interior, del apostolado y de la formación de la personalidad... Nos detendremos especialmente en este punto en razón de que el *Informe* interpreta de otro modo las relaciones internas entre obediencia perfecta y personalidad...

El ensayo afirma:

"En la formación de la personalidad se realiza el esfuerzo de desarrollar una voluntad fuerte y capaz de autodeterminación, de lograr una clausura interior y un cierto aislamiento exterior. Sin embargo corre el peligro de caer fácilmente en la rigidez, la terquedad y la extravagancia, tal como solemos verlo, con espanto, en el tipo del solterón o de la vieja solterona. La perfecta obediencia mantiene a la persona siempre abierta y receptiva a Dios, a Su deseo y voluntad, desposa la voluntad humana con la divina, haciéndola partícipe no sólo del poder y la firmeza de Dios, sino también de su flexibilidad, capacidad de adaptación, bondad y fidelidad."

Todos los *fundadores de órdenes religiosos* - sin excepción - proclaman el mismo ideal y señalan caminos para realizarlo. Comenzando por la orden sin oficio en común, como llamaba Melchor Cano a los *jesuitas*. El gran teólogo dominico lanzó así la consigna con la cual las antiguas órdenes entrarían en la liza contra la "orden sin oficio en común", contra el "Anticristo".

Por motivos pastorales, en lugar del oficio en común San Ignacio pone en el primer plano el *sacrificium intellectus et voluntatis*, la obediencia ciega y despojada de voluntad propia. Esta obediencia significaba para él ambas cosas: era un sustituto de la práctica de penitencias exteriores extraordinarias y a la vez constituía la realización del sentido de las mismas. Ella le permitió poner a disposición de la Iglesia, sin riesgos significativos, una tropa de combate volante, bien adiestrada y ágil. Al igual que el soldado, el jesuita tiene que practicar una obediencia ciega y despojada de voluntad propia.

El equilibrio de fuerzas de las antiguas órdenes, que la *stabilitas personae* et loci regulaba muy originalmente, experimenta un cambio entre los jesuitas, quienes darán escaso valor a la *stabilitas loci* y un valor extraordinario a la *stabilitas personae*, vale decir, a la vinculación a la persona del superior - considerado instrumento de Dios - mediante una obediencia ciega y despojada de voluntad propia.

Es por esto que San Ignacio en sus constituciones (VI, §1, reg. 36) exige que todo jesuita sea en manos de sus superiores: “*perinde ac baculus... perinde ac cadaver...*”² Con estas palabras describe a su manera lo que la ascética llama lisa y llanamente obediencia ciega y despojada de voluntad propia. Él ve la santidad en el despojamiento total de sí mismo y en la entrega perfecta de sí mismo a Dios y, por amor a Él, a la persona, deseo y voluntad del superior. Por eso escribe en su célebre carta CXX:

*“Pero quien pretende hacer entera y perfecta oblación de sí mismo, además de la voluntad es menester que ofrezca el **entendimiento**... no solamente teniendo un querer, sino teniendo un sentir mismo con su Superior, sujetando el propio juicio al suyo, en cuanto la devota voluntad puede inclinar el entendimiento... como puede errar nuestra voluntad, así puede el entendimiento en lo que nos conviene; y a la causa, como para no torcer con nuestra voluntad se tiene por expediente conformarla con la del Superior, así, para no torcer con el entendimiento, se debe conformar con el del mismo.”*³

En la misma carta coloca al jesuita obediente en el mismo nivel del mártir que sacrifica su vida a Dios.

*“...por medio de la santa obediencia; el cual ejercicio, si lejos estuviese del superior, cesaría. Es asimismo este modo de vivir de singular mérito para los que saben aprovecharse de él, por ser como un martirio que continuamente corta la cabeza del propio juicio y voluntad, poniendo en lugar de la suya la de Cristo N.S., manifestada por su ministro; y no cortando una sola voluntad de vivir, como el mártir, sino todas sus voluntades juntas.”*⁴

Se ve claramente que San Ignacio, junto con toda la tradición cristiana, va más lejos que el *Informe*, el cual admite también una “*obediencia ciega...en determinadas circunstancias*” (pág. 6). Para San Ignacio es evidente que el superior no debe ser contemplado con ojos puramente naturales, sino siempre a la luz de la fe, sobre todo en el resplandor de la fe en la Divina Providencia. De ahí que en la misma carta determine lo siguiente:

“...Nunca mirando la persona a quien se obedece, sino en ella a Cristo nuestro Señor, por quien se obedece. Pues ni porque el Superior sea muy prudente, ni porque sea bueno, ni porque sea muy cualificado en cualesquiera otros dones de Dios nuestro Señor, sino porque tiene sus veces y autoridad debe ser obedecido... ni, al contrario, por ser la persona menos prudente se le ha de dejar de obedecer en lo que es Superior, pues representa la persona del que es infalible sapiencia, que suplirá lo que falta a su ministro; (ni por ser falto de bondad) y otras buenas cualidades.

² San Ignacio de Loyola, *Constituciones*”, en: **Obras Completas de San Ignacio de Loyola**, Madrid, BAC, 1963, pág. 531: “...cada uno de los que viven en obediencia se debe dexar llevar y regir de la divina Providencia por medio del Superior, como si fuese un cuerpo muerto, que se dexa llevar adondequiera y tratar comoquiera, o como bastón de hombre viejo, que en dondequiera y en qualquier cosa que dél ayudarse querrá el que le tiene en la mano, sirve”.

³ San Ignacio de Loyola, *Carta a los Padres y Hermanos de Portugal*, en: Op. cit., pág. 811 (N. del T.).

⁴ San Ignacio de Loyola, *Carta a los Padres y Hermanos de Gandía*, en: Op. cit., pág. 696 (N. del T.).

Así que todos querría os ejercitádes en reconocer en cualquiera Superior a Cristo nuestro Señor, y reverenciar y obedecer a su divina majestad en él con toda devoción.”⁵

Por respetuosa fidelidad a la tradición y profunda comprensión de nuestra misión para la época actual hemos hecho nuestra esta concepción de la esencia, importancia y fecundidad de la obediencia ciega y despojada de voluntad propia, dándole una impronta moderna.

Para mayor claridad, a continuación se desarrollará brevemente tres aspectos. En primer lugar me referiré al *hecho* de esta recepción, luego a los *motivos* y por último a las *dificultades* señaladas por el *Informe*.

En realidad no hace falta destacar el *hecho* en forma particular, ya que el *Informe* lo da por supuesto en casi todas sus páginas. Sin embargo lo hace con la intención de censurar como degradante y despersonalizante la actitud permanente de obediencia ciega y despojada de la propia voluntad. No obstante tocaré el tema para que la exposición sea lo más completa posible, pero para las reflexiones que seguirán tomaré como principio de selección el punto de vista ya señalado.

Quiero destacar, en suma, que nosotros:

**predicamos,
exigimos
y vivimos**

la obediencia perfecta.

Predicamos la obediencia perfecta

Nuestra enseñanza puede comprobarse fácilmente recurriendo a nuestros *escritos*. La hallamos claramente formulada sobre todo en nuestro manual de ascética *La santidad de la vida diaria*. Si bien los textos correspondientes que se encuentran allí son breves, resumen todo *lo esencial* de manera inequívoca. Se adaptan cuidadosamente a la *problemática, el modo de pensar y hablar* del hombre moderno. Por eso desarrollan con singular claridad la esencia de la *obediencia y su grado más alto*, la obediencia ciega. *Por otra parte tocan con menor detenimiento lo que resulta fácilmente comprensible al pensamiento actual.*

Se esboza la *esencia* de la siguiente manera:

“Mediante el reconocimiento de la dignidad y de la nobleza de la persona cristiana, la obediencia... y gobierno cristianos adquieren un particular sacralidad” (WH 1974: S.199)

“El subordinado se inclina profundísimamente y con libertad soberana ante Dios que está detrás de la legítima autoridad. El superior es representante de Dios, no un sustituto de Dios. Obediencia no es por lo tanto servicio a hombres sino a Dios” (ibídem).

⁵ San Ignacio de Loyola, *Carta a los Padres y Hermanos de Portugal*, en: Op. cit., pág. 808 s. Hemos conservado el orden original de los párrafos (N. del T.).

A continuación se enumera una serie de citas tomadas de los místicos antiguos que establecen un nexo con el pasado de la Iglesia. Así se dice, por ejemplo:

“La voz de Dios y la voz de la Iglesia son sólo una voz; porque la voz de Dios habla a través de la voz de nuestra Santa Madre Iglesia, en todas sus enseñanzas, consejos y mandamientos. Por eso la obediencia subordina al hombre también a la Santa Iglesia, a los sacramentos, a los superiores, a la doctrina de la Iglesia, sus mandamientos y consejos, y a todas sus buenas costumbres e instituciones. La obediencia hace al hombre sumiso frente a sus superiores por amor de Dios” (ibídem)

Luego se expone programáticamente la *carta magna de la obediencia cristiana* con la aguda formulación:

“En su condición de subordinado, el santo de la vida diaria sabe, a la luz de la fe, que a través de sus superiores Dios le está hablando, Dios quiere guiarlo y santificarlo” (WH 1974: S. 201).

La obediencia cristiana no se inclina ante cualquier hombre, sino ante Dios que está en el hombre. Si esto vale para todos los grados, tanto más para el más alto.

Por eso la obediencia no forma hombres masificados, sino personalidades fuertes, desasidas de su propio yo, llenas de Dios; hombres capaces de vencer el amor primitivo a sí mismo y cultivar un amor al tú de alto grado y abnegado. Hombres que experimentan un desarrollo, crecimiento y consumación de la propia personalidad en el trato con el tú personal, al cual acogen con amor, enriqueciéndolo.

Llamar a la persona que obedece *“instrumento despojado de voluntad propia en manos de un hombre”* no es cristiano y, además, significa una degradación (pág. 6).

La obediencia cristiana habla únicamente de instrumentos despojados de voluntad propia en manos de Dios, quien manifiesta Su voluntad a través de hombres; o bien de dependencia absoluta de un hombre que es representante y transparente de Dios, y que transmite Sus deseos.

Es posible que en ciertos ámbitos de la Iglesia se sostenga teóricamente esta concepción. Pero en la práctica es negada en infinidad de casos.

De ahí que los autores cristianos modernos hablen, no sin razón, de herejías de la vida cotidiana, a diferencia de las herejías doctrinales. ¿Quién se atreve hoy a repetir con los *antiguos Padres* de la Iglesia aquella afirmación tan rica en contenidos: *Sacerdos post Deum Deus terrenus*? Esta forma de pensar se nos ha vuelto extraña. Es por esto - y no por otra causa - que suena chocante cuando un superior, delante de sus subordinados - que según el precepto paulino viven y trabajan con libertad interior, llenos de espíritu de fe - vierte esas palabras de los Padres en una formulación que resulta sencilla, popular y sin segunda intención para un pensamiento y sensibilidad cristiano-orgánicos: *“Para usted yo soy Dios”* (pág. 4).

En cambio se prefiere aquella otra formulación desgastada, abstracta y por eso poco motivadora: *“Los hijos deben respeto, amor y obediencia a sus padres”*. Por influencia del Movimiento Litúrgico la gente se entusiasma con la *sabiduría de vida de los primeros cristianos*, tal como resuena en la frase: *“Vidisti fratrem tuum, vidisti Christum”*. Sin embargo en la práctica no se profundiza porque se conoce y se vive muy poco la ley de la transparentación de todo hombre en estado de gracia, de toda creatura, del orden de la sexualidad.⁶

Los *amantes de la literatura* citan con fervor y entusiasmo las palabras de Paul Claudel:

“Ya con su mera presencia el sacerdote, en el cual el carácter sacerdotal relega a segundo plano lo humano, suscita una inquietud, moviliza todo lo que hay de defectuoso y humano en nosotros. Porque donde aparece Cristo, tiembla el polvo...”

pero se quedan perplejos cuando hay personas que tienen el valor de tomar en serio estas palabras en tiempos modernos infectados por el paganismo. Hoy nos quejamos de mil maneras del *sentimiento anticlerical reinante*, pero nos olvidamos que su raíz metafísica es precisamente esa escasez de espíritu de fe. De ahí que nosotros mismos seamos, de muchas formas, su fuente, causa y acólitos. Tampoco tiene mucho sentido *restringir la concepción sobrenatural de la obediencia (al caso de la obediencia) a la Iglesia oficial...* Cuando se ha debilitado el fundamento de la sana obediencia católica, el espíritu de fe, ya no se podrá conjurar entonces los espíritus malignos que se han invocado. Estos se atreverán también a invadir los ámbitos oficiales de la Iglesia.

El espíritu de fe y la obediencia católica están inseparablemente unidos. Se relacionan entre sí como causa y efecto. La modalidad y grado de uno determina la modalidad y grado del otro. En todas partes está desapareciendo hoy el espíritu de fe, y por eso desaparece también la capacidad de comprender la teoría y la práctica de la obediencia católica. Lo que Pío XI llama la *“peste del laicismo”* y León XIII *“naturalismo”*, ha ido calando hoy casi en todos los ambientes, provocando grandes estragos. De ese modo se priva en gran parte de su fecundidad a toda la vida cristiana y a la de las órdenes religiosas. Así lo lamentan con notoria amargura los autores de ascética conocedores de la época actual. El P. Eberschweiler opina al respecto:

“Si se quiere que la luz superior que nos ha resplandecido en Jesucristo ilumine todo los órdenes de la realidad, habría que organizar de manera muy distinta tanto la vida pública como la privada. Pero justamente esto es algo que no le place mucho al hombre moderno, quien prefiere dejarse guiar por los pareceres de una razón obcecada y las aspiraciones de una naturaleza corrompida, cerrándose a esa luz superior, a los rayos del Sol de Justicia.

Y a pesar de que dicho Sol está ya alto en el cielo, a pesar de que ya ha salido - como dice San Juan - para iluminar a todo hombre que viene a este mundo y derramar su luz sobre todas las sendas que tenemos que recorrer desde el primer despuntar de la razón hasta el último suspiro que demos, sólo se le abre a lo sumo aquel campo de la vida humana centrado en el servicio directo a Dios, e incluso ahí mismo se le da una muy escasa cabida... ¡Qué estrechos son los

⁶ Con espíritu de fe, descubrir a Dios en todo lo creado, haciendo así de toda la creación una realidad que *“transparenta”* a Dios (N. del T.).

límites que se le pone a lo sobrenatural! ¡Cómo se desvanecen la mirada y las aspiraciones sobrenaturales! 'Diminutae sunt veritates a filiis hominum' (Sal 12, 2).

Sí; he aquí la principal calamidad de nuestro tiempo. Se cierne sobre toda la humanidad de hoy como una atmósfera viciada. ¡Cuántas las víctimas que ha cosechado! ¡Cuántos los contagiados! Hay algunos católicos que a pesar de ser honrados, de ser gente buena, viven sin embargo la mayor parte de su vida diaria - incluso sin cometer quizás muchos pecados - de forma enteramente terrenal, puramente humana, sin espíritu de fe, fríamente, sin mucho valor para la eternidad. Más aún, hay algunos que han emprendido el camino de la perfección y se hallan en él desde hace años; sin embargo el Señor podría decirles: '¿Adhuc et vos sine intellectu estis?' '¿También ustedes están todavía sin inteligencia? (Mt 15, 16) ¿También ustedes juzgan y tratan todo de modo tan terrenal, tan sin aquella comprensión que otorga la fe?

En efecto, una buena parte de la miseria, de las dificultades en que caen también los religiosos y en las cuales se comportan prácticamente igual que los seglares, proviene del mal fundamental de nuestro tiempo: la falta de espíritu de fe. Y cuando algunos no alcanzan aquella alta virtud que incluso sería fácil de lograr, dada la abundancia de medios, ello se debe nuevamente a la misma causa: Sus miras sobrenaturales apenas van más allá del campo de las prácticas devocionales. El espíritu de fe no cala en todos los ámbitos de sus vidas. Esta luz superior alumbra sólo débilmente sus sendas. Por eso no se percibe - ni mucho menos se aprovecha - una cantidad de oportunidades para alcanzar la virtud. 'Salva, Yahveh, que ya no hay fieles, se acabaron los veraces entre los hijos de Adán' (Sal 12, 2) (Pág. 126 s.)"

Luego el P. Eberschweiler, jesuita muerto con fama de santidad, aplica esta medida principalmente en dos áreas temáticas: la cruz y el sufrimiento y la obediencia católica.

Junto con la funesta separación mecanicista entre causa primera y segunda, el idealismo filosófico es también culpable de esta trágica situación. Porque el idealismo filosófico - siguiendo la "ley del péndulo" que rige las corrientes culturales - suscitó un vitalismo extremo, lo convocó a la liza y le facilitó la toma del poder.

Sólo podrán salvarnos de ambos peligros un pensamiento y una concepción de la vida sanos y orgánicos, vale decir, una visión de conjunto que, respetando la ley de la transferencia y de la transposición orgánicas, sea capaz de restablecer la unidad - en la tensión y en la armonía - entre religión y vida, entre causa primera y segunda, entre naturaleza y gracia, entre fe y ciencia.

La misma atomización de sutilísimos procesos de vida orgánicos puede detectarse hoy por doquier en el ámbito de la sensibilidad y pensamiento cristianos. Esto parece ser una nimiedad, pero examinándolo con mayor detenimiento debe ser considerado como causa de las más devastadoras consecuencias. Los terribles efectos de la bomba atómica muestran lo que significa la destrucción de las unidades vitales fundamentales.

Una bomba atómica similar en el reino de la vida espiritual, moral y religiosa es la negación o no observación de la ley de la transferencia y transposición orgánicas.

A pesar de su seria búsqueda e investigación, el *Informe* no logra comprender correctamente esa ley. De ahí ciertos juicios erróneos; de ahí - como se mostrará más tarde en el desarrollo de su psicología de la religión - una concepción de *filialidad primitiva* que nosotros siempre hemos rechazado como idolatría pagana; de ahí una actitud *mecanicista* ante la *ley de la transposición*, que llevaría a un supnaturalismo para así, tarde o temprano, predisponer a extravíos en el campo sexual; de ahí el pavor cuando la palabra "padre" en la oración significa ambas cosas: Dios Padre y su transparente en la tierra; de ahí la perplejidad cuando se escribe simbólicamente un nombre en *el corazón del padre humano, convertido en símbolo*, el cual está directamente unido al corazón de la Sma. Virgen, representado plásticamente.

No tiene sentido ocultar procesos de vida cuando están en juego cosas tan importantes. Se trata de la verdad y no de personas. Y la verdad no es una ramera que se vende, sino un bien supremo, una hija de Dios: Dios mismo es la verdad. Y el reino de Cristo en la tierra no sólo es - como lo expone Pío XII en su primera encíclica - un reino de justicia y amor, sino también de verdad.

Todos los que destruyen la unidad interna de la vida son, consciente o inconscientemente, *precursores del bolchevismo en el ámbito católico*. ¿De qué nos sirven todas las protestas, para qué los grandes discursos, si por detrás nosotros mismos abrigamos la serpiente en nuestro pecho? En este sentido parece que el alma germana presenta una peculiar ambigüedad que puede ser realmente fatal. Sobre este punto Ivo Zeiger dice en su magnífico discurso en el Congreso Católico de Maguncia:

"Nosotros, los alemanes, cargamos con una curiosa ambigüedad: por un lado trabajamos dura y tenazmente cuando tenemos una tarea bien definida y, por otro, nos perdemos, divagando sin límites, en intrincadas teorías utópicas. Y también nuestra pastoral, en el más amplio sentido, se halla bajo el signo de esa ambigüedad, tanto el apostolado del sacerdote puesto por Dios como el apostolado del fiel apóstol laico.

Todo párroco, capellán o laico, cada cual trabaja en su área infatigablemente, hasta el agotamiento, con una fidelidad y dedicación admirables, con un espíritu de sacrificio conmovedor. Nunca podríamos alabar lo suficiente a esos hombres y mujeres que se encuentran en el frente de batalla. Anhelamos instrucción, una mirada que trascienda la estrechez de la cotidianidad y se lance hacia la lejanía, grandes motivaciones prácticas, vale decir, realizables. Sin embargo al examinar sobre este punto nuestras publicaciones, ellas nos ofrecen en verdad especulaciones profundas, análisis eruditos del pasado y planificaciones de vasto alcance, pero lamentablemente demasiadas cosas que en el contacto con la vida práctica resultan ser espejismos.

Al hojear los programas, análisis de la situación, tesis y metas de las organizaciones de los últimos tres años, a menudo no puedo evitar la impresión de que se está tendiendo grandes puentes que no conducen a nada. ¡Cuántas fuerzas valiosas y calificadas se invierten en esas construcciones, se gastan, más aún, se derrochan con santo idealismo en lo insoluble, mientras que lo que tiene solución, si bien difícil, queda postergado: la construcción de sencillos puentes hacia las almas!

Nuestra Santa Iglesia busca en primer lugar al hombre mismo. Y en este sentido no es moderna. Porque nuestro mundo, que por cierto habla ininterrumpidamente sobre el hombre, busca y organiza primero las cosas y fuerzas al servicio de las cuales se habrá de poner luego al hombre. Por eso no sorprende que el hombre moderno, percibiendo instintivamente esta inversión de las cosas, se torne inseguro, se angustie por su existencia."

Tanto idealismo como el que se cultiva en el *Movimiento Litúrgico*, apenas si alcanza su objetivo debido a la arraigada concepción mecanicista. Por esta misma razón tampoco la *consagración a María* en Alemania ha dado mayores frutos. El pensar mecanicista no logró ni logra descubrir en esta consagración una entrega total recíproca, una donación de toda la personalidad. Se quedó y se queda sólo en un mero seguro de protección. La entrega total - así se dice - sólo debe realizarse directamente a Dios. Pero no advierte cuán extraordinariamente mecanicista es esta concepción; de qué manera extrema atomiza, nivela, vacía y empobrece; cuánto contradice a toda la tradición cristiana. Es natural entonces que en razón de tal actitud - que ni siquiera reconoce una entrega total a la Sma. Virgen, el más acabado transparente enteramente humano de Dios - una obediencia realmente ciega y despojada de voluntad propia ante otros instrumentos subordinados parezca imposible.

La *obediencia de ejecución* y de *voluntad* es por cierto difícil de practicar, pero no de entender. Por eso "*La santidad de la vida diaria*" llama la atención sobre ella sólo con una frase:

"(El santo de la vida diaria) no se conforma con la ejecución exacta, rápida y perfecta de lo que se ha ordenado o deseado conforme a los reglamentos, ni le basta la sujeción interior de la voluntad a lo encomendado..." (pág. 222)

En cambio trata con *mayor detenimiento* la cuestión de la *obediencia ciega*:

"(El santo de la vida diaria) lucha por alcanzar el grado más elevado de obediencia, por la obediencia de entendimiento, por una sana obediencia ciega." (pág. 222)

Para que esta obediencia se conserve sana, ella exige una *determinada predisposición* y fija cuatro *conductas y actitudes* que se desprenden de dicha predisposición.

La *predisposición está determinada por la fe práctica en la Divina Providencia*, vale decir, amortiguar la luz de la razón puramente natural y dejar resplandecer en toda su intensidad la luz sobrenatural de la fe.

De esa actitud fundamental se desprenden cuatro importantes conductas. La primera tiene validez general. Las siguientes son sólo circunstancialmente necesarias.

Primera conducta:

"Por eso (el santo de la vida diaria) se afirma desde un principio en la convicción de que todo lo mandado por los superiores es justo" (pág. 222).

La frase es muy sencilla, pero entraña grandes exigencias para la manera de pensar y para la voluntad del hombre de hoy. ¡Cuántos subordinados hay que mantienen una actitud opuesta!: Una orden o una afirmación les parece ya, de partida, sin sentido, tan sólo por provenir de tal o cual superior. Les falta espíritu de fe...

Segunda conducta:

“Si (el santo de la vida diaria) advierte que lo mandado por el superior no es tan conveniente, lo hace ver así con respetuosa franqueza” (pág. 222).

Tercera conducta:

“Si ve que no ha surtido efecto, cierra entonces los ojos puramente naturales del entendimiento – practica la obediencia ciega – y deja resplandecer con tanto mayor intensidad en su alma la luz de la fe, que le señalará claramente cómo Dios, según los planes de su Providencia, sabe encaminar al mayor bien todas las cosas, incluso los desaciertos de los superiores, con tal de que los hombres se esfuercen en amarlo” (pág. 222).

Tales errores de gobierno deben ser estimados como debilidades y pecados personales. A ambas especies se puede aplicar aquellas palabras de San Pablo: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*. San Agustín agrega: *etiam peccatum...*

¡Con cuánta frecuencia la historia muestra que Dios ha guiado a una comunidad hacia una determinada meta a través de las torpezas y equivocaciones de los superiores!

Cuarta conducta:

“Y prosigue su camino sin que se acibare ni empañe la mutua relación. Lo cual no impide que cuando él, más tarde, pueda decidir por sí mismo en aquella materia, solucione y trate el caso como le parezca bien en el acatamiento de Dios. De esta forma sabe armonizar la franqueza, la propia iniciativa y la respetuosa obediencia” (pág. 222).

Exigimos la obediencia ciega

Hay tres documentos auténticos que dan fiel testimonio de ello: El Estatuto General, el Rito de Incorporación y las Constituciones.

Hay dos *Estatutos Generales*. Y, como en el caso de los jesuitas, antes de que las postulantes sean aceptadas definitivamente y tomen el hábito, se les va explicando dichos Estatutos cada cierto tiempo y presentando para su firma. En el primer Estatuto General se dice, en la sexta pregunta:

*(Ver traducción oficial de los estatutos)

“¿Está dispuesta a la entrega total de su voluntad y a la subordinación irrestricta a los deseos y órdenes de sus superiores?”

La pregunta séptima añade:

“¿Está dispuesta, renunciando a su propia voluntad, a ser trasladada a otro lugar o a otro puesto de trabajo si la obediencia así lo exigiera?”

Las mismas preguntas vuelven a replantearse, si bien de otra forma, en el segundo Estatuto General. La pregunta sexta dice:

“Y después de exponer con franqueza su opinión, ¿está dispuesta a practicar una obediencia perfecta, vale decir, renunciar a la voluntad propia y subordinarse, por amor a Dios, a los deseos y órdenes de todas sus superiores, aun cuando no comprenda la orden?”

Pregunta séptima:

“A pesar de haber realizado una formación anterior de objetivos distintos y tener otras inclinaciones, ¿está dispuesta a dejarse trasladar, renunciando a su voluntad propia, a cualquier otro puesto de trabajo si la obediencia así lo exigiera?”

Pregunta octava:

“Está dispuesta a que sus Hermanas y superiores, hasta el final de su vida, le hagan observaciones sobre defectos y debilidades de carácter, para encarnar de la manera más perfecta posible el ideal de una personalidad bien definida, y asemejarse, mediante un sencillo amor a la cruz, a Jesús despreciado?”

En el Rito de Incorporación el sacerdote procede a preguntar:

“En la presencia de Dios Omnipresente; ante la imagen de la Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt y frente a toda la Familia les formulo las siguientes preguntas para que las respondan:

¿Prometen aceptar todos los principios de su Familia y, junto con una actitud de franqueza, obedecer de manera perfecta?

Hermanas: Sí, prometemos.”

Las Constituciones contienen los siguientes puntos sobre la obediencia:

“140. La obediencia familiar es uno de los pilares más importantes y valiosos de la comunidad. Esta no puede subsistir sin la disposición de cada una a subordinar totalmente su propia voluntad por amor a Dios.

141. El sentido de la obediencia es la unión - animada de espíritu - de la propia voluntad a la voluntad de los superiores, a las costumbres y normas de la Familia y, a través de ellas, a Dios.

142. *Las Hermanas de María están obligadas a obedecer en razón del carácter familiar de la comunidad (cuarto mandamiento). En virtud del cuarto mandamiento los superiores pueden ordenar también so pena de pecado (ver N.º. 145/146).*

143. *De no existir explícitamente una indicación contraria en las constituciones, las normas de la comunidad son normas penales, vale decir, ellas en sí no obligan a su observación bajo pecado, pero ciertamente la Hermana está obligada, dado el caso, a aceptar, bajo pecado venial, la sanción que corresponda a la transgresión.*

144.- *La obediencia tiene que ser familiar, vale decir, debe ser, en primer lugar, fruto del amor, no del temor, y permitir una sana franqueza.*

145.- *Sólo en casos extremos les está permitido a las superiores ordenar algo bajo pecado, y en esas oportunidades únicamente bajo pecado venial. El derecho a ordenar algo bajo pecado grave, sólo lo tienen el Padre y la Madre espirituales de la Familia.*

146.- *Cuando una orden obligue bajo pecado, tiene que ser dada según la forma prescrita, vale decir, por escrito y claramente. Cada vez que se haga uso de este derecho, la superiora tiene que informar al superior mayor.*

147.- *En la práctica de la obediencia, las Hermanas habrán de observar los siguientes principios:*

1) *Deben obedecer a todos los superiores como a representantes de Dios, y no sólo a aquellos a quienes les resulte fácil obedecer.*

2) *Desde un principio la Hermana parte de la actitud de reconocer como correcto lo que disponen los superiores. Si a pesar de ello en algún caso concreto tiene una opinión diferente, podrá decirlo con franqueza y humildad. Pero si la superiora mantiene su orden, habrá de cumplirla – dando por supuesto que se no se trate de un pecado – con prontitud y de buen grado.*

148.- *Téngase cuidado de que no se practique la franqueza a costa de la obediencia, de la humildad y de la caridad. La franqueza deja de ser sana cuando:*

1) *contraría continuamente y plantea su punto de vista de manera no humilde o abrupta;*

2) *reclama para sí misma el derecho de ser franca, pero no puede soportar ninguna crítica de parte de la superiora o de sus cohermanas;*

3) *pretende continuamente imponer una opinión, aun cuando esta haya sido rechazada hace mucho tiempo.*

150.- *Dando por supuesto que la persona se atiene a los principios de la Familia, no se atenta contra la obediencia cuando*

1) *de cuando en cuando se revisan los principios y se expone la opinión personal ante las instancias competentes;*

2) cuando por motivos razonables algunas veces sea indulgente en la aplicación de los principios.

Las Hermanas no deben caer en la rigidez, sino captar siempre el sentido de la obediencia como personas maduras”.

Lo anterior arroja mayor luz sobre los *actos de entrega al padre* de los que se habla en el *Informe*. *Ellos no son más que una renovada decisión - reiterada, voluntaria y hecha en el marco de la pedagogía del movimiento - por la obediencia frente al Cabeza de Familia y frente a toda autoridad regular*. Así estuvieron pensados estos actos desde el principio y así también se los interpretó. Una Familia que posee el mínimo imaginable de vínculos jurídicos depende de tales corrientes. Si deja de trabajar con ellas, pronto correrá el peligro de anquilosarse o de perder su identidad.

Donde realmente reina la vida, allí existen también tensiones continuas, allí se alternan bajamar y pleamar. Y a veces es posible que las olas rompan por encima del malecón. Así fue siempre entre nosotros y así seguirá siéndolo.

Es por eso que *no sólo hablamos de pedagogía de movimiento sino también de pedagogía de confianza*. La pedagogía de movimiento conduce por la vía del movimiento hacia metas claramente reconocidas. La *pedagogía de confianza* suelta a propósito las riendas, aun cuando aumente el oleaje. Ella cree y confía no solamente en lo bueno que hay en el hombre y en la ley de las tensiones en la comunidad, sino también en la guía misericordiosa de Dios. *Ciertamente nunca pierde de vista el conjunto de la situación, pero prefiere mantenerse en un segundo plano, interviniendo sólo cuando es necesario o provechoso*.

Todo esto ha sido considerado atentamente en nuestra corriente del Padre o corriente de obediencia. La cabeza de la Familia ha mantenido firmemente las riendas en sus manos. Si alguna tensión ha estremecido transitoriamente el cuerpo de la Familia, ello se explica por el método y por el desarrollo histórico. Sencillamente es parte de la esencia de nuestro método pedagógico y siempre tendremos que contar con ello.

Por lo tanto, cuando el *Informe*, pág. 1, habla de anomalías que se habrían producido efectivamente, no está viendo la situación con claridad. Rechaza lo que nosotros designamos “un principio de vida creativo de primer orden” al cual asimismo aspiramos. Quizás ello se deba a que el *Informe* aplica los parámetros usuales de la pedagogía de estado a una Familia gobernada según las leyes de la pedagogía de movimiento. Así pues produce la impresión (pág. 2) de que los actos de entrega al padre hubiesen sido objeto de discusión. Eso no es cierto... problemático fue sólo la creciente cantidad y tipo de sus símbolos.

El desarrollo futuro del mundo, que ya no sabrá de distancias y pondrá fácil y rápidamente en contacto a los hombres de los continentes más lejanos y por eso habrá de contar continuamente con situaciones cambiantes y no con formas fijas, no podrá prescindir de la pedagogía de confianza y de movimiento. También la Iglesia, por su propio beneficio, tendrá que enfrentarse tarde o temprano con lo mismo. Ya hoy parece verse ante esta necesidad.

Vivimos

esta obediencia o, mejor dicho, tratamos de vivirla. Tal como la concebimos y tal como la hemos expuesto, constituye para nosotros un *concepto que sintetiza la imagen ideal del hombre nuevo y de la comunidad nueva*. El ideal es sin duda tan alto que jamás lograremos realizarlo enteramente.

Ya que el *Informe* centra su análisis en este punto y ve fallas donde nosotros hablamos de virtudes heroicas, *es necesario dar una respuesta clara y exhaustiva que contemple dos aspectos: uno positivo y otro negativo. El positivo muestra que entre nosotros - y cómo - se cultiva cuidadosamente todos los elementos esenciales de la obediencia ciega. El negativo refuta las objeciones del Informe.*

El aspecto *positivo* se atiene a los elementos constitutivos expuestos más arriba.

Ya hemos presentado el espíritu de fe como condición, fuente e indicador de la obediencia perfecta. Dicho espíritu se pone especialmente de manifiesto en la fe práctica en la Divina Providencia. El espíritu de fe es para nosotros la luz que todo lo transfigura, que nos revela nuevas dimensiones, que hace que todo cobre una admirable transparencia: mundo y hombre, defecto y pecado, fortuna y desgracia, las cosas creadas, las cosas de la sexualidad... Hasta la llegada de la visitación, las Hermanas vivieron en ese mundo sobrenatural con una libertad interior grande y natural, con ingenuidad; miraban la vida con los ojos de la fe, venciendo las dificultades con gran sencillez. La visitación las arrancó de esa atmósfera... Ello ocurrió cuando aún no se había superado por completo otra crisis: la del paso de una vivencia de Familia individual a una comunitaria.

“Creo” - se lee en una carta - “que nuestras Hermanas en el extranjero se habrían llevado un gran susto - como difícilmente lo hayan experimentado alguna vez - si hubiesen sido examinadas como nosotras sobre asuntos tan íntimos de la Familia, y además de una manera tan crítica, si bien benévola.

Primero tuvimos que afrontar la apertura al ámbito público de la Familia - pienso en las vivencias comunitarias y sus expresiones - . Esta fue la primera crisis. Y cuando aún no la habíamos superado, se abre paso, o mejor dicho irrumpe, la mirada pública en el paraíso de nuestra Familia, cuya clausura se había mantenido tan celosamente hasta entonces.

Ambas cosas significaron una conmoción o, mejor dicho, una amenaza para la piedad y la ingenuidad, y ciertamente en una medida creciente. Fuimos despertadas, abrimos los ojos, nos hicimos ‘mayores’. Y ahí subyace creo yo – usted, Padre, sabrá juzgar mejor si estoy viendo las cosas con claridad – el peligro para las que son guiadas – las cuales en el fondo somos todas.

En cuanto a nosotras, las que guiamos, no advertimos la situación y aplicamos ciertos principios con torpeza. Naturalmente no estoy diciendo en absoluto que muchas de nosotras hayan sucumbido ante el primer peligro. No, ciertamente que no. Pero el peligro nos ha afectado. Es como si una escarcha hubiera descendido sobre su jardín. Pero el sol está saliendo de nuevo y pronto las flores levantarán sus cabecitas y lo mirarán a usted, radiantes, a los ojos, tal como lo

hacen los niños luego de un mal sueño. Este es mi deseo y mi esperanza. De alguna manera también yo fui presa del desconcierto” (1 de mayo de 1949).

Nuestra pedagogía de movimiento exige que revisemos entonces todas las cuestiones planteadas. Dios habla a través de los acontecimientos. No debemos descansar hasta reconquistar la antigua piedad e ingenuidad en un grado más elevado, haciendo de ellas una posesión segura e imperdible.

Ya ha comenzado una laboriosa búsqueda e indagación. Luego de la visitación, el consejo general, el equipo de formadoras y la comunidad de las superiores provinciales dieron en primer lugar su opinión sobre la práctica penitencial habitual. Sólo a una sensibilidad enfermiza podría ocurrírsele que con esta práctica el alma podría ser herida como (si fuese pisoteada) por pesados zapatos erizados de clavos. Nuestra Familia, en su conjunto, ha recibido, en suma abundancia, el don extraordinario de contemplar la realidad bajo la luz sobrenatural. Por eso jamás se formaría una opinión como esta. El resultado fue entonces un ‘sí’ unánime, cálido y renovado a nuestra práctica, tal como ha venido siendo hasta ahora y para siempre.

Esta es la misma opinión que dio una infinidad de Hermanas, tanto de Alemania como del extranjero, que posteriormente fueron puestas al tanto de este complejo de cuestiones. Consideran que estas actitudes, “surgidas de una atmósfera religiosa muy depurada y de la relación mutua transfigurada sobrenaturalmente y signada por el respeto - habituales entre nosotros - , como un sacramental, como un regalo especial que satisface un secreto anhelo del alma, haciéndola capaz de permanecer despierta y vivaz en el trato privado y directo con Dios.”

Como ha ocurrido siempre entre nosotros, también en esta oportunidad la pregunta nos urge a dar una nueva respuesta; la duda, a alcanzar una nueva seguridad; el ataque encubierto, a realizar nuevos actos heroicos.

En una carta recibida se lee:

“No dudé ni un solo instante de la autenticidad de nuestra conducta. Pero el alma se anegó de profundísimo dolor. Que precisamente aquello tan delicado haya sido sacado tan sin respeto a la vista de todos es algo que todavía me lastima. Pero los caminos de Dios son admirables. Estamos acostumbrados a ser atacados siempre allí donde está el nervio vital, el núcleo esencial. Se trata del más delicado y fino de todos nuestros secretos de Familia. Y cuántas bendiciones trae consigo es algo que yo he experimentado en mí misma una infinidad de veces” (3 de mayo de 1949).

Se aprecia una cierta constante en el hecho de que la gracia de Dios inspire ahora a una serie de personas a ofrecer su vida a Dios por la fecundidad de nuestra práctica penitencial hasta el fin de los tiempos.

El Informe declara:

“Por lo demás, las Hermanas que fueron interrogadas sobre el punto admitieron sin rodeos que sólo el P. Kentenich y nadie más podía permitirse tales métodos” (pág. 7).

En primer lugar, la frase presenta *evidentemente un error de escritura*. Debería decir: "Por lo demás, algunas Hermanas", vale decir, una, dos, a lo sumo tres Hermanas, pero no *las* Hermanas, "que fueron interrogadas sobre el punto"... ya que, como lo demuestran mis actas, casi todas, sin excepción, opinaron de modo distinto, y si llevásemos a cabo una revisión crítica, esta aportaría un cúmulo de testimonios que avalarían esta posición.

La expresión "permitirse" puede significar dos cosas, ya sea que se la considere en sentido lato o en sentido estricto. Si con ella se quiere expresar que se anhela ese acto sólo cuando surja de la misma atmósfera sobrenatural, no hay nada que objetar. Si en cambio se propone tomarla en su sentido literal, entonces entraña algo inusual y temerario. *Porque en ese caso expresa algo muy distinto de lo que palpita en el sentimiento vital de toda la Familia y que en este último tiempo se capta conscientemente con una seguridad fundada en la reflexión.*

El protocolo de la sesión del 10 de mayo de 1949 *llama la atención sobre cuestiones fundamentales que han sido puestas en el tapete por la visitación.*

1. Gobierno a través de corrientes.
2. Pedagogía de libertad y movimiento.
3. Principio paterno, obediencia.
4. Educación en la filialidad (crecimiento, vinculación y transposición orgánicos).
5. Cohesión comunitaria.
6. Personalidad y comunidad.

Recién cuando la Familia haya llevado a cabo una nueva reflexión sobre estas cuestiones se habrá garantizado la plena bendición de la visitación para los tiempos venideros...

Así como el espíritu de fe transfigura el mundo y la vida, así también *arroja luz, en forma de fe práctica en la Divina Providencia, sobre muchos enigmas y misterios de la vida diaria.*

La fe en la Divina Providencia está tan fuertemente desarrollada entre nosotros que se ha afirmado con razón que esta se ha convertido en una especie de cosmovisión. En efecto, en esta área podríamos compararnos de algún modo con Cottolengo, con la diferencia de que nosotros ponemos más que él el acento en la autonomía, la reflexión personal y la contemplación anticipada e indagadora de lo que vendrá. Sin esta marcada fe en la Divina Providencia el mundo de hoy no se podrá reencontrar con Dios. Sin ella no hay seguridad en medio de la inseguridad de la vida. Sólo ella infunde el ánimo y la fuerza para - citando una expresión de Nietzsche - levantar casas en la cercanía del Vesubio (sobre los conmocionados cimientos de la vida de hoy) y vivir tranquilamente en ellas...

Por eso no nos resulta difícil vislumbrar los sabios designios de Dios detrás de los errores y debilidades de los superiores. San Ignacio alaba a San Francisco Javier diciendo: "Basta que le diga una sola palabra (¡ven!) para que abandone enseguida tierras y mares". Esta ha sido incontables veces nuestra vivencia, fruto de nuestra fe en la Divina Providencia profundamente arraigada y sobrenatural: Tal es la firmeza con la cual la obediencia se ha desarrollado entre nosotros y anclado en el mundo sobrenatural.

El primer acto que se desprende de esta visión sobrenatural es, según "La santidad de la vida diaria", ponerse naturalmente a disposición de los deseos y la voluntad de los superiores. El subordinado considera desde un principio, sin mayor reflexión ni análisis, que las órdenes son correctas y se aboca a su cumplimiento sin preocuparse más...

Algunos fragmentos de cartas escritas por personas de nuestras generaciones más jóvenes muestran *cómo se practica entre nosotros la obediencia*. Dichos fragmentos están dirigidos a la maestra de novicias:

"En la última jornada para docentes se me hizo muy clara la imagen del Padre en su calidad de padre. Se estaba hablando sobre milagros que hoy ya no se perciben en absoluto. Un inspector escolar comentó lo siguiente: 'Soy padre de ocho hijos y cuando antaño salía a pasear con mis hijos adentrándome en lo profundo del bosque, jamás me preguntó ninguno de ellos: 'Papá, ¿no te equivocas nunca?' '. O cuando mandaba algo que resultaba totalmente incomprensible, todos hacían lo que el padre quería. El padre sabe todo; el padre no yerra. Ellos simplemente creían en el padre'.

Y te aseguro, A., que mientras este señor hablaba, yo pensaba en el Padre, en nuestro Padre, diciéndome: Si un padre puede decir esto de sus hijos, tanto más debemos cultivar nosotras esa actitud filial y creyente frente a nuestro Padre, ya que él está muy por encima de cualquier otro padre. Ciertamente tenemos esta actitud para con él y nos hemos confiado a él, y de esa manera, en su persona y a través de su persona, pertenecemos al Padre del Cielo. Por eso al escuchar ese ejemplo de un padre de familia, tomado de su vida diaria, una se siente sencillamente conmovida, y por eso te lo he contado..."

"Hoy llegó también la extensa carta del Padre. Tengo que volver a leerla de cabo a cabo. Hay ciertas cosas que no comprendo del todo. Cuando realizamos nuestro Acto de entrega al Padre o nuestra Alianza de Amor Filial, yo lo entendí así: El Padre del Cielo fundó la Familia a través de nuestro Padre, constituyéndolo en su representante. Vale decir que nuestro Padre está ante nosotras como representante del Padre del Cielo. Por eso él tiene también derechos especiales. Así pues lo que él determina y aconseja es sin duda deseo, voluntad o consejo de Dios. Dios le da asimismo a nuestro Padre gracias especiales para ello. De ahí que nos resulte evidente que le debemos a nuestro Padre obediencia, fidelidad y amor. Pero no por estar obligadas, sino porque nuestro Padre ha hecho tanto por nosotras que no podemos responder de otra manera que poniéndonos por entero a disposición suya y de su obra. Ciertamente de ese modo nos entregamos también al Padre del Cielo. ¿Acaso no es correcto? Respóndeme, por favor, cuando tengas tiempo..."

"En este último tiempo no he recibido nada de correspondencia de Schoenstatt. Pero me parece comprensible luego de haber recibido, hace unos días, el Informe sobre la visitación. Me sucede lo que a algunas Hermanas en el extranjero, las cuales expresaban – como se cita en el Informe – que no podían entender que la visitación pudiera producir una confusión tan grande. Sea como fuere, yo no puedo dar mi opinión por no haber estado allí presente. Aquí nosotras estamos en el último rincón del mundo y nos enteramos de las cosas cuando ya todo ha pasado. Lo que más me gustaría ahora sería sentarme contigo en la buhardilla y conversar sobre el tema.

En este Informe aparecen problemas que jamás he tenido. En él se marca muy fuertemente la diferencia entre las Hermanas mayores y la generación joven, acentuándose que los cursos jóvenes tendrían vivencias de comunidad. Pues bien, debo confesar que no puedo recordar ninguna vivencia de comunidad que hayamos tenido con el Padre. ¿Acaso fui sorda o insensible? Cuando dialogo espiritualmente con el Padre, siempre me vienen a la mente tres situaciones que me recuerdan momentos de cuando estuve a solas con él. Tampoco se me ocurre designar como vivencia de comunidad nuestro acto en la noche antes de la incorporación. El acto mismo lo viví con hondura, pero como si el Padre estuviese realmente ahí presente y, aparte de él, sólo yo. Tampoco recuerdo en absoluto quién estaba arrodillada junto a mí. Enseguida después de finalizada la ceremonia, en esa misma noche, le escribí al Padre una larga carta. (Al día siguiente copié esa carta en un cuadernito). Lamentablemente nunca recibí respuesta a dicha carta. Esto me costó muchísimo al comienzo. Yo me veía como una persona que salta de una orilla a otra sin saber si efectivamente llegará a tierra firme. Desde entonces jamás le escribí al Padre. No podía escribirle nada más de lo que ya le había escrito en esa carta; ni tampoco quería ni podía escribirle una cartita trivial. ¡Ojalá que él venga pronto!...”

La maestra de novicias agrega:

“Se trata de I., miembro del curso ‘Imperatrix’, que hizo con usted los ejercicios de la toma de hábito y el Acto de ofrecimiento de la Vida. Sólo estuvo una vez en privado con usted. Ella no ha comprendido cabalmente el significado de la expresión ‘vivencia de comunidad’. Es lógico, cuando hay vivencias personales previas, las vivencias comunitarias se experimentan enseguida de una manera personal.”

“Es una lástima que la carta del Padre sobre la visitación no haya llegado a tiempo para nuestra Semana de Familia... Porque así tendríamos ahora mayor claridad sobre ciertas cosas... Cuando leo todas las cartas que le fueran escritas al Padre, realmente no sé que agregar o pensar sobre ellas. Yo misma estoy confundida. En realidad debería volver a confrontarme con el ‘problema’ del Acto de entrega al Padre, para lograr una visión y una opinión totalmente claras. Sin embargo hay algo en mí que se resiste. Hasta ahora no había hallado ninguna dificultad en ello. Para mí todo fue y sigue siendo sencillísimo, no me crea el menor problema. ¿Acaso en la Familia los Actos de entrega al Padre se han ampliado, renovado y profundizado de tal modo que las Hermanas hablen de una acumulación?... Sólo puedo recordar con gratitud, alegría y amor nuestro Acto de entrega al Padre y no retiro ninguna de las palabras pronunciadas. ¡Qué feliz y orgullosa estaba yo de tener un padre semejante!... Me pregunto si basta con leer esa carta del Padre y no preocuparse demasiado al respecto. Siento en lo más profundo que tal actitud puede entrañar un peligro para mí, especialmente al considerar que me hago tantos problemas con otras cosas. Y quisiera esquivar el problema, ya que hasta ahora jamás tuve dificultades en esta área...”

Otro elemento constitutivo de la obediencia perfecta es la franqueza respetuosa, que ha de ejercitarse oportunamente cada vez que se presente - sea cuando fuere - objeciones serias en relación con una orden o modo de proceder del superior.

Creo poder afirmar que esta franqueza se ha desarrollado entre nosotros de una manera que difícilmente se encuentre en otra comunidad femenina. Y así tiene que ser. Así lo exige la esencia de nuestra marcada pedagogía de movimiento y de confianza. Sin un cultivo cuidadoso de la

franqueza, a la larga esta pedagogía se hará imposible. Si hay un punto en el cual el *Informe* incurre en un grave error, es precisamente este. Sobre el particular pueden aportarse infinidad de pruebas, mientras que todas las pruebas en contra se refutan fácilmente.

Con ello no se está diciendo que no sea difícil hallar siempre y en todas partes el justo medio. Si esto vale para el individuo, tanto más entonces para una comunidad que por esencia ofrece siempre una potencial inflamabilidad y corre continuamente el peligro de la puerilización. Por tratarse de constantes de validez general, se detectan en todas partes, tanto en hombres como en mujeres, en algunos casos más, en otros, menos.

Las tensiones pueden ser muy diversas. Las hay entre respeto y franqueza, entre respeto y docilidad. Puede ser que en un caso la obediencia consista prácticamente sólo en la franqueza y, en otro, sólo en decir sí sin la necesaria lucidez. Ambos son extremos que deben superarse. Entre ambos existen muchas posibilidades de tensiones sanas. *El psicólogo considera como naturales tales oscilaciones y el pedagogo sabe valorarlas y tratarlas correctamente.* No siempre resulta fácil obrar con seguridad. Esto no debe sorprender. Las dificultades radican en el educador y en el educando. El educador no es ni quiere ser un obrero. Es un artista que domina el arte de las artes. No se deja confundir por desaciertos y fracasos. Es una persona que ama y jamás deja de amar. Aunque se desilusione mil veces, una y otra vez se consagra a los suyos con una entrega cada vez más abnegada y amorosa.

¿Qué habré de aducir en calidad de prueba? Del ingente cúmulo de testimonios que tengo ante mí, tomaré sólo dos: *Uno* se ubica en el contexto mismo del *Informe*. En éste se habla de la carta de una hermana que causó un gran revuelo en ocasión de la visitación. La carta fue considerada por el visitador y las Hermanas en general como indebida y ofensiva. Al declarar que no raras veces me llegan cartas de esta índole, quedaría al menos probado que no falta sinceridad ni franqueza.

Sí se podría decir quizás que falta más tacto. Puede ser. Pero aquí no es esto lo que nos preocupa en primer lugar. Por lo demás considero siempre como supremo gesto de confianza el hecho de que los que me fueron confiados sean sinceros conmigo, sin reservas, especialmente cuando están en juego cosas que atañen a mi propia persona. De ese modo se establece una relación de la mayor lealtad. Y eso es también "tacto"...

El *segundo testimonio* es el de una Hermana que, en carta dirigida a mí, pone críticamente bajo la lupa mi manera de proceder. Por motivos pedagógicos - sobre todo para estimular a otros a la reflexión - di a conocer la carta al círculo más íntimo de la Familia. La respuesta fue la siguiente:

"El 1 de mayo llegó su comentario acerca de la visitación y allí me encontré con mi carta. Me quedé atónita, espantada. Lloré amargamente. Sé que usted es bueno conmigo, que no toma a mal mi franqueza. Jamás lo hizo hasta ahora, nunca ha dudado de mi pequeñez, fidelidad, docilidad y filialidad. Amo la mano del Padre, aun cuando me haga doler. Y esta vez me ha hecho doler mucho. Sé que Dios está detrás de todo, que siempre tiene una mano firme y bondadosa para conmigo. Que me ama. No he querido lastimarlo con mi carta. Usted tampoco lo tomó así. Lo sé. Pero las otras personas que lean la carta se indignarán por mi franqueza y la tacharán de irrespetuosa.

Usted me aconseja que siga siendo sincera y franca también para con las demás superiores. Pero me resulta muy difícil. Quien una vez se ha quemado rehuye el fuego. Pero me esforzaré por cumplir con su deseo. La Sma. Virgen habrá de darme una ayuda complementaria para que encuentre el justo medio. Realmente no entiendo la terapia a la que me está sometiendo Dios en estos momentos. Y así puedo comprender perfectamente al profeta Elías, a quien, al percibir todos los deseos de Dios, le vino a la mente la idea de intentar la huida. Pero instruida por esta misma situación, resistiré con filialidad y docilidad...” (8 de mayo de 1949).

En las explicaciones anteriores se ha considerado suficientemente los *restantes elementos* que entraña la perfecta obediencia. Por lo tanto no hace falta volver sobre lo mismo...

La impronta característica de nuestra Familia de Hermanas es *el amortiguar la razón puramente natural y hacer resplandecer con extraordinaria fuerza la luz de la fe*. Con sumo cuidado se esfuerza por hacer realidad dos frases de la Biblia. Una escrita por San Pablo: *Justus autem meus ex fide vivit*. Solemos traducirla de la siguiente manera: Nuestro orgullo y nuestro honor está en que los nuestros vivan plenamente del espíritu de fe. Otros podrán aventajarnos en otras áreas, pero nosotros queremos ser y seguir siendo hijos de la fe.

La segunda frase la pronunció Isabel, impulsada por el Espíritu Santo, y estuvo dirigida a la Sma. Virgen: *Beata quia credidisti*. En razón de que toda Hermana de María quiere ser una pequeña María se esfuerza entonces por todos los medios para que esta alabanza pueda aplicarse análogamente también a ella.

En la Familia no falta, en ninguna parte, la *disposición y la docilidad heroicas*. Tampoco donde y cuando el parecer personal no vaya a la par de las disposiciones y exigencias de las superiores.

El Informe admite en todo momento este hecho, sólo que lo interpreta de otro modo: Detecta en él falta de libertad y seguridad interiores, de juicio autónomo y fuerza de carácter. Constata esta actitud especialmente en Hermanas de alto nivel intelectual y encargadas de tareas directivas. A todas se les hace la misma crítica negativa. De modo similar se juzga incluso a los sacerdotes que participan en la dirección. Casi todos, sin excepción, serían así esclavos de la personalidad fascinante del director:

“A pesar de esta clara visión de la gran meta pedagógica y de ese cultivo del espíritu de alto grado, parece haber entre los hombres dirigentes y entre las Hermanas de María sólo pocas personalidades bien definidas, con un pensamiento realmente autónomo y una verdadera libertad interior.

Si bien el visitador sólo pudo conocer de cerca un puñado de Hermanas, se cree con derecho a formular este juicio ciertamente grave en la medida en que en el diálogo con las Hermanas dirigentes y encargadas de la educación de la Familia de Hermanas tropezó una y otra vez con la falta de libertad, la falta de autonomía y la inseguridad tan características de las Hermanas de María.

Es verdad que estas Hermanas son por lo general personas valiosas y en gran parte también de alto nivel intelectual; sin embargo su vinculación a la personalidad fascinante del director del

Movimiento es tan fuerte y estrecha que las decisiones y criterios de este último constituyen para ellas prácticamente la norma última” (pág. 1).

De este modo *nos hallamos frente a la concepción de obediencia del Informe y de las consecuencias que de él se desprenden.*

Ambas cosas deben ser consideradas como un resumen de las objeciones contra nuestra concepción... La respuesta que daremos apunta a completar y perfeccionar nuestra breve argumentación positiva con una *negativa*.

La *primera impresión* que causa el pasaje citado en el lector desprevenido que reflexiona sobre las explicaciones dadas hasta aquí es la de un *espontáneo asombro*. Porque no se había imaginado que el antagonismo *real y efectivo* fuese tan fuerte. Es así como lo afirmé al principio: Las posiciones se oponen como lo blanco a lo negro. Aquí se enfrentan dos mundos que - si bien ambos católicos - no tienen ningún punto de contacto en el plano psicológico. Aquí chocan dos mentalidades - la orgánica y la mecanicista - que no logran entenderse.

El asombro aumenta cuando se toma conocimiento de que aquí estamos, en pequeña escala, ante un episodio de la tremenda lucha que se libra en la actualidad en el campo de las corrientes de pensamiento; de que las dos mentalidades que aquí se confrontan están sosteniendo hoy, en todo el mundo, un combate a vida o muerte; de que para la situación mundial el desenlace de esta contienda entraña un significado mayor que el de todos los cruentos conflictos armados; más aún, de que estos últimos sólo tendrán sentido o no en función de dicho desenlace. Así interpreta el psicólogo la historia...

Por su parte, el teólogo, al reflexionar sobre la historia, sabe, por la fe, que por último Dios lleva a cabo victoriosamente su plan salvífico.

La pregunta que nos interesa aquí y ahora es la siguiente: Ante tal estado de cosas, ¿es posible arribar a un *mediano entendimiento*? Desfiguración y ocultamiento de las diferencias quizás adormezca la conciencia y tranquilice los nervios... Pero esta maniobra debe ser calificada de imperdonable cuando se trata de una cuestión en la que se juega el destino del mundo.

La mentalidad global que inspira el concepto de obediencia del *Informe* es una forma típica de la manera de pensar mecanicista, de la cual ya hablamos más arriba: desgarrar la vida; la arranca de sus contextos más delicados y profundos... En su conciencia se detecta síntomas de la enfermedad del declinante Occidente cristiano. Si no se supera esta manera de pensar, el pronóstico del desarrollo futuro del Occidente cristiano es entonces preocupante.

La mentalidad mecanicista no reconoce ninguna totalidad orgánica y es ciega cuando se trata de tener una vital visión de conjunto de causas primeras y segundas, de religión y vida. Por eso inhibe una plena influencia de la religión sobre la vida, paralizando así la capacidad de resistencia del clero y del pueblo frente a la ofensiva del colectivismo, el enemigo mortal de la Iglesia en este siglo. Además, sin saberlo ni quererlo - como ya se destacó -, la mentalidad mecanicista se convierte - de acuerdo a la ley del péndulo en el ámbito de las corrientes del pensamiento y de la cultura - en el mejor y más fecundo precursor del colectivismo en las propias filas.

Según el diseño de Dios, el colectivismo ha de obligar a la Iglesia a superar esta mentalidad mecanicista en su propio seno, a abrirse ampliamente y hacerse receptiva para el nuevo nacimiento de Cristo, para Dios y todo lo divino. Mientras no se supere dicha mentalidad, todas las medidas en contra resultarán ineficaces. ¡Al contrario! Será como echar arena en los ojos: impedirán ver el abismo en el que amenazan precipitarse la cultura occidental, la fecundidad del cristianismo y su misión para el tiempo actual.

Por el momento, las contracorrientes eficaces sólo podrán partir de pequeños círculos. Es como si el cristianismo, inspirado en el ejemplo de su gestación histórica, quisiera experimentar un renacimiento: como si debiera volver a Belén, a las catacumbas, al desierto, al eremitorio, pero de una nueva manera. La disolución de la vida ha alcanzado a todos los ambientes - también al eclesial - de un modo tan devastador que por ahora no se debería esperar una contracorriente masiva o una reforma de grandes proporciones.

Esta es una de las razones más profundas de por qué los pequeños grupos a los que se ha aludido tienen que esforzarse por levantar murallas protectoras indestructibles y lograr un eficaz aislamiento, sin perjuicio de su apertura y contacto con el mundo y manteniendo su docilidad a la Iglesia. Como islas, catacumbas y ermitas itinerantes han de empeñarse por ese objetivo para que en su camino no renieguen de sí mismos y no se extravíen a la hora del roce y confrontación con el mundo.

No hay que engañarse... La superación del colectivismo es la gran tarea de este siglo. Y no podrá llevarse a cabo sin un cambio radical de la mentalidad mecanicista que todavía hoy predomina en los ambientes de la dirigencia católica alemana... Costará un trabajo gigantesco erradicarla de nuestros seminarios, claustros de profesores, comunidades educativas, literatura e instancias episcopales encargadas de la censura.

Tampoco hay que dejarse engañar por el Pacto Atlántico. En primer lugar es una mera tregua pasajera. Se ha desvanecido la esperanza de una unión de todas las naciones amantes de la paz; esperanza que desde hace años albergaban las grandes potencias. El Pacto es un nuevo comienzo de la antigua política del equilibrio... ¿Por cuánto tiempo mantendrán el equilibrio ambas potencias y sus aliados? En ocasión de la firma (del Pacto) José Bech, representante del pequeño estado de Luxemburgo, hizo la siguiente observación:

"Naturalmente, la alianza de protección que sellamos hoy no puede traer la verdadera paz, que es más que una mera ausencia de guerra. Pero ojalá brinde al mundo, como lo hicieron otras similares alianzas del pasado, una larga y provechosa era de tregua."

¿Quién cree en una larga duración de la tregua? Y si contra toda esperanza fuese posible una larga tregua, si nos libráramos de las amenazas del poderío bélico colectivista, no escaparemos sin embargo de la confrontación ideológica. Y tenemos que tomarlo tanto más en serio cuanto más solapadamente el enemigo pretenda seducirnos, cuanto más irresistiblemente cale en nuestros propios frentes a través de su ideología... Por eso nuestros dirigentes no deben rehuir el combate contra él; deben salirle al paso, primero en el propio fuero interno, en el propio campo, y vencerlo,

aun cuando tengan que enfrentarlo cara a cara como lo hiciera en su momento San Pablo frente a San Pedro.

Si los contendientes se atienen al consejo de San Agustín: *interficite errores, diligite errantes*, la confrontación no perturbará la mutua relación de confianza. Al contrario, aumentarán el respeto y la benevolencia. Se trata en definitiva del mismo gran objetivo común a cuyo servicio se quiere poner todo el amor del corazón, toda la fuerza de la voluntad y la agudeza del espíritu.

Desde Schoenstatt hemos visto, desde el principio, que nuestra tarea residía en este punto, y hemos orientado hacia él todo nuestro sistema pedagógico. Por eso no sólo hablamos de pedagogía de Alianza y de ideales, sino también de vinculaciones. Su aplicación práctica se orienta según la receptividad y disposiciones del individuo, de cada tipo humano y sexo. De manera natural esta pedagogía logró su realización máxima entre nuestras Hermanas de María.

Durante más de veinte años se cultivó cuidadosamente la disposición femenina instintiva al pensamiento circular, su inclinación espontánea a contemplar en lo posible todas las cosas integrándolas unas en las otras y unas con las otras, y representarlas simbólicamente. Este cultivo se llevó a cabo en contraposición consciente a la usual educación masculinizada de mujeres y chicas.

A la manera de pensar masculina - que estructura su pensamiento piramidal y modularmente, y que por lo común percibe fragmentariamente las cosas, unas junto a las otras y unas tras otras - este estilo de pensar de la mujer le resulta incomprendible, en particular cuando la mentalidad masculina no ha superado todavía el idealismo filosófico. He aquí las posturas clamorosamente antagónicas que se han enfrentado durante la visitación.

Así pues es comprensible que el *Informe* vea ruinas por todas partes, cuando, en realidad, se está gestando una especie de paraíso - por supuesto, en un mundo que carga sobre sí la maldición del pecado- ; y que llame negro a lo que nosotros llamamos blanco. Esto vale para todas las áreas, sin excepción, tal como habrá de demostrarse más adelante. Y no puede ser de otro modo tratándose de una perspectiva tan contrapuesta, *especialmente en lo que toca al concepto de obediencia. Su idea de obediencia se esfuerza en balde por lograr una visión orgánica de conjunto de la tradición cristiana.*

Y se pone claramente de manifiesto en *tres pasajes*.

Primer pasaje:

“Ciertamente el padre tiene derecho a la obediencia incondicional de parte de sus hijos en todo lo que sea bueno y justo” (pág. 8).

Tal como se la formula, la frase es inobjetable y plenamente de acuerdo con la tradición católica. Pero no así su aplicación práctica. La divergencia aparece enseguida *cuando se trata de la instancia que debe decidir lo que es bueno y justo... Teóricamente* la respuesta es clara: la conciencia considerada como voz de Dios, voz que no sólo nos habla mediante iluminaciones y mociones interiores, sino también mediante normas - tanto leyes naturales como leyes positivas

divinas y humanas - y mediante el deseo y la voluntad de los legítimos superiores. *Pero para el subordinado, en la práctica, la norma concreta definitiva es la expresión de la voluntad del superior, que representa a Dios. Algo parecido a lo que fueron para Pablo, cerca de Damasco, las instrucciones de Ananías, quien le habló en nombre de Cristo...*

Toda teoría sobre la obediencia no tiene mucho sentido si el subordinado no pronuncia un 'sí' de corazón a la irrupción de la autoridad divina en su vida cotidiana, tal como se le hace presente en el representante - el transparente - de Dios.

Cuando se trata de la autoridad episcopal oficial, el Informe lo admite sin más ni más. Así dice:

"Aún cuando se acentúe e insista teóricamente en el amor y la veneración a la Iglesia, la cohesión no debe llevarse al extremo de no ver ni reconocer a la Iglesia en su forma concreta cuando plantea exigencias legítimas a la Familia" (pág. 3).

Pero en el caso de cualquier otra autoridad se mide con otros patrones. Nosotros aspiramos en todas las áreas a la totalidad, y también aquí. En las graves afirmaciones que siguen vislumbramos - como lo haría todo religioso, especialmente todo jesuita - un gran reconocimiento, si bien dichas afirmaciones entrañan, según el espíritu del Informe, una crítica reprobatoria.

"Sin embargo su vinculación a la personalidad fascinante del director del Movimiento es tan fuerte y estrecha que las decisiones y criterios de este último constituyen para ellas prácticamente la norma última... En tales situaciones la gran mayoría (se alude a las Hermanas) deja totalmente de lado la propia reflexión, en la creencia de que todo lo que viene 'de arriba', es querido por el P. Kentenich y por lo tanto es correcto" (pág. 1).

Estas frases tocan el núcleo de la cuestión, en la medida en que se refieren a la norma última para el obrar de las Hermanas.

Para la sana sensibilidad orgánica de las Hermanas, la cabeza de la Familia representa para ellas la Iglesia y Dios, tal como se ha expuesto más arriba.

Estas mismas frases no aciertan en el núcleo de la cuestión cuando atribuyen un tal proceder no a un sencillo y floreciente espíritu de fe sino al poder de fascinación de un líder, a la inseguridad intelectual y a la falta de libertad interior y autonomía de parte de sus seguidores.

La gran ley de hacer que todo las cosas creadas y las atinentes a la sexualidad transparenten la realidad sobrenatural está tan arraigada en nosotros que únicamente tomando dicha ley como base se nos podrá comprender en todo lo que hagamos o dejemos de hacer. Quien frente a esta ley sea ciego para percibir valores y colores, no hallará ningún puente que lo conduzca hacia nosotros. *Con el auxilio de esta luz sobrenatural sabemos lo que se le debe a cada autoridad de la Familia, especialmente a su cabeza.*

Todos los otros intentos de interpretación mencionados no tienen razón de ser.

No tiene razón de ser, en primer lugar, *la referencia a la personalidad del director*. Quien tenga conocimiento de que desde 1941 el director ha estado casi permanentemente ausente - primero en la prisión, luego en Dachau, más tarde en el extranjero - ; quien tenga en cuenta que sus *seguidores* "son por lo general personas valiosas y en gran parte también de alto nivel intelectual" (pág. 1), por lo menos pondrá en duda la posibilidad de que el director pueda ejercer una extraordinaria influencia desde la distancia. Si además toma conciencia de que la grandeza de un verdadero educador estriba siempre en hacerse prescindible, verá que en este caso la cabeza de la Familia se ha medido con este patrón. Si considera cómo él ha dado autonomía a todos los institutos y cuán numerosos son los hilos que inadvertidamente confluyen en su mano, de tal manera que resulta difícil decir en qué consiste verdaderamente su principal tarea, entonces el argumento de la "personalidad fascinante" dejará de tener validez para él.

Pero con ello no se altera en nada el hecho de que el director se esfuerza en no plantear a los demás exigencias que él mismo no esté atento a cumplir en sumo grado, para así hacerles fácil la obediencia a los suyos.

Todas estas no son más que cuestiones pedagógicas evidentes.

Hace poco, en el Congreso Católico de Maguncia, Holzammer desarrolló una serie de ideas que son corrientes para todo educador. Así decía:

"En la relación entre las generaciones se incluye también el problema de la autoridad. Autoridad significa autoría. En el fondo sólo existe la autoría de Dios y, derivada de esta, la autoría humana de los padres, sacerdotes y educadores. Hoy en día se aprecia con claridad que la juventud está sin autoridades, en la medida en que quienes detentan la autoridad no dan testimonio de una genuina autoría. Sólo una autoridad convincente tiene autoridad; una usurpada no la tiene. Toda arrogación genera desprecio."

De ello el orador extrae, entre otras, la conclusión de que la educación en el respeto exige dar ejemplo de una genuina autoridad.

En este contexto cabe señalar que, en términos generales, el *Informe* procura - consciente o inconscientemente - *colocar la autoridad jerárquica del obispo, sobreacentuada, en un primer plano. Y ello a costa de toda otra autoridad*. Por otra parte, esta tendencia resulta comprensible dada la situación. Ahora bien, en otro lugar ya se indicó que una empresa semejante es, *en principio, cuestionable*. Porque una vez que se desdibuja o desplaza el fundamento metafísico de la obediencia, tarde o temprano toda autoridad - también la del obispo y la del Papa - se verá involucrada fatalmente en ese proceso de disolución.

Ya se ha demostrado en un caso que el *Informe mide efectivamente con patrones muy distintos* cuando se trata de la autoridad episcopal y cuando se trata de otro tipo de autoridad. *Desde este punto de vista debería ser comprensible su postura en relación con las normas de discreción habituales en el trato con el delegado del obispo*.

Desde el principio hemos tenido la costumbre de *instruirnos mutuamente según el estilo de la disputa escolástica*, a fin de capacitarnos para responder a las dificultades que se nos hiciese afuera

o contestar de modo comprensible las preguntas que se nos planteara sobre nuestra esencia, desarrollo y objetivos. Nuestra imagen resultaba tan novedosa para la gente que se nos abrumaba continuamente con preguntas y dificultades. Ellas nos dieron la ocasión para calar más profundamente en nuestra originalidad, pero también exigieron una determinada formación para poder expresar en forma comprensible lo que se quería saber exactamente de nosotros.

Jamás se trató de un arte de encubrimiento ni simulación. Al contrario: La ley de la puerta abierta nos señaló caminos viables y queridos por Dios para nuestra labor de ilustración de nosotros mismos y de los demás. Desde la legitimación de nuestra modalidad se ha reencendido el interés por nosotros...

Por eso era natural que empleásemos el mismo método de instrucción cuando se anunció la visita de un representante oficial de la Iglesia que venía con el fin de informarse acerca de nosotros.

El Informe comenta este hecho de la siguiente manera:

“La misma visitación canónica no fue anunciada por la dirección a las Hermanas como visitación canónica, con lo cual se mitigaba su importancia. Por otra parte las Hermanas fueron ‘instruidas’ para la visitación antes del anuncio oficial.”

Si luego de la explicación del contexto hecha más arriba aún es necesaria una aclaración, habría que decir lo siguiente: A las Hermanas no se les comunicó el anuncio de la visitación porque esta se produjo a último momento, ya que hasta entonces se había hablado siempre sólo de un pretendido estudio a cargo de un delegado del obispo. *Detrás de ese mutismo no había una intención de mitigar la importancia de la visitación, sino simplemente un no saber a qué atenerse.*

La dirección en Schoenstatt estaba tan sorprendida con el repentino cambio de intención y determinación que no pudo adaptarse con la suficiente rapidez a la nueva situación. A esto se sumó la falta de experiencia. Dado que se trataba de la primera visitación en 22 años, se carecía de conocimiento sobre el sentido, finalidad y significado de un procedimiento semejante. *A todo aquel que se deje guiar sólo por el amor a la verdad* y que no esté impulsado por el afán de hallar a toda costa pruebas de cargo *le resultará evidente*, sin más ni más, que la instrucción de las Hermanas no entrañaba ningún propósito de encubrimiento.

La estrategia misionera, la pedagogía, la retórica, la homilética y el arte de la disputa filosófica *contemplan un método de adaptación prudente*. Nosotros solemos obrar y tratar en todas partes ateniéndonos a este método. Y así debía ocurrir también en ocasión del estudio del delegado episcopal. Mi invitación del 16 de octubre de 1948 destacaba que yo tenía *“gran interés en poner todas las cartas sobre la mesa, sin excepción”* (pág. 3). Este fue *el primer objetivo fijado*, el que perseguí desde el principio y el que persigo aún ahora, no en beneficio de Schoenstatt sino de la situación pedagógica global de Occidente. Por las mismas razones creo que debo ser fiel al *método de adaptación*, que en carta del 13 de febrero de 1949 formulé de la siguiente manera:

“Los documentos que le hice llegar (al delegado) estaban seleccionados de tal modo que pudiera disponer de elementos de juicio acerca de todas las principales corrientes. Hasta qué punto podrá

seguir el hilo de las ideas en el caso particular, dependerá, por un lado, de la Divina Providencia y, por otro, de la prudencia, tanto de las Hermanas como de los Padres.”

Obsérvese que aquí se trata solamente de un método y no de otros fines. La finalidad siguió siendo la misma: Mostrar todas las cartas. Ambos - objetivo y método - están unidos como dos partes de una totalidad. Así lo exige el principio moral: *Bonum ex integra causa, malum ex quolibet defectu.*

El *Informe* confunde objetivo y método. Aplica al objetivo lo que se dice del método, y así arriba a conclusiones y resoluciones erradas. Y ello resulta de no haber tenido presente la diferencia entre ambos y de desprender las citas de su contexto natural. Sólo se fija en que

“El acceso del visitante a pormenores en el área de las ideas ‘tenía que depender de la prudencia tanto de las Hermanas como de los Padres’” (pág. 3).

De este modo genera la impresión de que se está ante una sutil tendencia al encubrimiento. Se deja de lado todo el texto restante, sin el cual la referencia a la prudencia no puede entenderse. Quien lea sólo el *Informe* no sabrá que al delegado se le había puesto a disposición todos los elementos de juicio acerca de las principales corrientes; que en primer lugar era *él* quien debía tomar las riendas de la discusión y comunicar sus deseos y dudas (*“Hasta qué punto podrá seguir el hilo de las ideas en el caso particular...”*) y que la Divina Providencia debía estar por encima de todo (*“dependerá, por un lado, de la Divina Providencia”*).

Por lo demás mantiene su vigencia el principio moral: *Nemo praesumendus malus, nisi prius probetur...* No existe ninguna razón para tomar distancia de este principio en este caso. Se ha formulado y discernido objetivo y método de una manera extraordinariamente clara e inequívoca. La intención es noble y recta. De ahí el envío voluntario de material que ponía a disposición los accesos necesarios para tener una visión de los procesos de vida más íntimos.

Quizás el *Informe* había esperado otra forma de proceder. Ante esta posibilidad sólo puedo dar la siguiente respuesta: *La forma propuesta es la única digna para el trato entre personas maduras.* Sea cual fuere la autoridad en cuestión. Toda otra forma significaría una degradación, una falta de dignidad; supondría temor, inquietud o sentimiento de culpa donde debiera reinar claridad y seguridad unidas a tacto, respeto y benevolencia. Demás está recalcar que en la presentación del método se ha tratado siempre solamente de la condición para una discusión sistemática...

Aún más incomprensible resulta el tratamiento que el Informe le prodiga a otro texto: Afirma, lisa y llanamente, que yo no tenía la intención de poner al visitante al tanto de las últimas corrientes. De este modo quedaría demostrada la tendencia a ocultar y encubrir.

En primer lugar, se vuelve a utilizar el término “visitador” sin que corresponda hacerlo así. Como ya se ha acentuado en varias oportunidades, por entonces no se trataba de una visitación. Esto sea dicho de paso. Vayamos ahora al *contextus immediatus* y *mediatus*. *El contextus immediatus* dice:

“Los documentos que le hice llegar (al delegado) estaban seleccionados de tal modo que pudiera disponer de elementos de juicio acerca de todas las principales corrientes. Hasta qué punto podrá seguir el hilo de las ideas en el caso particular, dependerá, por un lado, de la Divina Providencia

y, por otro, de la prudencia, tanto de las Hermanas como de los Padres. No tenía la intención de poner al delegado al tanto de las últimas corrientes, pero contaba con que de una u otra manera se toparía con ellas. En este último caso, me parecía evidente que se respondiese a sus preguntas.”

¿Qué significa en este contexto que yo “no tenía la intención de poner al delegado al tanto de las últimas corrientes?” (pág. 3). *El texto sólo puede aludir a la aplicación práctica a un caso concreto del método de adaptación ya expuesto.* Por eso se explica previamente dicho método, con todo detalle; por eso se dice posteriormente: “pero contaba con que de una u otra manera se toparía con ellas. En este último caso, me parecía evidente que se respondiese a sus preguntas.”

¿Qué significa por lo tanto que “no tenía la intención...”? Sólo puede significar que desde un principio no era mi intención llamarle la atención, voluntariamente y sin más ni más, sobre dichas corrientes. Yo quería esperar hasta que él mismo advirtiese el asunto. Pero suponía que él lo advertiría. Llegado entonces el caso, se debía responder a todas sus preguntas. Aquí se trata pues solamente de método, no de objetivos...

Y lo que esto significa se desprende con mayor claridad aún *del contextus mediatius*. La carta mencionada, en la cual se hace referencia al método, fue una respuesta a una consulta. Mis colaboradores me habían comunicado que el delegado episcopal había leído ya mi carta sobre el 20 de enero. Y querían saber si yo se la había hecho llegar. A lo cual respondí según consta más arriba: No tenía la intención, vale decir, no había dispuesto directamente tal comunicación.

Hay que destacar tres cosas:

1. Que la respuesta tuvo lugar luego de la toma de conocimiento por parte del delegado. De ello se desprende que se trata de una aclaración fundamental, no de indicaciones prácticas.
2. Que se trataba de un acto de seguimiento que sólo debía ser realizado en un círculo muy íntimo de colaboradores, alrededor de siete u ocho, de tal manera que no había verdaderamente ninguna razón para hacerlo público a personas ajenas; aunque tampoco había ninguna razón que obligara a lo contrario. Sólo el tacto sugirió aplicar en este caso el método de adaptación.
3. No se olvide que yo mismo, por propia iniciativa, envié *posteriormente* la carta mencionada sobre el método de adaptación, la cual fue considerada por el *Informe* como *corpus delicti*.

El *Informe* atribuye la docilidad de las Hermanas a una *falta de autonomía y de libertad interior*. En él se afirma:

“Si bien el visitador sólo pudo conocer de cerca un puñado de Hermanas, se cree con derecho a formular este juicio ciertamente grave en la medida en que en el diálogo con las Hermanas dirigentes y encargadas de la educación de la Familia de Hermanas, tropezó una y otra vez con la falta de libertad, la falta de autonomía y la inseguridad tan características de las Hermanas de María” (pág. 1).

Una respuesta definitiva, sistemática y exacta a esta objeción se dará más adelante, cuando sometamos la psicología y la filosofía de la religión del *Informe* a una crítica detallada. Pero

tampoco ahora debería ser difícil refutarla con convicción. Conocer la divergencia existente en torno del concepto de la obediencia perfecta ayuda a comprender suficientemente la razón de tal objeción. *Quien por principio equipara obediencia perfecta con una masificación a un nivel superior, difícilmente podrá esperar ser reconocido como juez imparcial en cuestiones prácticas de fondo.*

A esto se agrega *que la prueba de los hechos apunta en la dirección opuesta.* A lo largo de 16 años, nuestras Hermanas que están en el extranjero han sorteado ejemplarmente las más grandes dificultades, con autonomía y sin ninguna ayuda ajena. En el exterior tienen fama de habérselas arreglado espléndidamente en el trato con las autoridades eclesiásticas y estatales y han edificado un mundo nuevo.

A su vez, nuestras Hermanas en Alemania fueron consideradas en los años de persecución como una comunidad especialmente amenazada. Expusieron innumerables veces sus vidas a los peligros más grandes; en todas partes se comportaron con valentía y con riesgo de sus vidas condujeron a todo el Movimiento a través de tiempos difíciles. Tanto en Alemania como en el extranjero dirigen autónomamente sus provincias y construyen grandes casas.

Frente a esta realidad difícilmente se pueda sostener el mencionado veredicto de falta de autonomía y de libertad. Y esto vale especialmente para la generalización del mismo. Resulta evidente que en una comunidad tan grande no todas hayan alcanzado por igual la meta de la personalidad autónoma y de la perfecta libertad de los hijos de Dios. Pero tampoco se trata de eso, sino, en definitiva, sólo del tipo de personalidad predominante en la actualidad. De manera espontánea el crítico se pregunta si es *rigurosamente correcto* emitir un juicio tan general basándose en una observación fugaz y habiendo tenido contacto con apenas *“un puñado de Hermanas”* (pág. 1).

La desconfianza aumenta tan pronto como se intenta *examinar a conciencia y con detenimiento cada una de los argumentos aducidos.* El principal gira en torno de los actos de entrega al Padre. A estos se los considera bajo dos aspectos. En *primer lugar* se trata sobre el *origen* de los mismos. El *Informe* declara:

“El visitador no puede menos que pensar que las ‘corrientes’ del último tiempo que giran por entero en torno de la persona del P. Kentenich y del 20 de enero de 1942, en su mayor parte no surgieron en las filas de las Hermanas ‘sencillas’ sino que fueron iniciadas y transmitidas con gran habilidad por un grupo relativamente pequeño pero influyente de Hermanas que se han quedado en una filialidad no depurada.

El grueso de las Hermanas reaccionó ante ello de muy diversas maneras. Unas (las de mayor ascendiente) se sumaron con entusiasmo; otras (menos independientes) se dejaron arrastrar sin oponer resistencia; otras, a pesar de sus reparos interiores, se esforzaron por integrarse sinceramente; no pocas dijeron interiormente que no y participaron sólo formalmente en consideración de la unidad de la Familia.”

A esto debe contestarse lo siguiente: El conocedor del tema sabe que aquí no se trata de los actos de entrega al Padre en sí, sino únicamente de la excesiva repetición de los mismos, de su cantidad, vale decir, de algo totalmente secundario y periférico.

Los actos son en sí expresión de la conciencia comunitaria. La excesiva repetición de los mismos se debe a un error táctico de la dirección zonal. Tales errores son inevitables; habrán de ocurrir una y otra vez. La reacción descrita es para el pedagogo lo más natural del mundo. Toda lucha por el ideal de curso presenta el mismo panorama. En tales oportunidades se dividen los espíritus, chocan, se despiertan. Ese es precisamente el objetivo de la pedagogía de movimiento: impulsar a la toma de decisiones mediante crisis que surgen espontáneamente o son provocadas intencionalmente. Tales "crisis" son a menudo ambas cosas: expresión y medio para alcanzar la autonomía en el juicio, la vida y la acción.

El socialismo y el comunismo han desarrollado cuidadosamente, a su manera, esta teoría de las crisis. Si no asimilamos paulatinamente lo valioso de esta teoría, guiaremos a los nuestros hacia el tiempo que vendrá sin darles los suficientes pertrechos. Nuestro camino se verá entonces jalonado de ruinas.

Como *segunda* prueba de la afirmación planteada se aduce la reacción a la conferencia final, cuando se produjo un

"...suspiro de alivio de muchas Hermanas al escuchar la alocución final del visitador. Este no se atreve a dirimir con seguridad la cuestión de si esta presión existía en la mayoría de las Hermanas, pero cree poder suponerlo, ya que luego de sus palabras sobre los 'actos del Padre' y la práctica de la confesión no le llegaron protestas de parte de las Hermanas que no estaban en la dirección o en la formación, sino más bien muchas muestras de aprobación (tanto escritas como orales)" (pág. 2).

Quien esté familiarizado con la pedagogía de movimiento, experimenta infinidad de veces algo semejante cuando se arriba a una clarificación definitiva luego de un largo debate intelectual. Esto no ocurre sólo entre las Hermanas de María sino también entre las Señoras de Schoenstatt y el Instituto de los Sacerdotes Diocesanos de Schoenstatt. Son etapas normales de desarrollo de una sana educación comunitaria que se irán repitiendo en el futuro con una cierta regularidad...

Segundo pasaje:

" En determinadas circunstancias se puede hablar incluso de 'obediencia ciega'" (pág. 6).

A lo cual hay que responder lo siguiente: La obediencia católica es siempre ciega. Ello puede entenderse en dos sentidos. En primer lugar en sentido general, y significa entonces que la obediencia debe amortiguar la luz puramente natural de la razón para que la luz sobrenatural pueda resplandecer y así iluminar y hacer transparentes todas las cosas. Y luego en un sentido particular, vale decir, cuando surgen objeciones serias contra determinadas disposiciones... En tales casos hablamos de obediencia ciega *per eminentiam*. Más arriba se ha expuesto con claridad cómo debe entenderse este proceso de vida.

Tercer pasaje:

“Pero esperar de los hijos una ‘dependencia total’ y degradarlos a la condición de ser ‘instrumentos despojados de voluntad propia’ en manos de un hombre, es, decididamente, ir demasiado lejos” (pág. 6).

Contemplada *in abstracto*, esta frase es, tal como está formulada, indudablemente correcta, ya que una obediencia semejante no sería más que idolatría. Pero in concreto, vale decir, aplicándola a la situación práctica que se enfrenta, supone que nosotros entendemos y ejercitamos la obediencia en forma pagana, vale decir, separando a Dios del hombre. Y esto contradice la verdad.

Ideas son realidades. Y esto vale también para las concepciones de obediencia. Por ser tan fuertemente opuestas, sus efectos habrán de ofrecer un aspecto igualmente contrapuesto. *Por eso no debe sorprender que nosotros llamemos expresión de aspiración a altos ideales lo que la otra parte atribuye a motivaciones inferiores.*

Estas motivaciones son fundamentalmente tres: creer en la *infallibilidad* personal de la cabeza de la Familia, *filialidad primitiva* y *temor*.

El *Informe* cree constatar lo siguiente:

“Esta actitud se sustenta tanto en la efectiva convicción de la infalibilidad personal del P. Kentenich, como en una ‘filialidad’ primitiva y no sana, y también en el temor” (pág. 2).

Luego de haber explicado suficientemente la metafísica, la psicología y la ascética de la obediencia, bastará con una breve respuesta a esta objeción.

La primera motivación sería entonces la fe en la infalibilidad personal de la cabeza de la Familia.

Respuesta: Evidentemente no se puede tratar de infalibilidad en *el sentido estricto* del término. Ella sólo corresponde al Santo Padre y en ese caso únicamente bajo condiciones muy determinadas. De modo que sólo es posible hablar de *infallibilidad en sentido figurado*.

En efecto, la concepción católica de obediencia contempla algo semejante: tanto en el superior como en el subordinado. Visto a la luz de la fe, el superior es depositario de una fiabilidad que tranquiliza y, el que obedece, de una seguridad perfecta.

Si se quiere hablar en términos absolutos, se puede llamar a esa fiabilidad y seguridad una especie de infalibilidad. En este y sólo en este sentido la entendemos nosotros, y no en otro.

La fiabilidad o confiabilidad del superior y de sus medidas se suponen en principio como algo evidente.

Esto ya fue expuesto y fundamentado más arriba. Por eso el obediente se esfuerza - como lo dice *San Francisco de Sales* - por

“...hacer todo lo mandado con amor, con total sencillez, sin reparar jamás en el **cómo** de lo mandado. Siempre que el que mande esté facultado para mandar y lo mandado pueda servir a la unión de nuestro espíritu con Dios.”

En otra oportunidad pone de relieve lo siguiente:

“El obediente ama el mandato, y tan pronto como lo percibe desde lejos, sea lo que fuere lo mandado, más allá de que le plazca o no, lo acoge con gusto, lo considera algo valioso y se preocupa por cumplirlo a conciencia.”

San Bernardo opina que

“...el verdaderamente obediente no tolera ninguna dilación. Detesta el aplazamiento, no sabe nada de demoras, más aún, se adelanta al mandato. Sus ojos están vigilantes, al igual que sus oídos; su lengua, pronta para hablar; sus manos, dispuestas para obrar; sus pies, preparados para emprender el camino. Su atención está vigilante para captar rápidamente el mandato del superior.”

Fiable y digno de confianza se designa al superior y sus medidas, también - y especialmente - cuando no se vean con claridad las razones y el sentido de las mismas, incluso cuando en ellas se deslicen torpezas palpables y errores graves. La fe en la Divina Providencia le infunde al subordinado la convicción de que también detrás de ello está Dios con su voluntad que dispone y permite. Quizás a nivel personal el superior cometa errores y peque. Sus mandatos son intérpretes confiables de la voluntad de Dios, que guía al subordinado y a la obra con seguridad divina hacia determinados objetivos.

Por eso San Ignacio en su carta CXX declara:

“Con esto no se quita que, si alguna cosa se os representase diferente de lo que al Superior, y haciendo oración os pareciese en el divino acatamiento convenir que se la representádes a él, que no lo podáis hacer. Pero, si en esto queréis proceder sin sospecha del amor y juicio propio, debéis estar en una indiferencia antes y después de haber representado, no solamente para la ejecución de tomar o dejar la cosa de que se trata, sino aun para contentaros más y tener por mejor cuanto el Superior ordenare.”⁷

Es opinión general de los santos y maestros de espiritualidad que a la confiabilidad del superior - contemplado éste a la luz de la fe - y sus disposiciones, corresponde la *seguridad y el aseguramiento del subordinado a través de la obediencia*. Más aún, no raras veces se habla de seguridad absoluta, infalible. Así trata San Francisco de Sales de explicar aquella frase de las Sagradas Escrituras: *vir oboediens loquetur victorias*:

“El verdaderamente obediente sale victorioso de todas las dificultades en las que se vea envuelto a causa de su obediencia y transitará con honor las sendas de la obediencia más allá de los peligros que dichas sendas puedan deparar.”

⁷ San Ignacio de Loyola, *Carta a los Padres y Hermanos de Portugal*, op. cit., pág. 815 (N. del T.).

La segunda motivación sería el temor.

Respuesta: Si por temor se entiende *timor serviliter servilis*, entonces debe ser rechazado como moralmente inaceptable.

En cambio, si se trata de timor reverentialis o filialis, no hay nada que objetar. Al contrario: se puede mantener en la mira y fijar continuamente esta clase de temor como una valiosa meta pedagógica.

*Ello se desprende de la esencia de la obediencia católica. Su originalidad radica en la convicción de que el superior legítimo lleva sobre sus hombros la toga de Dios, de que es transparente de Dios. Así como Dios es amado como el Amor Eterno y temido como la Justicia Infinita, también su imagen, su representante, puede y debe ser no sólo amado sino temido: con el *timor reverentialis vel filialis*.*

El *psicólogo* arriba a la misma meta desde otro ángulo: desde la esencia del amor. El amor presenta dos líneas: una que va y otra que vuelve. San Agustín opina lo mismo cuando habla sobre el ardor y el estremecimiento en el amor. Se designa respeto a la línea que vuelve, signada por el estremecimiento ante la grandeza ajena. La línea que va es la entrega, signada por un fuerte ardor. Por eso *La santidad de la vida diaria* esboza, lejos de toda unilateralidad, el ideal del superior como reflejo de Dios.

“La conducta del santo de la vida diaria está asimismo comportada por un profundo respeto cuando este, en su calidad de superior, tiene que tratar con subordinados. Él sabe que en su condición de superior debe ser una imagen del Padre del Cielo quien, con paternidad creativa, hace todo por amor, a través del amor y para el amor. Su sano instinto lo preserva de confundir una paternidad fuerte con una actitud propia de abuelos. Así como Dios mismo obra e interviene con energía, así también el superior puede hacer doler. Pero todo acontece en el marco de un amor respetuoso. Dios le ha confiado un tesoro comprado a alto precio, adquirido por la sangre de Jesucristo, y pide cuenta de ello. Sus subordinados no son para él como trozos de madera o esclavos, sino hijos de Dios, libres, miembros de una gran familia de Dios. Trata con profundo respeto cada ser humano, cada destino humano, cada labor humana. Y la mutua relación está signada no sólo por una justicia estricta sino también por un amor cálido, respetuoso y discreto. Más allá de toda la energía varonil con la que mantiene la disciplina en todas partes, no sobrestima la eficacia de la severidad y la dureza. Mucho más estima los efectos de la delicadeza y de la magnanimidad. De esta manera su estilo de gobierno, respetuoso y enérgico, se convertirá en un factor social de primer orden” (pág. 263/264; 1974: pág. 204).

El *Informe* se refiere en dos lugares a la motivación del temor. En el primero se dice:

“Junto al padre, y como en toda familia natural, también en la Familia de las Hermanas de María de Schoenstatt la Madre debería tener y ejercer derechos claramente definidos. En la práctica, sin embargo, el visitador tuvo la impresión de que la Madre, como cualquier otra Hermana, constituía un mero órgano ejecutivo del Padre, el cual ocupa en la Familia un puesto que domina todo y a todos. De modo manifiesto pesa sobre las Hermanas que se desempeñan en la dirección y

la formación la continua sensación de total dependencia y el sentimiento de temor de hacer algo 'equivocado', salvo que con esa misma falta de autonomía - innata o adquirida - y esa filialidad no sana se haya creado un contrapeso" (pág. 5).

El derecho de la madre está - como todo entre nosotros - elaborado y codificado según el ejemplo de la familia natural. La relación con el derecho del padre queda sugerida ya mediante las imágenes de la cabeza y del corazón. El colectivismo y sus tendencias desintegradoras atacan sobre todo a la familia, célula básica de la sociedad humana. Por eso una contracorriente lúcida dará una respuesta correcta en la medida en que ponga de relieve y revitalice el derecho parental, especialmente el del padre. Hoy se habla mucho sobre maternidad, maternalidad y los derechos de la madre. Pero los derechos y la posición del padre son una cenicienta apenas conocida. No obstante, sin ambos no es posible renovar la familia ni la sociedad humana.

Hemos elaborado con sumo cuidado la plenitud de poderes del derecho del padre, tanto en su amplitud como en sus límites. En razón de que la Familia en su conjunto posee una gran movilidad y escasos vínculos jurídicos - algo sin parangón -, en nuestro caso es necesario que el poder central en manos del padre esté asimismo fuertemente desarrollado.

El mismo principio que en los jesuitas determina la relación de tensión entre centro y periferia, entre poder central y subestructuras, ha cobrado entre nosotros - de modo análogo y en virtud de una afinidad electiva- una forma y figura similar. Este principio exige y justifica - nuevamente al igual que en los jesuitas - una marcada plenitud de poder, si bien moderada y limitada. Atacarla significa remecer los cimientos de todo el edificio.

Si este es el caso en comunidades de varones - como la de los jesuitas - entonces tanto más lo es en una comunidad de mujeres con una originalidad específica como la nuestra. *Esta comunidad, en su original estructura interior y exterior, resulta absolutamente impensable sin este principio paterno claramente elaborado y estimulado con tanto ahínco.* Así lo señala con inequívoca claridad la historia de la Familia. En su forma real ella resultaría incomprensible sin ese principio aludido tal cual este se ha ido gestando a lo largo de la historia.

Y así debe seguir siendo, de acuerdo a la antigua ley de Salustio: *Omne regnum iisdem mediis continetur, quibus conditum est. Para una mujer es imposible dirigir fecundamente una Familia como la nuestra.* Si bien el derecho del padre y de la madre están exactamente delimitados a nivel jurídico, su aplicación práctica permite naturalmente una infinidad de modalidades. Estas no sólo estarán determinadas por la originalidad individual de ambas personas depositarias de tales derechos sino también por las circunstancias y las tareas de cada época.

La Familia de las Hermanas de María es de una sola pieza. Por eso se puede decir de ella: *sint ut sunt aut non sint...*

Quien arranque o afloje alguna parte esencial de ella, se convertirá en su sepulturero. Puede, si se siente llamado a ello, construir otro edificio ajustándose a otras leyes y con otras estructuras. Pero no serán Hermanas de María de Schoenstatt. *Estas son originales tanto en su estructura jurídica como en su estructura psicológica.* Por eso necesitan también una forma original de educación.

En el Congreso Católico de Maguncia, Wulf llama a los institutos seculares *“una revolución de la vida comunitaria de la Iglesia”*. Si han de cumplir con su misión, primero tienen que producir, si no una especie de revolución, al menos una evolución enérgica y progresista en la educación, tanto individual como comunitaria.

Es signo de un sano sentimiento de vida y expresión de una relación mutua ideal cuando los hijos de una tal Familia - tanto los que comparten la labor de guiar como los que son guiados - no pueden dejar de experimentar una cierta preocupación acerca de si cumplen el deseo del Padre, de si actúan según su espíritu, de si gobiernan y se dejan guiar según sus principios. Ahora bien, *es natural* que una preocupación de este tipo o el temor de hacer algo *“equivocado” sea especialmente fuerte* cuando se trata de decisiones importantes que hay que tomar por sí mismo porque el Padre está lejos desde hace años, o cuando la larga separación física dificulta el ponerse de acuerdo sobre ciertas cuestiones críticas que surgen repentinamente.

Si el Informe se refiere efectivamente a esta situación, merece entonces una irrestricta aprobación. Porque sus observaciones se ajustan a los hechos reales, tal como lo puede demostrar en cualquier momento un cuidadoso examen.

Pero esto no excluye que en algunos casos el “temor” adquiera otras dimensiones. El temor - al igual que el amor - forma parte de los afectos básicos de la naturaleza humana. Una sana educación no sólo cuenta con él sino que sabe también cultivarlo. Un arte de gobernar lúcido y enérgico sabe ponerlo a su servicio. Así lo demuestra una mirada sobre la estrategia de fecundas comunidades religiosas. En este contexto se puede echar siempre una ojeada - si se quiere - sobre la orden jesuita, ya que en ella se han perfilado con mayor fuerza las constantes a las que se alude aquí.

Si el Informe pretende que se tome literalmente su afirmación, tal como la expone, entonces el conocedor de la situación debe rechazarla como no verdadera. Cualquiera puede comprobar en todo momento cuál de las dos partes ve y juzga con corrección. A su pedido, todas las cartas serán puestas sobre la mesa, sin restricciones.

El segundo pasaje dice:

“La sinceridad es parte de una verdadera filialidad ante los padres. Pero en el caso de una filialidad inmadura y primitiva, dicha sinceridad es llevada fácilmente por la senda equivocada cuando uno se cree obligado a informar - con un tinte subjetivo - ‘a la superioridad’ sobre cosas y hechos en los cuales se supone la existencia de un peligro para la cohesión familiar. Sólo así puede explicarse el visitador el temor generalizado a la ‘denuncia’ que hay en la comunidad de las Hermanas” (pág. 6).

La palabra *“denuncia”* recuerda una amplia literatura que se ha ido acumulando en el transcurso de los siglos y que se ocupa de una práctica común entre los jesuitas. *En dicha comunidad es costumbre que todo miembro le dé a sus cohermanos el derecho de informar sobre sus faltas a sus superiores, en todo momento.* Quien conozca el ideal de la orden; quien sepa que para el fomento de una mayor movilidad esta orden no entiende el concepto de la *vita communis perfecta* según el

sentido que le dan los benedictinos, comprenderá, sin más ni más, el significado de esta práctica. Es una protección esencial de la personalidad "itinerante" y de la comunidad "itinerante".

Ciertamente hay que sacarse el sombrero ante la consecuencia con que una orden religiosa permaneció fiel a su ideal a través de los siglos. Es admirable la madurez y la sabiduría de estos hombres que supieron posponer y combatir valientemente todos los intereses personales cuando el bienestar de su Familia les exigía un tal sacrificio.

En virtud de un cierto parentesco espiritual hemos adoptado, a nuestro modo, una práctica similar.

La pregunta octava del Estatuto General II apunta en esta dirección:

"¿Está dispuesta a que sus Hermanas y superioras, hasta el final de su vida, le hagan observaciones sobre defectos y debilidades de carácter, para encarnar de la manera más perfecta posible el ideal de una personalidad bien definida, y asemejarse, mediante un sencillo amor a la cruz, a Jesús despreciado?"

Nuestro carácter familiar, transido de alma, da un paso más. Una experiencia de años señala que no pocas hijas de la Familia tienen la necesidad de ser conocidas por sus padres de la manera más perfecta posible. Por eso se alientan mutuamente a informar sin tapujos a los superiores sobre todos los defectos visibles, para no aparecer ante ellos mejor de lo que se es, y de ese modo ser puestas al servicio de la Familia en el lugar correcto.

Si el temor del cual habla el "Informe" significa una cierta preocupación de que a causa de esas debilidades y faltas uno no pueda darles a los padres la alegría que quisiera, entonces se ha interpretado correctamente el asunto.

No es raro que se dé este caso ideal en circunstancias normales. Exige de ambas partes no sólo una profunda vinculación, sino también prudencia y tacto. Aunque, claro está, debido a la limitación humana no se podrá evitar por completo los desaciertos.

También hay que admitir que, *en determinadas circunstancias, tales comunicaciones a la superioridad pueden llenar de temor en sentido estricto a grupos más amplios de miembros de la Familia. Incluso cuando esta posibilidad y probabilidad se torna realidad, no hay razón para inquietarse. Cuando falta amor para impulsarse hacia el ideal, el miedo puede suplir lo faltante. Estos son procesos de vida que se hallan en todas las comunidades, también entre los jesuitas. Una educación enérgica y consecuente debe resistir y reducir los peligros existentes.*

El Informe habla de *un temor a la denuncia* que se habría generalizado entre las Hermanas. Esto parece ser, en primer lugar, *muy improbable*. Con la referencia a las informaciones "hacia arriba" se alude a la cabeza de la Familia. Uno se pregunta con razón de dónde podría provenir este miedo ya que desde hace alrededor de ocho años la cabeza de la Familia se ha mantenido conscientemente en un segundo plano para estimular a las Hermanas a gobernarse autónomamente, y apenas ha respondido cartas. Además, *inmediatamente después de la visitación* el informante realmente comprobó y escribió lo contrario:

“Ciertamente en principio es buena la cohesión de cada una de las comunidades de casa, grupos, cursos, y especialmente la cohesión de las Hermanas entre sí, pero si se le añade una apertura sin reservas hacia arriba, frente al Padre – lo que en principio es igualmente algo bueno y aceptable – podría quizás surgir en algunas Hermanas el temor de que se las vigila y de que se informa sobre ella hacia arriba.”

Aquí se habla únicamente de una posibilidad. Más arriba se habla no sólo de probabilidad, no sólo de uno u otro caso, sino de un fenómeno de masas. Luego prosigue:

“Ese temor, ese miedo, debe impedirse, erradicarse completamente.”

Ningún fundador de orden religiosa estaría de acuerdo con esto, y muchísimo menos San Ignacio. Quizás sea oportuno velar para que no se hagan falsas comunicaciones hacia arriba. Por eso el auténtico *Informe* citado declara con razón:

“¿Qué se deriva de ello? Que las Hermanas han de preguntarse muy seriamente, ante Dios y su conciencia, si pueden responder por lo que escriben delante de Dios y de su conciencia. Si todo corresponde realmente a la verdad y si puede ser dicho.”

Como tercera motivación se cita una filialidad primitiva. Una rápida mirada sobre los pasajes relativamente numerosos del Informe que hablan sobre el tema, vuelve a poner de manifiesto el gran abismo que devora como un Moloch la cultura cristiano occidental para entregarla, rindiendo su voluntad, al colectivismo. Aquí reaparece el antagonismo entre manera de pensar orgánica y mecanicista en el plano del ser, de las exigencias y de las consecuencias. Y se pone de manifiesto de un modo más drástico, plástico y palpable que en el caso de la obediencia.

Y ello por dos razones:

La filialidad, considerada como forma concreta de un organismo de vinculaciones cerrado en sí mismo, constituye más fuerte y directamente un problema psicológico.

Por eso hay que reservarle un estudio especial cuando se haga la confrontación religioso-psicológica de ambas mentalidades.

Jesucristo la presenta como meta educativa supratemporal, que se manifiesta como el remedio por excelencia para la catástrofe de hoy. Posee una polaridad original que Hugo Rahner, en su meditación teológica sobre el “homo ludens” (titulada “Divino juego de niños”), describe como un “bailar y llorar delante de Dios... un estar cobijado en el regazo de la gracia y expuesto al peligro mediante la libertad.”

Quizás en este punto baste con llamar la atención sobre el hecho de que todos los movimientos de renovación no logran su objetivo si no contribuyen seriamente - cada uno según su estilo - en la empresa de superar la manera de pensar mecanicista.

Esta última impide que la gracia divina cale profundamente en el alma, porque *perturba y destruye el órgano vivo e integral que permite captar todo lo divino y lo grande. Todos los sistemas* de todas las disciplinas - más allá de cuán brillante y completa sea su construcción - , *no tocan el alma humana, o no lo hacen con la suficiente hondura*, porque falta la manera de pensar orgánica. Por esa misma razón no surten efecto nuestras *medidas y lineamientos en el campo de la pedagogía sexual*.

Cuando Don Bosco dice: *"No nos falta un sistema sino una fuerza viva que se consume"*, se puede agregar: porque la manera de pensar orgánica se ha perdido. Cuando declara:

"Alejen de mí a todos los cómodos, a los que contemplan la vida desde la ventana y basan su autoridad en la distancia, de tal modo que los jóvenes huyen de su fastidiosa dignidad."

Nuevamente, la razón más honda de este comportamiento ajeno al mundo radica en la carencia de una manera de pensar orgánica.

El sacerdote, según el pensamiento de San Pablo (*ex hominibus assumptus pro hominibus constituitur in eis, quae sunt ad Deum*) *puede ayudar al hombre a establecer y mantener vivas sus relaciones fundamentales con Dios*. Pero más allá de los gigantescos esfuerzos que pueda hacer en esta dirección, tales empeños no lograrán su objetivo mientras no se supere la mentalidad mecanicista.

El *Informe* ha motivado una mirada sobre el taller pedagógico de Schoenstatt. Y esta mirada descubre, desde la perspectiva de la obediencia perfecta, el ideal del hombre católico que vive en comunidad y que no tiene nada que ver con un hombre masificado a un nivel superior.

Para demostrarlo se pueden aducir *sobre todo tres razones*: Las Hermanas de María - y lo mismo vale para los demás institutos - son una forma

**marcada
original y
acorde con el tiempo actual**

de los institutos seculares.

El *hecho* como tal no es lo que se discute en primer lugar. Se presupone como conocido y reconocido. Interesa más *su relación interna con la concepción de obediencia expuesta*. Así pues se plantea primeramente la siguiente pregunta: ¿Qué tiene que ver el carácter

marcadamente

secular de un instituto con la obediencia perfecta? La respuesta se encuentra fundamentada en la esencia misma del instituto: *En la nueva modalidad del status perfectionis acquirendae*. Con ello se destacan dos aspectos, los cuales apuntan inequívocamente al mismo objetivo. El primero es la buena nueva de que *los institutos pertenecen, desde el punto de vista jurídico, al estado de perfección*. Esto lo expuso minuciosamente Pío XII en su Motu proprio "Primo feliciter":

“V. Los Institutos Seculares cuyos miembros aunque vivan en el mundo se consideran con toda razón y mérito colocados jurídicamente entre los estados de perfección, ordenados y reconocidos por la Iglesia, en virtud de la Constitución Apostólica Provida Mater Ecclesia, por cuanto se consagran plenamente a Dios y a las almas. Esto lo profesan con la aprobación de la Iglesia y en virtud del ordenamiento jerárquico, de derecho diocesano o universal; aquel ordenamiento puede tener diversos grados. Por ello, esos Institutos fueron intencionalmente sometidos y confiados a la competencia y solicitud de aquella Sagrada Congregación que dirige los estados públicos de perfección y se preocupa de ellos. Por eso... todas las sociedades en el mundo entero - aunque tengan aprobación episcopal y aun pontificia - si se ve que poseen los elementos y requisitos propios de los Institutos Seculares, deben forzosamente en el acto adaptarse a esa nueva forma según las normas arriba señaladas (ver n. I).”⁸

Sobre esta base resulta fácil descubrir la relación con la obediencia perfecta. Hemos tratado de mostrar que la idea de la perfección - especialmente en la forma de vida de las órdenes religiosas - entraña esencialmente la idea de la obediencia perfecta. Por lo tanto, si los institutos seculares pertenecen al estado de perfección, entonces es natural que aspiren a ese mismo ideal y compitan noblemente con los antiguos modelos de órdenes religiosas.

El *segundo* aspecto radica en la siguiente novedad: ellos constituyen *una nueva modalidad del estado de perfección*. Ello significa, dicho popularmente, que buscan encarnar los elevados ideales de las órdenes religiosas, pero sin los usuales y probados medios auxiliares: sin hábito, sin clausura; más aún, sin comunidad de casa. Pero si no logran hallar un sustituto realmente válido para esta significativa renuncia, no alcanzarán su meta. Decepcionarán al mundo y a la Iglesia y, tarde o temprano, abandonarán el campo, dejándolo en manos de las antiguas órdenes. Resulta fácilmente comprensible que no puede hallarse un sustituto realmente válido que no incluya, en alto grado, dicha obediencia. De ello se desprende que tal obediencia debe ser practicada con mayor perfección y exigida con mayor seriedad de lo que ha sido habitual hasta ahora.

Vale la pena detenerse aquí un momento y esforzarse por abarcar contextos mayores. Los institutos tienen que tomar conciencia de que aún no han dado la prueba de su utilidad. Todo depende de que prueben estar a la misma altura que las antiguas órdenes en cuanto al servicio a la Iglesia y a las almas.

Esto exige, en primer lugar, una meta claramente definida, y luego un método pedagógico desarrollado con originalidad.

Una mirada sobre la historia de las órdenes señala que todas las nuevas órdenes que - a diferencia sobre todo de las antiguas y clásicas - no elaboraron un claro *ideal de orden* que las encendiera y mantuviese unidas, no lograron una plena fecundidad. Los institutos deben aprender de ello para no quemar mucho idealismo y cosechar finalmente sólo escombros. *Ellos no tienen una vita communis perfecta de carácter obligatorio, por eso dependen más que las órdenes existentes hasta hoy de la fuerza unificadora de un ideal común.*

⁸ Pío XII, *Primo feliciter elapso anno* (12.III.1948), V (N. del T.).

Un tal ideal es el que hemos tenido en la mira desde el comienzo, vale decir, desde 1912. Nos acompañó con su luminosidad y calidez; jamás nos ha abandonado. A él hay que agradecer todo lo que se ha gestado hasta ahora entre nosotros. Por entonces yacía latente en la noche de los tiempos y no era cosa de cualquiera rastrear sus fuerzas impulsoras secretas, captarlas con valentía e interpretarlas con consecuencia. Hoy la situación se ha decantado. *Hoy el catolicismo en su conjunto lucha con mayor claridad por el mismo ideal: por el hombre nuevo en la comunidad nueva, por el santo de la vida diaria, por el humanista cristiano moderno.* El Congreso Católico de Maguncia estuvo iluminado fuertemente por esta estrella de Belén.

En la Carta de Octubre se esboza la forma concreta que entre nosotros asume este gran ideal del tiempo presente. En virtud de la igualdad de ideales, una secreta sintonía une Schoenstatt con el tiempo de hoy, explica su actualidad y empuje y garantiza su futura fecundidad. Hemos considerado siempre a esta época no sólo como un derrumbe sino también como una eclosión; no sólo como catástrofe y final, sino también como transición hacia un mundo nuevo regido por ocultas leyes de crecimiento; como despuntar de una aurora nueva y luminosa, de una era nueva, de una victoria nueva de la Esposa de Cristo, de su Iglesia. Interpretamos todo proceso de fermentación y ebullición como una transformación del Reino de Dios aquí en la tierra.

Lo que el Cardenal Suhard proclama hoy al mundo nos suena ya conocido:

“Para comprender plenamente el papel de la Iglesia en la época moderna, primero hay que entender sus dos facetas: la trascendente y la ligada al mundo.

En su ser trascendente la Iglesia Católica es el Cuerpo Místico de Cristo y por lo tanto no expuesta a cambio alguno; es roca y norma que está por encima de toda mutabilidad.

Pero la otra característica de la Iglesia es que ella está en esta tierra y en este sentido es también un organismo que cambia, se desarrolla y crece. En este sentido la Iglesia atraviesa épocas signadas por destinos diversos - tiempos de victoria o de persecución - enriqueciéndose con todas esas experiencias. La Iglesia no es jamás estática. Está siempre en camino hacia la Jerusalén Celestial. Crecer significa desprenderse, significa en parte morir. A lo largo de su historia la Iglesia a menudo abandonó formas condicionadas por el tiempo, descartó cosas que en realidad eran sólo ropajes; su estructura se transformó con el tiempo, pero jamás su sustancia.

Por lo tanto no tienen razón quienes quieren convertir en formas permanentes de la Iglesia valores de hoy condicionados por la época. No todo lo nuevo es bueno, ni todo lo antiguo es malo. Mañana será pronto hoy y hoy, ayer. Por eso el desarrollo de la Iglesia debe realizarse siempre en el mismo marco válido de su doctrina. De modo semejante tampoco tienen razón aquellos que quisieran contemplar las formas de ayer como el ideal de hoy. La tradición que se convierte en rutina, está muerta.

Si los hombres dudan hoy, el mejor método para ellos es escuchar con atención las palabras de la Santa Sede. Jamás en su historia la Iglesia ha enseñado tanto como en los últimos cincuenta años.”

A la pregunta por la característica más esencial del nuevo ascenso de la Iglesia en nuestra época, responde el cardenal lo siguiente:

“Consiste en una síntesis cristiana del mundo del s. XX, vale decir, estriba, en lo esencial, en un nuevo humanismo que descansa tanto sobre los valores del mundo como sobre las metas de Dios. Ya esta sola síntesis cristiana hace a la Iglesia capaz de convertirse hoy en lo que fuera en la Edad Media: la guía espiritual del mundo.

El gran error de los cristianos de este siglo ha sido haber permitido que el mundo moderno se desarrollase sin su participación. Ahora el católico debe estar y obrar en todas partes. Tiene que comprender las necesidades y corrientes de nuestro tiempo, pero también saber discernir entre cosas temporales y eternas, entre forma y sustancia. Esto es lo esencial de una adaptación cristiana verdaderamente valiosa y también la esencia del apostolado moderno.

Este apostolado moderno se diferencia del antiguo en primer lugar por el hecho de que no sabe de límites geográficos, de que no se limita a las regiones sin cultura. El apostolado moderno es universal. Tiene que obrar en todas partes y servirse de todas las cosas que puedan ser útiles para la causa de Dios. Debe reclutar sus hombres de entre todas las clases sociales. Debe formar grupos, porque un grupo sólo puede ser salvado por otro grupo. El apostolado moderno no puede detener los hombres en su camino, tiene que peregrinar con ellos y ofrecerles alimento mientras estos marchan por la vida.”

Grandes y nuevos objetivos exigen medios adecuados. Nuevas formas de vida exigen nuevas formaciones de vida. Nuevas metas de vida requieren una nueva voluntad para abordar la vida. Afirmados en esta convicción, desde el principio no hemos querido ser otra cosa que un decidido movimiento de educación y apostolado en marcha hacia ese gran ideal; hemos tratado de hallar una manera de educar capaz de formar hombres nuevos en una comunidad nueva para el tiempo nuevo. En esa misma dirección apuntan hoy las aspiraciones de toda la Iglesia: en algunas partes, tímidamente, en otras, con mayor ímpetu; en algunas, reconocidas, en otras, combatidas. Así nació nuestro sistema de la pedagogía de ideales, de vinculaciones, de confianza y de movimiento.

Los institutos están llamados a realizar una labor de exploradores y pioneros con mira al logro de una nueva ascética y pedagogía laicales. Por eso necesitan mucha luz y gracia pero también mucha audacia. Hace mucho que se escucha el clamor por un cierto desprendimiento de formas de piedad que tuvieron su origen en las celdas monásticas. Últimamente tales voces se hacen sentir con mayor intensidad en Norteamérica. Se apoyan en la carta pastoral del episcopado norteamericano *sobre el secularismo*. Este último separa la vida de Dios; y lo hace en todos los aspectos de la vida, tanto privados como públicos. Dado el realismo de la manera de ser del norteamericano, enseguida se realizó un serio examen de conciencia en las propias filas.

En una alocución se dice lo siguiente:

“Es necio creer que el secularismo ha sido provocado sólo por aquellos que niegan o rechazan a Dios, y no también por los cristianos que han descuidado el orden temporal. Las raíces del secularismo encuentran asimismo nutrientes en los corazones de los católicos. Y también han hallado tierra fértil en nuestras escuelas católicas.”

Luego se mencionan tres consecuencias: Escasa incidencia en la problemática de la vida moderna, sobrevaloración de las formas exteriores e individualismo en la formación y la educación. Esta adolece fundamentalmente

“de una desfiguración de lo que es la vocación cristiana en medio del mundo y de la profunda vinculación entre contemplación y acción; de tal manera que la conciencia religiosa del laico común se vacía de aquella hondura espiritual que es necesaria para llevar una vida cristiana plena en medio del mundo.”

Se llega así a la exigencia de una nueva espiritualidad para el hombre en el mundo, que debe ser fundamentalmente distinta de la ascética que se tenía hasta ahora, basada esencialmente en experiencias realizadas en monasterios. El cardenal fundamenta esta afirmación apoyándose en las experiencias cosechadas, ante todo, entre los jóvenes obreros católicos:

“Los empleadores” - dice - “aseguran que emplearían con gusto estudiantes de escuelas católicas, porque se supone que ellos no causarán ninguna ‘agitación’. Los comunistas temen poco a los estudiantes de las escuelas católicas porque saben que no tienen fuerza de empuje, que están desvalidos, sin guía, sin instrucción, y no se inmutan ante las injusticias sociales que los rodean.”

Los trabajadores católicos activos le habrían pedido especialmente al cardenal que tomase posición frente al concepto de éxito que se les enseñara en la escuela. Este concepto de éxito llevaría al joven trabajador a despreciar su estado y oficio y tomar como única meta de sus esfuerzos el ascenso social, vale decir, en este caso, el ascenso a profesiones ajenas al trabajo manual. Y así estos muchachos trabajadores serían incapaces de desplegar un apostolado en sus propias filas. Todo esto indicaría profundos daños en la conciencia católica que a su vez pueden atribuirse a la influencia de la actitud secularista, ya que esta última también se ejerce sobre el espíritu católico.

Habría que hacer una reforma radical, una reforma en el sentido al que aludiera Pío XI: *“Estoy contento de vivir en el siglo XX, pues en el siglo XX es imposible para el cristiano ser mediocre”*.

El futuro mostrará si nosotros con nuestra ascética y pedagogía cumplimos las expectativas que en ella depositan ciertos sectores. Más efectivos que una palabra certera y un sistema perfecto son los hombres y las comunidades formados según ellas.

Ambas realidades, el hombre nuevo y la comunidad nueva, no pueden prescindir de la obediencia perfecta. Esto vale especialmente para nosotros a causa de nuestra decidida

originalidad.

Los institutos de laicos se sujetan a una ley general que les sirve de marco. Pero dentro de dicho marco pueden desarrollarse y moverse de diversos modos. *Nuestros institutos tienen la característica de contentarse con los vínculos más necesarios, con los mínimos vínculos que es posible imaginar.*

Y en ello radica su misión especial para el mundo laical. Además de la obligación de la fidelidad (que puede ser retirada en todo momento por el miembro luego de transcurridos tres meses de haber comunicado su intención de rescindir el contrato) existe la promesa de la obediencia. *Debe cumplir la función que entre los religiosos desempeñan los tres votos habituales.* Piénsese en una cuba cuyas duelas están sujetadas por tres aros, por los tres votos. Y otra que sólo tiene un único y liviano aro, la promesa de la obediencia. *Para que ambas guarden con la misma seguridad el precioso contenido, entonces en el último caso ello será posible sólo si la obediencia se practica de manera extraordinaria y si los miembros han crecido interior y profundamente el uno en el otro.*

De ello se desprende a su vez que quien ataque nuestra obediencia se parecerá a un hombre que despoja a dicha cuba de su único aro, inutilizándola así por completo.

Por estar tan en contacto con la atmósfera de los tiempos; por haber surgido del tiempo y para el tiempo, hemos tenido, desde el principio, un órgano especial para interpretar los tiempos. Creemos, en el buen sentido de la palabra, estar

acordes con la época actual

Sobre las puertas de los tiempos novísimos resplandece la *declaración dogmática de la infalibilidad del Papa*. Ella simboliza la idea de fuertes personalidades de dirigentes, depositarias de fuerza convocante y capaces de conducir con seguridad. *Esta declaración dogmática debía preparar a la Iglesia para el caos venidero del colectivismo; debía darle una nueva meta acorde al tiempo actual y descubrirle nuevas leyes de crecimiento.* Los dirigentes del pueblo tendrían que haber respondido con la formación de comunidades en las cuales se encarnara, junto con el ideal de un dirigente anclado en Dios, el ideal de un seguimiento perfecto con obediencia perfecta.

Hemos tratado de dar una respuesta en esa línea. Así surgió Schoenstatt, así creció, así aborda el tiempo de hoy. Amplios sectores no han entendido los signos y señas de Dios.

“Gran parte de la confusión y del caos reinante en torno de nosotros” - así lo proclaman los obispos americanos - “tiene que ser atribuido directamente más a la inacción de los cristianos que a la eficacia de los febriles esfuerzos de los destructores. Estos destructores son indudablemente una minoría, y sin embargo la obra de destrucción continúa. La crisis está ahora ante nosotros...”

Esta pasividad facilita las cosas al diablo, remedón de Dios. Y así, sin ser molestado, pudo aprovechar la gran idea y designio de Dios para sus propios fines: hizo que surgiesen y medrasen dictadores; los utilizó como instrumentos para imponerles al mundo y a la Iglesia el yugo de la esclavitud. Si la Iglesia quiere preservarse de caos, librarse de las manos del príncipe de los infiernos, debe responder a la llamada de Dios formando comunidades que se agrupen en obediencia perfecta en torno de su Cabeza. Sólo entonces habrá comprendido el sentido positivo de la época; sólo entonces habrá entendido el carácter de transición que tiene este tiempo; sólo entonces se habrá adaptado a las leyes de crecimiento de la “nueva Iglesia” y preparado la marcha triunfal de Dios en el nuevo tiempo...

Que la crítica opositora juzgue si las reflexiones hechas hasta ahora son convincentes. No podrá negar que ellas dan el siguiente testimonio: son de una sola pieza, son fruto de un ferviente espíritu de fe, apuntan a superar el colectivismo y contribuir a prepararle a la Iglesia el camino hacia el tiempo nuevo.

Para redondear estas reflexiones sería recomendable agregar algunas palabras sobre las

dificultades

relacionadas con la cabeza de la Familia y que aún no han sido tratadas.

Todas, sin excepción, pueden reducirse a un denominador común, todas culminan en un solo reproche: El director se coloca indebidamente en el punto central. Y de ese modo recuerda métodos del pasado inmediato que han demostrado ser muy perniciosos.

El texto dice lo siguiente:

“Por otra parte, ni los miembros de la Familia, ni mucho menos el mismo P. Kentenich - como sucede efectivamente desde Dachau en contraposición a lo que pasaba antaño -, deberían colocar la persona del Padre en el primer plano o en el centro, hasta el punto de que la gente se sienta repugnada (al recordar métodos similares aplicados en épocas muy recientes de la historia alemana). Y esto vale aún cuando él logre hablar de sí mismo con un tono impersonal y contemplar su persona -no en su valor propio, sino en su contenido simbólico” (pág. 4).

Las respuestas serán nuevamente dos: una positiva y otra negativa.

La positiva presenta breve y claramente los hechos históricos. Desde el principio el director tuvo en sus manos los hilos de la Familia más cercana y de la más amplia. Durante años mantuvo un contacto directo y personal con casi todos los miembros. Así, de modo no reflexivo y natural, se gestó una conciencia de familia que unía a todos los miembros con la cabeza de una manera sencilla e ingenua, sin que se hablara mucho de ello... Ni siquiera se era consciente de esa afortunada situación, tal como suele suceder en una sana familia natural. Esto ocurría así en parte también porque el director

“procuraba con sumo cuidado posponer y mantener oculta su persona detrás de la idea, la obra y el Santuario” (pág. 5).

Otra manera de actuar no hubiera sido natural, en virtud de que la Familia vivía la realidad de un estar espiritualmente el uno en el otro. De acuerdo con sanas leyes de desarrollo, todo cambió cuando la Familia se consolidó y maduró interiormente y experimentó exteriormente un fuerte crecimiento, de tal manera que pudo gobernarse a sí misma con adecuación a su nueva realidad.

Enseguida se perfeccionó entonces su organización y descentralización. Este proceso entrañó y requirió, por un lado, *que el director pasase más fuertemente a un segundo plano y, por otro lado, que pasase más a un primer plano.* A un segundo plano pasaron *sus vinculaciones personales con cada miembro.* Así pues, en el caso de la generación vieja, estas vinculaciones fueron cultivadas

conscientemente con menor intensidad, y, en el caso de la generación nueva, se establecieron sólo muy escasamente.

Para que el organismo de la Familia no se viera afectado por ello, para que no perdiese el fundamento de sus sanas leyes del ser, la cabeza tenía que pasar más fuertemente al primer plano de la vida pública de la Familia, tenía que ser mostrada y vista de modo consciente y reconocida de modo reflexivo e inequívoco, tal como sucede en cualquier gran comunidad religiosa como, por ejemplo, en los jesuitas. Era necesario hacerlo, especialmente de cara a las vocaciones que aumentaban de manera continua en Alemania y en el extranjero, y con quienes el director conscientemente no buscaba entablar una relación personal.

Esta histórica reorientación, a la cual se reconocía con claridad y se aspiraba a conciencia, podía ser lograda por dos caminos: por vía de un acto oficial de gobierno y por vía de (la pedagogía de) movimiento. Se eligió esta última por fidelidad a los principios y para aprovechar toda oportunidad para incentivar a las Hermanas a tomar decisiones personales y comprometerse por sus convicciones.

Así surgió la corriente del Padre o de autoridad, cuya culminación fueron los actos de entrega al padre. He aquí pues su historia y su sentido. No a todo pedagogo le cuadrará este método. *Pero no negará su reconocimiento a una táctica que mantiene siempre la meta en su mira, que es consecuente en todas las situaciones, que calcula conscientemente las tensiones y deposita tanta confianza en sus seguidores. Y que además no refrena las crecidas pasajeras que rebasan las riberas, sino que deja que se desarrollen con tranquilidad e interviene sólo cuando resulta conveniente.*

Afirmándose en este mismo principio metodológico, desde enero de 1949 el director dio cabida a otra corriente que no partió de él *sino de los otros institutos: la corriente de membralidad o de seguimiento.*

Según Albano Stolz, educar significa mantener un contacto vivo. Por lo tanto la labor del educador consiste en captar todas las corrientes - vengan de donde vinieren - , hacerlas pasar por su propio corazón e introducirlas en toda la Familia. Detrás de esas nuevas corrientes operaban determinadas fuerzas impulsoras e ideas directrices que no provenían de las Hermanas.

El director había hecho autónomo a cada instituto, de tal modo que ya no tenían ningún vínculo jurídico con él. Si bien tal medida resultaba ventajosa para la independencia de los institutos, entrañaba el peligro de la disgregación. De ahí el anhelo instintivo y comprensible que llevó a hacer ciertas reflexiones y finalmente a tomar la decisión y medida de reconocer una cabeza común que en el marco de toda la Familia asume un lugar de confianza sobresaliente y ofrecido voluntariamente. Desde el punto de vista jurídico, los institutos permanecen - como hasta ahora - autónomos... Que la elección recayera en el director que se tenía hasta entonces, se debe a que este es el fundador de todos los institutos.

Así pues los representantes de los Sacerdotes Diocesanos de Schoenstatt, del Instituto Ntra. Sra. de Schoenstatt y de los Hermanos de María realizaron el acto correspondiente en forma de consagración... Para facilitar una fidedigna toma de conocimiento de toda esta corriente, cito a

continuación la oración de consagración de los Sacerdotes Diocesanos y fragmentos de la alocución pronunciada en ocasión de dicha consagración:

“Oración de consagración
(Ronda: 20 de enero de 1949)

I

Guía:

Según los eternos planes de sabiduría de Dios, tú has sido constituida, desde el principio de los tiempos, como Portadora de Cristo y como Aquella que aplasta la serpiente en medio de la humanidad amenazada. También en nuestro tiempo debes cumplir tu misión de perenne validez. Por eso has elegido este lugar, para hacerlo cuna de un hombre nuevo y de un orden social nuevo en una época de decadencia sin parangón y de disolución irrefrenable de tradiciones milenarias.

Desde los días de nuestra juventud pudimos ser tus instrumentos en la construcción de tu obra y de tu reino, en el cual tus glorias se manifiestan, año tras año, cada vez más. No se nos ha concedido esta vocación porque seamos dignos de ella. También en nosotros obra tu amor misericordioso de una manera que no sabríamos explicar con razonamientos humanos.

A través de la palabra de tu siervo y escogido instrumento nos enviaste tu primer mensaje en la hora de la fundación de la Familia de Schoenstatt. Este mensaje se ha convertido en contenido y destino de nuestra vida. Desde hace muchos años nos anuncias sabiduría celestial por boca del maestro, nos formas por la mano del educador y nos guías por la autoridad del Padre a quien tu llamaste a ser cabeza de toda la Familia.

Con una mirada providencialista reconocemos que tú eres quien ha generado un entrelazamiento de destinos, profundo y misterioso, en torno de la cabeza y los miembros. Tu obra surgió de ese entrelazamiento y se fundará en él por siempre. Incluso quieres valerte de él para hablarnos de nuevo y con mayor insistencia que nunca. Así lo haces con el acontecimiento del 20 de enero de 1942.

Cuando, en los años de persecución de la Iglesia que han quedado ya detrás de nosotros, los enemigos de Dios tramaban la destrucción de tu fundación, tú, oh Madre tres veces Admirable, nos exhortaste a todos, en la corriente de Inscriptio de la Familia, a un ofrecimiento total de nosotros mismos y a la suprema entrega a ti. Sólo de esa manera podía ser salvada tu obra del aniquilamiento que la amenazaba de parte de poderes transcendentales contrarios a Dios.

Nosotros, tus sacerdotes, confesamos humildemente que por entonces fuimos lentos para comprender y cortos de oído frente a tu mensaje. Nuestra culpa y nuestra debilidad generaron el peligro de caer en un tercer pecado original que hubiera podido llevar tu obra a la ruina. Entonces intervino tu mano que guía y salva. Realizaste en la cabeza de la Familia aquello a lo cual nosotros mismos hubiéramos debido declararnos dispuestos por medio de una libre elección sustentada en el amor a ti y a tu causa: Hiciste que llevase las cadenas del cautiverio, que gustase la amarga separación de la Familia, que padeciese la ignominia de la cruz, que viviese en extrema pobreza y experimentase diariamente el peligro de muerte.

En razón de que tú habías unido la cabeza y los miembros en indisoluble comunidad, tu inconcebible actuar nos conmovió a todos. Pero al mismo tiempo nos diste una prueba irrefutable de tu incomparable fidelidad. Con un acontecimiento de hondo significado nos regalaste el 'milagro de la Nochebuena'.

En la lucha y en la libre decisión del 20 de enero la Familia - representada por su Cabeza y los leales que lo siguieron - se abrió a la irrupción de tu gracia. De ese modo tú, Vencedora de todas las batallas, quebrantaste el poder del demonio en la Familia; conquistaste nuestros débiles corazones y conjuraste el peligro del 'tercer pecado original'. Estamos impresionados por ese hecho que consumó tu mano. Tarde, muy tarde, nuestros miopes ojos reconocen las admirables conducciones de tu sabiduría pedagógica maternal.

Todos:

Así pues nosotros, primicias de tu Familia, venimos hoy a ti, oh Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt, aquí, a tu Santuario, para dejarnos modelar por ti en el misterio de aquel día de hondo significado. Pero antes nuestro corazón puja por pedir perdón, con dolor y arrepentimiento, por toda la infidelidad y toda la ingratitud, por toda la cortedad en la escucha y las negligencias de que nos hicimos culpables hasta ahora en tu servicio.

Concédenos que el 'milagro de la Nochebuena' sea primero el milagro de tu amor que perdona nuestra culpa.

Haz que nos desprendamos para siempre de todo capricho enfermizo e inscribe con 'letras de sangre y fuego' nuestro corazón vacilante y egoísta en el tuyo.

Haz de nosotros según te dicte tu amor. No repares en nuestra debilidad y haz que pasemos por todo el dolor que los sabios planes de Dios hayan dispuesto para nosotros.

Tú, sierva fuerte del Señor, que un día pronunciaste el 'fiat' en representación nuestra, pliega por completo nuestra rebelde voluntad a la voluntad y a los mínimos deseos del Padre Celestial.

Tú, Madre Dolorosa junto a la cruz, pon siempre en nuestros labios aquella sincera súplica: 'Padre, sólo quiero lo que te agrada, aún cuando tu deseo dicte la sentencia de muerte'.

Cobija también, oh Madre de bondad, nuestra débil voluntad y nuestro inseguro corazón en tu corazón, para que seamos capaces de consumir 'acciones que den testimonio concreto de la Inscriptio, de un elevado acrisolamiento, de austeridad; y para que seamos capaces de dar pruebas de integridad y lealtad'.

Y ya que tú, oh Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt, nos has revelado el significado simbólico de este día y del entrelazamiento de destinos entre la cabeza y los miembros, queremos rubricar en esta hora, con los labios y el corazón, lo que tú has escrito en los anales de Schoenstatt. Como en la primera hora de fundación, recibe benévola nuestra consagración y renueva con nosotros la Alianza sellada por entonces.

A nuestro ofrecimiento de hoy añadimos el 'Acto de Inscriptio' del 20 de enero de 1942, la promesa de fidelidad a la cabeza de la Familia y nuestra mutua e inseparable unión como miembros. Incorpóranos nuevamente a la Familia, tal como la has plasmado hasta hoy bajo la irrupción de la gracia de aquel día bendito. Escucha la declaración de nuestra disposición a la obediencia y de nuestra fidelidad en el seguimiento del maestro, legislador y padre de la Familia de Schoenstatt. Suscita y mantén en nosotros la docilidad que le permita llevar a cabo tus planes en la Obra y aplicar en nosotros tu sabiduría pedagógica. Que conserve para siempre su vigencia en la Familia lo que tú has obrado en los acontecimientos del 20 de enero, lo que has manifestado en ellos. Que seamos garantía de ello hasta el fin de nuestra vida. Amén."

Fragmento de la conferencia en ocasión de la consagración:

"... Quizás se podría preguntar aún si desde el punto de vista moral está permitido entregarse a un ser humano en la forma en la que ustedes quieren hacerlo ahora. A esta pregunta se puede contestar lo siguiente: Si con la palabra 'entrega' se quiere expresar lo que comúnmente designamos 'entrega total' y que sólo puede hacerse ante Dios, entonces habría que responder que no. Pero hay que responder que sí si por 'entrega' se entiende lo que hace, por ejemplo, un turista cuando en una peligrosa excursión de montaña se entrega a un guía; o lo que hace el viajero cuando en su viaje por sobre los abismos del océano se entrega a un experimentado capitán; o lo que hace un soldado cuando en la batalla se entrega a un oficial responsable; o mejor aún, lo que hace precisamente un hijo maduro y sano cuando se entrega a la guía probada de un padre prudente y fiel.

Asimismo habría que dar nuevamente una respuesta negativa si por entrega se debiera entender la supresión o tan siquiera la reducción de la responsabilidad personal. Bajo el régimen nacionalsocialista hemos experimentado sobradamente los estragos causados por tal supresión de la responsabilidad personal, y los juicios de Nuremberg nos lo ha vuelto a poner una y otra vez delante de los ojos, y en la forma más estremecedora. Deberíamos estar a salvo de un tal peligro ya en razón de toda nuestra orientación y de los objetivos de nuestra educación. Queremos formar el hombre nuevo, y esto no significa una reducción sino la intensificación más elevada posible de la responsabilidad personal.

Se podría plantear además la objeción de si mediante nuestra subordinación e incorporación a la persona y al acto de entrega al Padre no se está colocando, junto a la autoridad a la cual de todas maneras debemos responder - en virtud de las leyes de la naturaleza o de la libre asunción de determinadas obligaciones - otra autoridad que contradice y estorba a la primera.

A esta objeción hay que responder lo siguiente: El sentido del acto de entrega al Padre no es debilitar nuestra actitud de obediencia sino infundir alma a esa misma actitud, perfeccionarla hasta el extremo. La libre subordinación a la persona del Padre no estorbará jamás la obediencia que en calidad de palotinos debemos a nuestros superiores legítimos o la que ustedes como sacerdotes diocesanos del Instituto deben a su obispo y ordinario, sino que la fomentará en todo sentido.

Lo mismo vale para nuestra obediencia frente a la autoridad de la Santa Iglesia, por no hablar de la autoridad de Dios: Tenemos una clarísima conciencia de lo que hacemos y obramos en base a una decisión enérgica y valiente, y a despecho de todo temor que pueda asaltarnos.

Pero en nuestro caso no sólo se trata de frenos, sino también de impulsos extraordinariamente fuertes. Estos provienen no tanto - al menos así me parece - de nuestros esfuerzos por la propia santificación, sino mucho más de nuestra entrega a la gran Obra de Schoenstatt, a nuestra misión. Es la Obra de Schoenstatt la que nos ha robado el corazón. Por ella vivimos, trabajamos y luchamos. A pesar de nuestra miseria debemos confesar que casi no tenemos necesidades ni preocupaciones personales. Todas nuestras preocupaciones nos brotan de nuestra entrega a la Obra de Schoenstatt. Pero esta es, a la vez, la fuente de nuestra alegría más grande. Ese amor a la Obra es el que nos impulsa a realizar este acto de entrega al Padre.

Cuando nos preguntamos si el Señor, antes de su regreso al Padre, tenía razones para preocuparse de la permanencia de su obra, podemos decir, hablando humanamente, que en este punto constatamos dos razones para ello. Una era la inquietud de si su entorno inmediato, sus fieles discípulos, tendrían realmente el coraje de seguirlo y mantenerse fieles a su seguimiento en toda circunstancia. Ciertamente Santo Tomás había dicho, con sincero corazón: 'Eamus et moriamur cum illo'. Y más sinceras aún habían sido las palabras del valiente Pedro: 'Y si todos te abandonaren, yo no lo haré jamás'. Sin embargo, llegado el peligro, fracasaron lamentablemente. El espíritu está pronto, pero la carne es débil. Ahora bien, la obra redentora de Cristo sólo podía alcanzar su meta si aquellos que debían ser sus instrumentos tomaban su cruz y lo seguían hasta la cumbre del Gólgota. La segunda preocupación quizás fuera la de si sus discípulos permanecerían unidos entre sí. Su última oración al Padre da elocuente cauce a esta inquietud: 'Te ruego, Padre, para que todos sean uno como yo en ti y tú en mí'. Y aquellas otras palabras: 'En esto reconocerán que son discípulos míos, en que se aman los unos a los otros'.

Al echar una mirada retrospectiva sobre los dos mil años de historia de la Iglesia que nos separan de Cristo, se despliega ante nuestros ojos un panorama bastante triste. ¡Cuánta cobardía, no sólo de parte de los cristianos comunes, sino también de la clase dirigente y de los círculos de elite! ¡Cuánta huida de la cruz, qué infinidad de fracasados! Por otro lado, ¡cuánta desunión y discordia! ¡Cómo se ha rasgado y fragmentado en todos los tiempos la túnica inconsútil del Señor! ¡Qué distinto sería el mundo hoy si los suyos no se hubiesen negado al seguimiento y hubiesen permanecido unidos y concordes! Posiblemente no habría ya más paganos en el mundo. Ni tampoco ningún movimiento bolchevista.

Por lo tanto, si queremos aportar algo fundamental a la Iglesia y no solamente una ayuda secundaria, hay que asegurar entre nosotros para siempre tanto lo uno como lo otro: tanto el amor a la cruz como la unión mutua y profundísima en el amor de Cristo. El hecho más decisivo y relevante en la historia de Schoenstatt, en el que se expresan luminosamente ambos elementos, es el cumplido por el Padre el 20 de enero de 1942. Es una entrega perfecta a la cruz y al Crucificado y a la vez una entrega perfecta a la Obra y a los miembros de la misma.

Por eso consideramos que la misión de Schoenstatt estará asegurada si el espíritu de ese día permanece vivo en todos los tiempos. El acto de entrega al Padre quiere ser un aporte decisivo para que ello ocurra así. En este sentido repito las palabras que he citado ya: 'Eamus et

moriamur cum illo'. ¿Y para qué? 'Ut vitam habeant et abundantius habeant'. Sí; queremos morir para el pecado y para la huida de la cruz, a fin de que nosotros y todos los hijos de Schoenstatt de todos los tiempos vivamos en, por y para el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por María, nuestra Madre y Reina del Cielo. Amén."

En un primer momento la corriente surgida en los institutos era desconocida para las Hermanas. Fue encauzada hacia ellas desde afuera. Pero como la imagen de la cabeza y los miembros, en esa forma, no les resultaba familiar, comenzaron nuevas confrontaciones. *Esta era la situación en tiempos de la visitación.*

Así pues el director está presente en la conciencia de la Familia *bajo dos aspectos*. En primer lugar como *director momentáneo* de las Hermanas de María. En su calidad de tal no posee ni quiere poseer derechos de los cuales no puedan ser depositarios en igual medida sus futuros sucesores. Y tiene una influencia única como cabeza *libremente elegida* de todos los institutos que ocupa un expreso lugar de confianza.

De este modo se resuelven las aparentes contradicciones que el *Informe* cree poder constatar:

"Con razón se subraya que el Padre de la Familia no reclama nada para su persona que no pueda ser transferido a sus sucesores en la misma medida. Sin embargo la vinculación de la Familia al Padre que él pretende es en tal grado única e irreplicable que ninguno de sus sucesores podría ni debería realizarla de esa manera.

En la carta sobre el 20 de enero de 1949 se lee: 'Mediante una consagración solemne y comunitaria quieren elevar nuestra relación sacándola del ámbito privado y, por así decirlo, otorgarle un carácter oficial... Desean darle a la vinculación personal una connotación suprapersonal; y asegurarle a una actitud interior fundamental que se ha convertido en algo natural, una significación y permanencia supratemporales para ustedes y todas las generaciones venideras: y todo ello no recién después de mi muerte, sino ya ahora, en vida mía'."

El texto incurre en un error en cuanto a la argumentación que hace. En efecto, habla de *"la vinculación de la Familia al Padre que él (el director) pretende"*, mientras que la cita de la carta dice expresamente: *"Mediante una consagración solemne y comunitaria **quieren** elevar nuestra relación..."* De esa forma se pone de manifiesto con claridad que la corriente simplemente es acogida por el director de la Familia, pero no parte de él, lo que además se consigna expresamente en la *Carta de Enero*.

De ello se desprende, una vez más, que Schoenstatt no es tan fácil de comprender... Son demasiadas las corrientes de pensamiento que bullen y fluyen... las leyes pedagógicas de conducción de un movimiento son por lo común poco conocidas... La imagen de la esfera que explicamos más arriba, ilustra de la mejor forma lo que se quiere decir...

Para hacer más comprensible esta breve explicación, adjunto una carta privada dirigida a un colaborador y que ayuda a una mejor introducción en ciertos contextos:

“Acaba de llegar tu carta del 12 de febrero. Muchas gracias por ella. Para aclarar las cosas, tomaré posición brevemente respecto de tres puntos:

1. Asimilación existencial del 20 de enero de 1942

Todos los textos correspondientes a este tema colocan en el punto central a ambas partes: la comunidad de aquellos que han realizado el acto de Inscriptio como medio para mi liberación, y mi propia Inscriptio, que entraña la total renuncia a mi libertad personal en pro del crecimiento de la comunidad.

Distinguimos una triple asimilación existencial: asimilación existencial del 18.10.1914, del 18.10.1939 y del 18.10.1944 (como culminación de los acontecimientos en torno del 20.01.1942). Así se dice en la carta del 20 de mayo de 1948:

‘El mencionado mes de enero está en el punto central de una unidad de vida y una plenitud de vida que han alcanzado su palpable culminación en la Tercera Acta de Fundación, con fecha 18 de octubre de 1944. Todos los que hasta ese momento se habían incorporado existencialmente mediante la Inscriptio al conocido y cuádruple universalismo o infinitismo, están simbólicamente delante de la faz de Dios y en el marco de la historia como representantes de toda la Familia, de modo similar a los portadores directos del Acta de 1914 y 1939. La tarea de las generaciones venideras será la de una creciente asimilación existencial de las actitudes y acciones de entonces.’

Cuida de que en este punto se considere siempre como representantes simbólicos de toda la Familia no sólo mi persona sino la comunidad correspondiente.

El sentido de la asimilación existencial es siempre el mismo: sintonía con un determinado proceso de vida. De ahí que la asimilación existencial del 20 de enero de 1942 signifique sintonía con la sobria radicalidad del perfecto desprendimiento, donación y traspaso de amor de aquel día.

El traspaso de amor consiste no sólo en el traspaso del amor hacia el Dios Trino sino también, y especialmente, en el traspaso del amor hacia los demás. Este profundo estar espiritualmente el uno en el otro, para el otro, a través del otro y con el otro, constituye el núcleo de la comunidad.

De este modo el 20 de enero aparece como el triunfo no sólo del hombre nuevo, sino también de la comunidad nueva. Desde este punto de vista se comprende asimismo por qué en la llamada corriente del Jardín de María he puesto tanto el acento en una decidida ola de obediencia, vale decir, en una obediencia que le dé su debido lugar a la autoridad correspondiente. Y que lo haga con una actitud de muy firme responsabilidad en el cultivo del estar para el otro, con el otro, a través del otro y en el otro.

En este sentido yo mismo me considero un símbolo de toda autoridad legítima en la Familia, ya se trate de mi sucesor, o bien del principio parental derivado, como, por ejemplo, las superiores provinciales y otras superiores.

Por eso en la justificación y exposición sistemática del principio paterno (solicita la carta a las Hermanas) destaqué que desde el punto de vista jurídico yo personalmente no quería tener ningún derecho que no pueda tener también mi sucesor.

El obispo comete un error cuando dice que quiero ligar a las Hermanas directamente a mi persona. No se trata de eso, sino sólo de que las Hermanas desarrollen su amor en el marco del organismo de vinculaciones presentado en las constituciones. Me contento con que brinden su amor filial a una superiora o superiora provincial. De ese modo tendrán también, indirectamente, una sana relación con el principio parental último. En este proceso hay que distinguir siempre, naturalmente, entre el grado obligatorio del amor filial y un grado superior que hay que considerar como un obsequio voluntario. Confróntese también lo que se lee en la Tercera Acta de Fundación, en la conferencia del 8 de diciembre de 1944:

‘Estamos acostumbrados a interpretar nuestras consagraciones como una incorporación al Acta de Fundación de 1914. Últimamente hablamos de tres actas de fundación. Lo que en 1914 se fundó y delineó a grandes rasgos se despliega ante nuestros ojos con mayor amplitud en la Segunda Acta de Fundación, de 1939. Y alcanza su plenitud en la Tercera Acta de Fundación, de 1944. Por eso no deben asombrarse de que les diga lo siguiente: La consagración de hoy debe ser considerada formal y directamente como una incorporación al Acta de Fundación de 1914.

Vale decir que mediante esta consagración nos unimos directamente a la Primera Acta de Fundación, pero a un nivel superior y captado a conciencia, tal como se pusiera de manifiesto en octubre de 1944. Esto es lo que se expresa en nuestra medalla con ambas cifras: 14 y 44. Lo que venía palpitando y obrando desde hacía mucho tiempo en la Familia: la tendencia hacia nuevos horizontes, la ruptura de las barreras nacionales, la puja por crear la (Obra) Internacional, cobró en 1944 una forma concreta, una forma a la cual se aspiró conscientemente, una forma vivida; se convirtió en una tarea reconocida con claridad mediante la fundación de la Internacional. La semilla que en 1914 fuera hundida en la tierra de Schoenstatt fue creciendo orgánicamente hasta llegar a ser un gran árbol. Lo que dice el Señor sobre el grano de mostaza y la levadura, vale también de alguna manera para nuestra Familia.’

Gracias a tu diligente actividad de investigación y al debate valiente, tú y un pequeño grupo han calado más profundamente en la estructura fundamental del 20 de enero. De ese modo han desplazado el punto de vista, enfocándolo en la incorporación, y así dieron al concepto ‘cabeza – miembros’ una interpretación distinta de la que yo le diera al comienzo en los textos respectivos. Cabeza es para ustedes ahora equivalente a cabeza supratemporal y eterna, no a cabeza correspondiente a un tiempo determinado.

Acogí esta corriente con resistencias de mi parte. Pero aún así lo hice, porque para mí la ley de la puerta abierta es la que marca siempre el rumbo. Además porque la ramificación de cada los institutos y la posibilidad de desarrollos futuros catastróficos exigen la aceptación y aplicación de tu justificada opinión. Y hacerlo con mayor rapidez de lo que sería posible en circunstancias normales. Sin embargo queda abierta la pregunta de cuál es, en este contexto, el sentido último de una cabeza supratemporal.

Es evidente que, en primer lugar, podemos y tenemos que movernos en un nivel puramente ético. En cuanto al contenido teológico de ‘cabeza’ y ‘miembros’ sólo puede ser entendido en el mismo sentido en que se entiende que todo sacerdote participa vicariamente de la cabeza del cuerpo místico de Cristo. Vale decir entonces que no se trata de un elemento específico original y por lo

tanto tampoco necesita ser puesto especialmente de relieve. Pero, por otra parte, si no se trazan con suficiente claridad los límites, podría incluso inducir a error a quienes no tengan la suficiente formación teológica.

Esta corriente y la formulación escogida por ti de 'cabeza y miembros' - que en cierto modo se apoya en la imagen teológica corriente del cuerpo místico de Cristo - provocó entre las filas de las Hermanas una cierta inseguridad que aún no ha sido superada. Las precisiones que hice en este sentido fueron observadas enseguida pero no elaboradas suficientemente en el fuero interno. Por eso te pido, en la medida en que te sea posible, que procures también clarificar las cosas y aquietar los ánimos" (22.02.49).

Luego de esta exposición positiva de la *situación, no resulta difícil la respuesta negativa*. Las dificultades presentadas se resuelven casi por sí solas. Por eso me conformaré con hacer algunas breves observaciones...

1ª. Dificultad:

"Este cambio tan radical de actitud a partir de Dachau es incomprensible y muy doloroso para muchas Hermanas y también para otros miembros de la Obra de Schoenstatt" (pág. 5).

Respuesta:

"Incomprensible y muy doloroso" es mucho decir. Se trata simplemente de tensiones *normales*.

En el caso de las Hermanas: Entre generación joven y vieja. Causa: Pasar de vivencias de Familia individuales a vivencias de Familia en común... Uso público de palabras y símbolos de tono personal.

En el caso de los otros miembros: Falta de conocimiento de las necesidades a nivel organizativo.

2ª. Dificultad:

"Como también hoy vuelve a mostrarlo la experiencia, a la larga esta (cambio de) actitud, en vez de llevar a una vinculación más profunda al Padre, conduce a un distanciamiento de él" (ibídem).

Respuesta:

Difícilmente podría haber un distanciamiento *como expresión de un rechazo interior*. Pero como creciente traspaso y ahondamiento a favor de Dios y de la obra de Dios, bienvenido sea.

3ª. Dificultad:

"A pesar del carácter simbólico de su persona y del sistema del 'traspaso', existe el comprensible y difundido temor de que el eje de la gran Obra vaya desplazándose gradualmente de la Madre tres veces Admirable y su Santuario a la persona del P. Kentenich" (ibídem).

Respuesta:

Hay que distinguir entre centro organizativo y centro religioso – ascético. La dificultad se resuelve entonces por sí misma.

4ª. Dificultad:

“Como se aprecia, el cambio de actitud del P. Kentenich se sustenta en su acto heroico del 20 de enero de 1942, cuando él, habiéndolo meditado claramente y con plena libertad, eligió el campo de concentración en lugar de la liberación de la prisión; y todo eso por la Familia” (ibídem).

Respuesta:

El 20 de enero - como se expone más arriba - no tiene nada que ver con ese cambio de actitud. Este último obedece a razones puramente organizativas. Hay que buscar en otra parte su significado. Por entonces *toda la Familia*, tanto su cabeza como sus miembros (vale decir, no sólo la cabeza) por primera vez *cumplió perfectamente* la condición estipulada en el Acta de Fundación *y de ese modo despejó los obstáculos para que las gracias divinas fluyeran libremente a través de ella. Por eso, desde entonces, una fuerte confianza y victoriosidad.*

5ª. Dificultad:

“Al 20 de enero de 1942 él lo llama ‘Eje... en torno del cual gira la historia de nuestra Familia - la actual y la futura -, la vida y el destino de nuestra Familia” (ibídem).

Respuesta:

La razón de ello no radica en el hecho heroico del director, sino en que por entonces los representantes de la Familia cumplieron perfectamente el contrato fundacional mediante la Tercera Acta de Fundación, desarrollo pleno de la primera.

6ª. Dificultad:

“Por eso de los miembros de la Familia espera no sólo una asociación a su actitud del 20 de enero de 1942 ... sino, más aún, una ‘incorporación e información’ que impulsa hacia una ‘dependencia y apego’ más profundos” (ibídem).

Respuesta:

El director jamás colocó *su* actitud del 20 de enero de 1942 en el primer plano, sino la actitud de los representantes de entonces de la Familia. No es él quien espera la incorporación al 20 de enero, sino que son los institutos quienes lo quieren por propia iniciativa. A semejamiento significa repetición según un ejemplo, incorporación es una declaración de dependencia de la cabeza vigente por entonces, a la cual se le reconoce de ese modo una posición permanente de confianza, pero no una posición sustentada jurídicamente... Algo similar a lo que ocurre en todas las

comunidades franciscanas, las cuales, más allá de su diversidad, se orientan por San Francisco sin menoscabo de su autonomía organizativa.

7ª. Dificultad:

“Paralelismo entre Schoenstatt y las Sagradas Escrituras” (pág. 7).

Respuesta:

En ninguna parte se interpreta a Schoenstatt sino a la historia de Schoenstatt como expresión de los deseos divinos, como una sagrada escritura, aplicando así seriamente la frase: *Vox temporis vox Dei.*

8ª. Dificultad:

“Paralelismo entre el Gólgota y el 20 de enero de 1942” (ibídem).

Respuesta:

A fin de poder examinar la manera de citar del *Informe* presentaré los textos, comenzando por la *Carta de Enero*:

“La carta sobre el 18 de octubre lo compara (al 20 de enero de 1942 y su entorno) - naturalmente en un plano infinitamente inferior - con la gran semana en la vida del Salvador y habla de él como de un punto central y culminante, un punto de partida y de llegada de toda nuestra historia.”

El texto en la *Carta de Octubre* es el siguiente:

“No hay nada en el mundo que pueda compararse con este gran acontecimiento (la gran semana de pasión y victoria del Señor). Si a la luz de otros sucesos se aventura una alusión a dicho acontecimiento, eso sólo puede hacerse manteniendo la conciencia de que se está transitando enseguida por un campo muy distinto e infinitamente inferior.

Tenemos presente esta salvedad cuando pensamos en el gran tiempo de lucha y de victoria de nuestra Familia. Solemos contemplarlo con gusto como una especie de sagrada escritura, como una buena nueva, como un mensajero del Señor que nos habla continuamente y espera ser interpretado por nosotros.

En el primer plano vemos el 20 de enero de 1942. En torno de él, a manera de círculos concéntricos, primero el instituto de las Hermanas de María - el cual, como es común, hace valer el derecho y obligaciones de la primogenitura- , luego, gradualmente, los otros institutos: Palotinos, Sacerdotes Diocesanos, de Ntra. Sra. de Schoenstatt... Todos los que hasta el 18 de octubre de 1944, mediante la Inscriptio, conforman una familia sólida, una comunidad entrañable que es consciente de su responsabilidad, que está en los planes de la Eterna Sabiduría como unidad de cabeza y miembros, en entrega perfecta los unos a los otros, a Dios y a la obra común.”

De este modo hemos tomado posición en relación con todos los puntos esenciales que contiene el *Informe* en cuanto a los *objetivos* religioso - pedagógicos. Nos hemos esforzado por hacerlo de la manera más exacta y sistemática posible. En esta labor la pluma ha estado siempre guiada por el amor a la Iglesia y la preocupación por la actual catástrofe mundial. No han desempeñado ningún papel en ello ni el ánimo de porfiar, ni la puntilliosidad académica, ni tampoco un temperamento susceptible. No hay lugar para tales actitudes frente a los importantes valores que están en juego. Se trata de cuestiones fundamentales de la vida y del destino del mundo de hoy. La dignidad del autor del *Informe* exigía continuamente conservar la medida en las formulaciones. Sin dejar de mantener la estima personal hacia él, no resultó difícil separar persona de materia a tratar.

Dios mismo está marchando a través de nuestro tiempo. Parece que quiere poner orden primeramente en su propia casa. La historia habrá de mostrar quién lo ha comprendido correctamente.

(Continuará)

Santiago de Chile, 31 de mayo de 1949.

Segunda Carta

Villa Ballester, 24 de Junio de 1949

Villa Ballester, 24 de junio de 1949

Su Excelencia Reverendísima
Sr. Arzobispo
Dr. Rodolfo Bornewasser,
Tréveris

Adjunto la continuación de mi respuesta. Espero que Su Excelencia haya recibido ya la primera parte, enviada el 1 de junio. Si mis exposiciones le parecen demasiado detalladas, le pido que me lo haga saber. Me creí con el derecho y la obligación de hacerlo así en consideración de la situación actual del mundo.

No es muy probable que en los próximos dos meses pueda escribirle y enviarle la continuación, ya que el trabajo y los viajes por Brasil me tienen permanentemente ocupado. Si fuese necesario o si usted así lo deseara, trataré de verter el resto en una forma más concisa, dejando para más adelante un desarrollo más detenido.

Con mis mejores deseos para su salud y actividad, con respeto y gratitud saluda a Su Excelencia muy atte.,

P.S.: Mi dirección hasta el 31 de julio:
Casilla de Correo 108
Londrina, Paraná,
Brasil

Hasta fines de agosto:
Casilla de Correo 67
Santa María, Río Grande do Sul
Brasil

Villa Ballester, 25 de junio de 1949

Reverendo P. Vicegeneral
Carlos Hoffmann
S.A.C., Roma

Reverendo Padre:

Quisiera agradecerle brevemente por su atenta carta. De nuevo me llegó mientras escribía la continuación de mi respuesta. Le adjunto esta última. Para que comprenda mejor mi intención, le recuerdo que lo que me mueve no es tanto Schoenstatt sino sobre todo el bien de la Iglesia en Alemania. Creo que ha llegado el tiempo de avanzar con mayor fuerza en ambientes de Iglesia y considero el camino andado - aun cuando sea también peligroso - como el más apropiado. Pero a la vez quisiera lograr que allá se contase con Schoenstatt más de lo que se lo ha hecho hasta ahora. Si bien nuestro deseo es sólo servir, es necesario que las autoridades eclesiásticas nos tomen mucho más en serio de lo que ha ocurrido hasta ahora. La tercera continuación - así lo espero - aportará asimismo una comparación entre San Francisco de Sales y Pallotti.

Dé gracias por favor al P. Faller por el libro "*Dios, el amor infinito*". Y para terminar, un pedido: Un inversionista alemán de aquí, el Sr. Schormair, que nos está ayudando a adquirir un terreno para el Santuario y la casa provincial de las Hermanas, visitará Roma en torno del 26 de julio. Le agradecería muchísimo al P. Weber si pudiera ocuparse de él, le mostrara la ciudad y, si fuera posible, consiguiera una audiencia con el Santo Padre. Los gastos que pudiera ocasionar corren por mi cuenta.

Ahora comienza para mí un pesado trabajo: los retiros en casa de nuestros Padres, en Jacarezinho.

Que el próximo año traiga abundantes bendiciones para Pallotti y todos sus hijos e hijas.

Con mis mejores deseos para usted y su labor, y un cordial saludo para usted, el P. Weber y todos los demás Padres que se alegran de un saludo, me despido de usted con respeto y gratitud.

P.S.: Mi dirección hasta el 31 de julio:

Casilla de Correo 108
Londrina, Paraná,
Brasil

Hasta fines de agosto:

Casilla de Correo 67
Santa María, Río Grande do Sul
Brasil

Una mirada atenta a las exposiciones hechas hasta aquí muestra que hemos hecho una presentación general de la obediencia perfecta según la visión católica, pero en lo particular nos hemos ceñido *fundamentalmente a la obediencia de cuño ignaciano*. De ese modo surgió una imagen clara e inequívoca de obediencia que le asegura el lugar que le corresponde en el ideal y en el modelo del hombre católico que vive en comunidad.

Tales reflexiones de fondo son de gran importancia en un tiempo que atraviesa una crisis espiritual que en todos los ambientes ha remecido la conciencia de autoridad. Se trata de consideraciones imprescindibles a la hora de una sólida reconstrucción de Occidente... Quien las esquive creará que está edificando su casa sobre la roca; pero advertirá ya con la primera tormenta que se ha equivocado: la roca revelará no ser más que arena.

No sólo existe una espiritualidad ignaciana, *sino también la benedictina, la franciscana y la salesiana*... Si queremos que nuestro estudio sea confiable y completo, deberíamos confrontarnos también con tales espiritualidades, *deberíamos mostrar su originalidad y el lugar que ocupa en cada una de ellas la obediencia perfecta*.

Para cumplir con este objetivo creemos que bastará con algunas

consideraciones generales

y sólo cuando sea necesario entraremos en

detalles.

Esto habrá de ser necesario sólo cuando expliquemos la mentalidad y la pedagogía salesianas. Estudiaremos aquí con mayor detenimiento sus líneas fundamentales, ya que más adelante habremos de referirnos a ella con frecuencia.

La tarea global que nos hemos propuesto es fácil de realizar, *puesto que la estructura de nuestra espiritualidad es tan amplia* que en ella se reflejan todas las formas acrisoladas de espiritualidad. Ellas nos han dado lo mejor de sí y nosotros hemos multiplicado dicho aporte como si se tratase de una valiosa moneda. No podía ser de otro modo.

Vivimos en un tiempo de total disolución de todos los hilos y fibras de la vida, incluso de los más finos. En un tiempo y para un tiempo de este tipo, un movimiento de renovación debe captar sin excepción todas las fuerzas constructivas que han demostrado su eficacia en el transcurso de los siglos y ponerlas a su servicio. Y tiene que hacerlo más allá de que como movimiento renovador esté abierto a los problemas actuales y tome creativamente la nueva ribera como su norte.

Así lo exige el respeto por la verdad, la fidelidad católica a la tradición y una firme conciencia de responsabilidad por una transformación de la Iglesia que puja por avanzar...

Las

consideraciones generales

hacen referencia a la imagen de la esfera... Según se vaya girando dicha esfera, se apreciará un aspecto benedictino, franciscano, jesuita o salesiano. *Esta esfera es Schoenstatt.*

Últimamente en Münster se busca formular un nuevo ideal de sacerdote - el del sacerdote diocesano - y proclamarlo como luminosa estrella de Belén. Se trata del sacerdote diocesano, que simplemente deriva la cohesión y pureza de su estilo del *character indelebilis sacerdotalis* y de las cuestiones existenciales originales que le plantea, por una parte, su vocación en el mundo concreto de su parroquia y diócesis y, por otra, su posición de aislamiento.

Hace años, en un retiro sobre la vida sacerdotal, nosotros intentamos lo mismo. Por eso nuestra esfera ofrece también esta faceta, del mismo modo como en ella se esboza la espiritualidad oriental con su profundidad mística, desde que la estadía en Dachau nos hizo posible la investigación de dicha espiritualidad. *En resumen: todos las modalidades pueden solicitar su derecho de domicilio en Schoenstatt, pueden aportar allí su fecundidad y a la vez dejarse fecundar.* Hasta ahora ha sido así, y en abundancia. Y debe seguir siéndolo en el futuro. *Así lo exige la amplitud de Schoenstatt; amplitud que a su vez Schoenstatt comparte con la Iglesia.*

En efecto, con la Iglesia y en la Iglesia, Schoenstatt tiene en común el objetivo de un apostolado universal: la activación, movilización y organización de todas las fuerzas de trabajo apostólicas, de todas las áreas de trabajo, de todos los métodos de trabajo y de todos los medios de trabajo.

Esta infinita amplitud sólo se hace viable, sin peligros, gracias a dos realidades: *Por un lado, porque en nuestro sistema la síntesis de todas las formas acrisoladas de espiritualidad configura una creación nueva en un plano superior. Una creación cuya originalidad y plenitud no es comprensible por todos sin más ni más. Y por otro lado, porque tal creación ha logrado una concreción orgánicamente unilateral mediante el misterio de Schoenstatt, el cual ha preservado eficazmente al universalismo del peligro del nihilismo.*

En esta actitud - que Pallotti designa como "infinitismo" - *radica la fortaleza de Schoenstatt, pero también su debilidad. Su fortaleza:* porque tiene en cuenta todas las modalidades y todas las necesidades. *Su debilidad:* porque a causa de la estrechez del campo concienial humano y de los límites de la perspectiva de interés, cada modalidad tiende a su similar, para recibir y dar seguridad, fuerza de empuje y fecundidad. A este fenómeno se refiere el dicho: simile simili gaudet. Así pues, la modalidad franciscana tiende a la franciscana; la jesuita a la jesuita; la benedictina a la benedictina y la salesiana a la salesiana. De este modo surgieron en la Iglesia las grandes órdenes religiosas y las corrientes espirituales que les sirven de cauce y que se nutren de ellas.

Por todo lo dicho se puede apreciar con claridad que no resulta fácil captar una corriente espiritual como la de Schoenstatt, mantenerla en un cauce sano y guiarla con consecuencia sin sofocar ni volatilizar la vida.

Es evidente que toda espiritualidad imprime un cuño particular a los elementos esenciales de la vida cristiana. La expresión y prueba de su originalidad radican justamente en ese respectivo matiz o acentuación. Así ocurre también con la obediencia.

La definición del ideal y modelo del cristiano dada más arriba se hace cargo plenamente de este hecho. Ella ofrece en todo sentido el punto de partida para realizar estudios más profundos a la luz de las diferentes espiritualidades.

La perspectiva *benedictina* contempla al "católico que vive en comunidad" de manera diferente de como lo ven los jesuitas. Como ya lo destacamos anteriormente, los benedictinos acentúan fuertemente la *stabilitas loci et personae*. Desde los tiempos de las invasiones bárbaras con sus grandes migraciones - que están lejos de ser tan amplias y devastadoras como las actuales - nos llegan claramente aquellas palabras creadoras y enérgicas de San Benito: *ut stet*. Y así surgieron las comunidades benedictinas. Ellas sirven como gran embalse, como red colectora de una humanidad nómada que no quería sosegar. *En un tiempo signado por el desarraigo universal, este dato histórico arroja luz sobre nuestra vinculación local y personal, sobre nuestro carácter familiar y obediencia familiar.*

En virtud de esta herencia benedictina nos sentimos emparentados y agradecidos para con el monje legislador de Occidente y sus hijos e hijas.

En su estudio sobre el monacato benedictino, el abad inglés Butler expone *la diferencia entre la obediencia familiar benedictina y la jesuita*. Esta última - de modo semejante a lo que ocurre en el ejército - tiene que ser prestada en lo posible al pie de la letra. Así lo exige la esencia de una tropa itinerante. A nuestras externas, que se hallan en una situación parecida, les planteamos exigencias similares. En cambio el benedictino cuenta desde el principio con faltas a la obediencia; pero sabe también que *la vita communis perfecta* - en tanto exista una sana conducción de la comunidad - crea un contrapeso que impide daños mayores. Nosotros aplicamos estas mismas constantes en el caso de las internas.

La modalidad franciscana se distingue por su fe sencilla en la Divina Providencia. La definición habla de obediencia providencialista. Toda concepción católica de obediencia se afirma en este fundamento. Así lo hacen especialmente los órdenes mendicantes. Tienen que proceder de esta manera en razón de toda su estructura. *Ya hemos destacado cuán fuertemente está desarrollado en nosotros este elemento específico.*

La modalidad salesiana insiste especialmente en que la obediencia esté inspirada por el amor. La definición pone de relieve esta cualidad. También aquí vale el principio de que ninguna obediencia - tampoco la ignaciana - puede prescindir de este amor. Sin embargo en la concepción de obediencia de San Francisco de Sales el amor ocupa un lugar muy especial, como más tarde lo expondremos con mayor detalle. *Y lo mismo sucede en nuestro caso.*

De ello se desprende *que todas las corrientes católicas acrisoladas y reconocidas - si bien con algunas acentuaciones particulares - comparten nuestra concepción de la obediencia perfecta y su decisiva importancia para la formación del cristiano.*

Lo mismo se puede decir de *la sabiduría de vida y la sabiduría pedagógica*

salesianas

Queremos destacarlo especialmente porque es aquí donde el *Informe* podría hallar enseguida un aval para su argumentación. Ahora bien, si podemos remitirnos legítimamente a San Francisco de Sales, ello significaría un pleno reconocimiento. En efecto, este santo es un importante doctor de la Iglesia. Quien pueda apoyarse en él tendrá inmediatamente la autoridad de la Iglesia de su parte.

Quien se tome el trabajo de ahondar en la espiritualidad salesiana, advertirá pronto que todos los intentos (de avalar la argumentación del *Informe* recurriendo a San Francisco de Sales) son inútiles. Al contrario.. *San Francisco inclina con toda su autoridad la balanza a favor nuestro.*

No cabría esperar, desde un principio, otro resultado, *ya que la*

orientación global

de la ascética y de la pedagogía es, en ambos casos, casi idéntica. Tanto, que resulta muy improbable, si no del todo imposible, establecer una diferencia en lo que concierne al concepto de obediencia.

La semejanza llega realmente tan lejos que podría pensarse que nosotros simplemente hemos copiado la idea de San Francisco y que la tarea que nos proponemos consistiría únicamente en darle un toque más moderno y hacerla más popular. Que este no es el caso se desprende ya de la circunstancia de que con el mismo derecho se puede decir lo mismo de todas las demás espiritualidades.

Ciertamente es verdad - y debe ser visto como una buena señal y valorado como prueba de una manera de pensar auténticamente católica - que todas nuestras concepciones están firmemente ancladas en la tradición eclesial; que ellas pueden apoyarse sin excepción en importantes autoridades, más allá de que a veces estén también en contradicción con opiniones que imperan hoy y de que evidentemente deban su origen inmediato a una observación y trabajo de investigación independientes.

Es verdad que todas las espiritualidades nos han enriquecido muchísimo, pero también lo es que ellas han recibido de nosotros la riqueza de haber sido incorporadas a una síntesis creadora y adaptadas a necesidades y exigencias de la época actual...

La concordancia entre San Francisco de Sales y nosotros es amplísima, tanto en lo que atañe a actitudes espirituales como a exigencias particulares. Quien nos quiera comprender, tiene que estudiar primero a San Francisco de Sales; quien haya asimilado su espíritu, nos entenderá entonces sin más ni más. Los deseos de San Francisco de Sales son nuestros deseos, sus dificultades son nuestras dificultades, sus luchas son nuestras luchas.

Una rápida comparación lo demostrará

En primer lugar constatamos en general lo siguiente: Lo que llamamos pedagogía de ideales, de alianza y de vinculaciones; lo que enseñamos sobre la pedagogía de movimiento y de confianza y lo que proclamamos sobre *La santidad de la vida diaria* se halla no sólo en estado germinal en San Francisco de Sales sino también desarrollado hasta un cierto punto. Trátese tanto del ideal personal

y de comunidad y el ideal de ser y de misión como de la relación entre actitud interior y acción exterior, de la tensión entre espíritu y forma, amor y virtudes morales, magnanimidad y mera obligatoriedad, vinculación interior y exterior.

Toda nuestra teoría y práctica pedagógicas - si bien, como se puede demostrar, es una creación nueva y autónoma, surgida de modo independiente - *aparecen como un desarrollo y culminación actualizados de sus ideas fundamentales*. Quizás esto tranquilice a aquellos que no tienen tiempo, ni fuerzas, ni ganas ni capacidad para emitir un juicio con independencia y a partir de contextos fundamentales, para tomar así una posición segura. Quien ahonde en los escritos de San Francisco de Sales tendrá a menudo la impresión de que los mismos han sido compuestos hoy y para el tiempo de hoy; le parecerá que provienen de nuestro medio (Schoenstatt).

Para profundizar en *algunos aspectos particulares - no en todos* - quisiera recordar la concepción de ambas partes acerca de la idea de

la santidad de la vida diaria,

el ideal de estado

y el ideal personal.

Lo que decimos hoy sobre la

santidad de la vida diaria,

ya lo enseñaba San Francisco de Sales en su tiempo. Por entonces era significativamente más difícil que hoy, cuando el terreno se encuentra muy bien preparado en virtud de las tremendas conmociones sufridas en el plano del espíritu.

El movimiento que San Francisco de Sales inició o al menos fomentó fuertemente, halló su definitiva coronación en la Constitución "*Provida Mater Ecclesia*". En una época en la cual la gente común sólo conocía una ascética típica de las órdenes religiosas, fue necesaria su genialidad religioso - pedagógica para *desprender con mano segura la piedad de las formas habituales de las órdenes religiosas, remontarlas a lo esencial y supratemporal, al amor perfecto, y adaptarlas cuidadosamente a la individualidad personal y al lugar original que cada uno ocupa en la vida*.

De ahí que, en la historia de la espiritualidad de Occidente, San Francisco de Sales sea considerado como pionero de la santidad de la vida diaria para todos los estados de vida; como doctor de la Iglesia y maestro de una ascética expresamente laical; como precursor de la espiritualidad de los Instituta saecularia y todas sus corrientes afines.

Por otra parte, los peritos en la materia consideran como natural que en su manera de enseñar y hablar San Francisco de Sales se haya desprendido de las costumbres de la época y que en su audaz avance haya entrado en conflicto con las teorías y formulaciones de entonces. Se reprochaba falta de sacralidad a su forma de hablar y de escribir. San Francisco de Sales sostenía opiniones distintas de las de Santo Tomás de Aquino, sobre todo cuando se trataba de la esencia, desarrollo y

valor del amor. Con inmovible firmeza se contrapuso a Port Royal, centro monástico del jansenismo que proponía en todas partes una severidad implacable - especialmente en la educación de la juventud -, restringía la libertad espiritual y pretendía maniatar la voluntad en varios aspectos... *Todo esto demuestra cuán extraordinariamente independiente y creador era San Francisco de Sales en cuanto a su pensamiento y objetivos.*

Con una prudencia poco común, el "santo gentilhomme" supo unir siempre - especialmente desde que comprendió su misión para la época en que vivía - nobleza de pensamientos y de formas a una valentía indoblegable. Luego de haber reconocido con claridad que la generalización y absolutización del ideal de las órdenes religiosas impedía el arraigo de la piedad en el mundo laical, emprendió la lucha.

Por entonces sólo a los miembros de las clases privilegiadas les era posible aplicar al mundo laical la ascética monástica. Sólo ellos tenían el tiempo y el dinero suficiente para retirarse a rezar la liturgia de las horas; sólo ellos podían delegar sus asuntos mundanos en manos de otros y recogerse en la soledad; sólo ellos disponían del espacio para la práctica de las mortificaciones usuales, para ayunar en determinados tiempos y buscar una compensación en otros.

Ahora bien, todo esto era impensable para la gran masa. Por lo cual esta llegó a la convicción de que era imposible vivir en el mundo y ser a la vez piadoso: eso es algo que sólo pueden cultivar frailes y monjes. No estamos llamados a ello. Por eso renunciamos definitivamente a empeñarnos en esa dirección y viviremos nuestro día laboral sin contacto con Dios. A lo sumo el domingo y el tiempo oficial de oración...

Quien quiera hacer un análisis exacto de la época; quien investigue las causas de la secularización de la vida que impera hoy por doquier; quien indague las fuentes del paganismo de los días laborales y del cristianismo del domingo, no puede pasar por alto estos contextos. Hoy se debe aprovechar todos los medios para conocer el colectivismo, para perseguirlo hasta el último rincón y derrotarlo. Todo lo que separe la vida privada y pública de Dios tiene que ser considerado y combatido como la peste del laicismo y como un foco directo de peligro de colectivismo.

Haecker llama la atención sobre el hecho de que toda separación del orden sobrenatural deja al hombre y al mundo a merced de la influencia del demonio quien, como león rugiente, merodea buscando a quién devorar... Sólo las fuerzas divinas son las que, en definitiva, pueden conjurar eficazmente los poderes diabólicos. Así lo enseña claramente el Apocalipsis... De este modo el secularismo tiene efectos doblemente trágicos... El congreso Católico de Maguncia nos traza un sombrío panorama del rápido crecimiento de esta enfermedad de la época en el ámbito germánico... Todas las instituciones y métodos pedagógicos tienen que contar con ello. Y esto vale en primer lugar para la pastoral juvenil y obrera.

Con toda razón Westermayer señala que la influencia del ambiente aplasta la personalidad del joven. Como factores determinantes menciona, en el área socioeconómica, el empobrecimiento y la reestructuración de los estamentos sociales; en el área política, la democracia aún no desarrollada; en el área cultural, la total secularización de la vida.

En cuanto a la clase obrera, Kockerolst declara lo siguiente:

“La religión no es, como suele suponerse, el campo de valores más amenazado. Al contrario, está en el punto más bajo en la escala de objetivos de ataque.”

Y la razón que da:

“La religión ya no tiene absolutamente nada que decirle al obrero. Éste está dominado por intereses político – económicos. Tampoco sus prejuicios contra la religión tienen una motivación religiosa o intelectual, sino social. La protesta no va dirigida contra las verdades fundamentales del cristianismo, sino contra la imagen social que da la Iglesia...”

Nos acercamos evidentemente más y más al estado que vislumbró Nietzsche, cuando escribió aquellas palabras: *“Dios ha muerto; nosotros lo hemos asesinado”*. En amplios sectores obreros se considera a Dios y a la religión como opio para el pueblo. Quizás la culpa de ello recaiga en la forma como algunos grandes de este mundo han valorado y utilizado la religión. Esta fue para ellos fundamentalmente un anzuelo, un medio para mantener al pueblo sujeto a sus riendas. De este tono es también el credo de Voltaire, genial e influyente satírico que lanzó sus dardos contra la religión. Así confiesa:

“Si no hubiera Dios, habría que inventar uno. Porque, hermanos, ustedes comprenden, la religión es una válvula de escape. El pueblo necesita religión.”

Miguel Bakunin, el padre del anarquismo ruso y abuelo del bolchevismo, retomará la idea. En su libro *“Dios y el Estado”* declara:

“Invierto la frase de Voltaire y digo que aun cuando Dios existiese, habría que eliminarlo. Porque donde aparece Dios, el hombre se convierte en nada. Dios es el señor supremo y entonces el hombre no es más que un esclavo. Revelación y religión son incompatibles con la libertad y la dignidad del hombre.”

Nietzsche agrega:

“Si hubiera un dios, yo no podría soportar no serlo yo mismo.”

Todo esto muestra cuánto ha avanzado la secularización de la vida y dónde se halla la fuente del desencuentro entre obreros e Iglesia...

Todo ello nos permite advertir cuán importante es estudiar la espiritualidad de San Francisco de Sales, dejarse introducir por él en la esencia, sentido y finalidad de una santidad de la vida diaria para las vocaciones laicales que esté en consonancia con la época, y cuán importante es también ser elocuentes pregoneros de dicha santidad, mediante nuestras palabras y acciones. Es también una oportunidad para valorar el significado de los institutos de laicos y su misión para nuestro tiempo.

En su encíclica sobre la doctrina y la vida de este santo doctor de la Iglesia, Pío XI declara lo siguiente:

“Parece como si San Francisco de Sales haya sido dado por Dios a la Iglesia, por un designio especial, para... refutar aquella opinión, arraigada ya en tiempos del santo y todavía hoy no superada, de que la verdadera santidad... sería tan difícil de alcanzar que la mayoría de los creyentes no podría alcanzarla...; más aún, que el empeño por la santidad estaría unido a tantas fatigas y dificultades que la santidad no es asequible para hombres y mujeres que no vivan en un monasterio.”

San Francisco acuñó *tres principios* a los que se ciñó inmoviblemente y que son de gran importancia para todos los que quieran superar el colectivismo, para todos los que quieran que la vida diaria en el mundo, con todas sus facetas, vuelva a estar vinculada a Dios. *Estos principios pueden considerarse como el vademécum de todos los institutos de laicos y sus amigos.* El número de tales amigos aumenta ostensiblemente... Y pueden sumarse a dicho número todos los que acentúan la corresponsabilidad de los laicos por el Reino de Dios en la tierra.

El Congreso Católico de Maguncia se convierte en su portavoz cuando en sus conclusiones afirma:

“El Congreso Católico de Maguncia apoya con entusiasmo la participación en el apostolado jerárquico de la Iglesia y exhorta a preocuparse activamente por el cumplimiento de aquellas tareas que Cristo, el Señor, le ha fijado a su Iglesia.”

Le pide a todos los sacerdotes católicos que fomenten en los laicos cristianos una viva conciencia de su corresponsabilidad, y pide a los señores obispos que instruyan a los formadores de sacerdotes para que enseñen a los seminaristas a reconocer en la práctica la responsabilidad de los laicos.

El Congreso Católico tiene clara conciencia de que la responsabilidad moral por la fe y la Iglesia se fundamenta en la condición de ser miembro del cuerpo místico de Cristo, que el cristiano posee por vía de sacramento y derecho, y exhorta a todos los cristianos católicos a realizar con responsabilidad todas sus tareas apostólicas integrados con entusiasmo a la estructura de la Iglesia.

El Congreso Católico pide que se dé oportunidad a los laicos de formarse a nivel religioso – teológico y de asumir responsabilidades en la parroquia, en la diócesis y en la Iglesia universal, especialmente en beneficio de los hermanos en la diáspora y en las misiones.”

Para comprender la envergadura de cada punto se recomienda meditar el preámbulo, que contiene una sucinta descripción de nuestro tiempo.

“El Congreso Católico ha sido convocado en una época en la cual la necesidad y la miseria han superado los límites humanos. Los hombres padecen penurias en cuerpo y alma: están atormentados por el hambre, la pobreza, la falta de vivienda; agujoneados por la angustia existencial, la desesperación y la necesidad de una seguridad por la cual estarían dispuestos a sacrificar su libertad y dignidad. Ya ni siquiera saben para qué están en el mundo. Por eso se han

vuelto incapaces de eludir las redes de los poderes de este mundo, que finalmente terminan por destruirlos.

El hombre padece necesidades materiales y por eso hay que prestarle ayuda con todas las fuerzas, más allá del área en que dichas necesidades se nos presenten. Pero por estar en juego el hombre en su totalidad, tenemos que decir, en honor de la verdad, lo que resulta duro de escuchar y a nosotros mismos nos cuesta decir sin parecer engreídos: Que el hombre no podrá sanar si busca los bienes de la vida siguiendo un falso orden de prioridades.

Cuando el Señor estaba en la tierra, para anunciarnos el mensaje de salvación tuvo compasión de todas las necesidades materiales que le presentaban. Sin embargo dijo: 'Busquen primero el Reino de los Cielos y su justicia y todo lo demás se les dará por añadidura'. He aquí la verdad que hace libre y soberano al hombre.

Este Reino de Dios no es por lo tanto un refugio irreal de meras proyecciones de deseo. El Hijo de Dios lo instituyó como su Señorío en medio de este mundo. Se va gestando a lo largo de todos los tiempos, hasta que se haga manifiesto en el fracaso definitivo de toda historia.

La ley fundamental grabada en el corazón de todos los hombres es el mandamiento de amar a Dios y al prójimo con toda el alma. Este mandamiento nos obliga, en primer lugar, a salvaguardar el derecho del prójimo, lo que en nuestro tiempo significa devolver sus derechos a toda esa gran cantidad de gente que ha sido privada de los mismos. En razón de nuestra vida en Cristo, reconocer y cumplir esta obligación de justicia debería resultarnos más fácil de lo que les resulta a otros. Más aún, quisiéramos que se nos reconociese por un amor que va más allá del puro deber de justicia.

¿Fuimos reconocidos por nuestro amor? ¿No ha sucedido a menudo que por nuestras falencias en este punto no se ha creído a la palabra de la verdad? Quien se ve tan directamente amenazado en su existencia como el hombre de nuestra época, no tolera verdades teóricas que no se vivan en la práctica. Así pues se nos plantea - con mayor urgencia que nunca - la tarea de llevar a la práctica esas verdades, dando testimonio de ellas en nuestra propia vida, en la vida de la comunidad, en el establecimiento de un orden justo y en el recto uso de los recursos.

Las deliberaciones del Congreso Católico se realizaron teniendo presente el deber de conocer la verdad y 'poner por obra la verdad'. Abarcaron muchas áreas de la vida y las conclusiones de sus comisiones de trabajo acentuaron, según su área de labor, ora uno ora otro aspecto del deber frente a la verdad. La obediencia ante ambos es lo que debería definir la imagen global del Congreso."

Los tres principios de San Francisco de Sales son los siguientes:

1º Principio: La espiritualidad monástica no puede practicarse en la profesión que se desempeña en medio del mundo.

2º Principio: La verdadera espiritualidad no va en perjuicio de nada, ni de la profesión, ni de los negocios. Por eso es falsa toda espiritualidad que perjudica la profesión, arruina los negocios, quita prestigio en el mundo, entristece el espíritu y vuelve insoportable el carácter.

3º Principio: En el mundo se puede arribar a la máxima perfección tan bien como se lo puede hacer en un monasterio.

Esto es exactamente lo contrario de lo que afirma hoy la opinión pública y de lo que enseñaba la literatura edificante de entonces y también el jansenismo. En efecto, el abad Saint Cyran y el círculo en torno de él y de Jansenio solían decir que sólo algunas almas de las que están en el mundo se salvan, por eso la única alternativa era huir del mundo y cumplir una estricta observancia.

Sobre el punto San Francisco de Sales dice lo siguiente:

“Es un error, más aún, una herejía, pretender desterrar la vida religiosa de la compañía de los soldados, del taller del artesano, de la corte de los príncipes y del hogar de los esposos... Los consejos evangélicos se dieron para la perfección del pueblo cristiano en su conjunto, y no para la perfección de cada uno en particular... Por lo tanto Dios no quiere que cada persona siga todos los consejos, sino sólo aquellos que se adecuen a él en razón del tipo de su personalidad, de las condiciones de la época, las circunstancias de la vida y las fuerzas existentes...”

Así pues si tus padres necesitan realmente tu ayuda, no será oportuno entonces retirarse - siguiendo el consejo - a un monasterio, ya que en ese momento el amor ordena cumplir el mandamiento: Honra, sirve, apoya y ayuda a tu padre y a tu madre... En razón de ese amor se aconsejará a mucha gente que se quede en el mundo, que conserve su patrimonio, que se case, incluso que tome las armas y vaya a la guerra, aunque esa profesión sea tan peligrosa...

Ha sucedido ya muchas veces que personas que se hallaban en medio de la agitación del mundo conservaran la perfección, aún cuando dicha agitación no fuera especialmente favorable para tal cultivo, pero que la perdieron en la soledad, la cual aparece sin embargo como tan deseable para llevar una vida de perfección... Yo les digo que no es el hábito el que hace al monje, sino una correcta manera de vivir...”

“Mi intención es mostrarle a la gente que vive en las ciudades, en la familia, en la corte... que un alma fuerte y perseverante puede vivir en medio del mundo sin asumir la mentalidad mundana; que en medio de las amargas olas de lo terreno se hallan las fuentes de una dulce piedad; que se puede volar en medio de las llamas de los deseos terrenos sin quemarse las alas del anhelo santo de llevar una vida religiosa.”

Esta clara concepción de una santidad de la vida diaria acorde a la época impulsa por sí misma a una realización concreta en la

perfección de estado.

El transcurso y contenido de cada día de trabajo están esencialmente determinados por las tareas inherentes a cada estado y profesión. San Francisco de Sales desarrolló con firme consecuencia la idea que había concebido con tanta claridad. *Por eso no se cansaba de advertir sobre exageraciones; de desaconsejar el afán de cosas extraordinarias; de integrar las aspiraciones religiosas en el sobrio contexto de los deberes de estado y dejar que allí se desplegasen con eficacia.*

San Francisco de Sales nos ofrece un sano alimento que también tiene que decirnos algo a nosotros, hombres de hoy, especialmente a aquellos que coquetean con corrientes pseudomísticas - producto de la transferencia del vitalismo e irracionalismo reinante al campo de lo religioso - y pierden así el apoyo firme de una fe acendrada.

“No tenemos otra intención” - nos dice - “que la de llegar a ser personas justas y religiosas, hombres y mujeres piadosos... Si a Dios le pluguiere elevarnos a la perfección de los ángeles, entonces seremos también buenos ángeles. Pero mientras tanto ejercitémonos con sencillez, humildad y piedad en las pequeñas virtudes... Dejemos los estados celestiales a las almas celestiales.”

San Francisco de Sales sabe cuán fácilmente las almas que tienen avidez de cosas extraordinarias,

“se ven expuestas a tremendas ilusiones, autoengaños y necesidades... Mientras se expresan con grandilocuencia y utilizan términos específicos de la mística, su verdadera mentalidad y real modo de vivir se estancan en un nivel inferior. Se creen ángeles y ni siquiera son buenas personas.”

En cierta oportunidad le escribe a Santa Francisca Chantal:

“¿Cómo quiere que sea su alma? ¿Un espíritu agudo, fuerte, firme, constante? Permita usted que su espíritu esté en consonancia con su posición, que sea el espíritu de una viuda, vale decir, pequeño y sometido a todo tipo de humillaciones, excepto lo que sea ofensa a Dios.”

En otra ocasión confiesa:

“No apruebo de ningún modo que alguien que tenga determinados deberes o profesión, especule con el anhelo de una forma de vida diferente... o desee realizar algún tipo de prácticas religiosas incompatibles con su estado actual...; porque se divide el corazón, se debilita la fuerza para cumplir las obligaciones... se desperdicia el tiempo y ese nuevo anhelo ocupa el lugar del anhelo que debería tenerse, vale decir, el de cumplir cabalmente los deberes actuales.”

“Nada nos impide tanto llegar a ser perfectos en nuestro estado como el deseo de otro estado. Porque en lugar de trabajar en el campo donde estamos, enviamos nuestros bueyes con el arado al campo del vecino, donde no podemos cosechar en este año. No hacemos más que desperdiciar el tiempo; porque si dejamos errar en otro lugar nuestros pensamientos y esperanzas nos será imposible orientar fuertemente nuestro corazón a la adquisición de las grandes virtudes necesarias para nuestra actual posición...”

“Por favor, Filotea, ¿acaso sería correcto que un obispo viviese en tanta soledad como un cartujo, que los casados no quisieran adquirir más bienes que los capuchinos, que un obrero quisiera pasar todo el día en la iglesia como los religiosos, o que un religioso pretendiese estar enredado en cuestiones jurídicas como un abogado? ¿Acaso una piedad tal no sería ridícula, desordenada e insoportable? Y sin embargo se detecta muy a menudo este error... La práctica de la piedad debe ser distinta según se trate de un religioso, un obrero, un siervo o un príncipe, de una viuda, una muchacha o una mujer casada. Tiene que ser adecuada a las fuerzas, al trabajo y a las obligaciones de cada uno...”

Lo fundamental fue y siguió siendo para él *el núcleo de la santidad: el amor perfecto* que busca desplegarse perfectamente en la forma de vida que Dios exige en razón de la profesión y estado que se tenga...

El Congreso Católico de Maguncia observa que Alemania se ha convertido en diáspora, en tierra de misión.

Ivo Zeiger constata:

“Antaño las líneas de nuestros frentes sufrían, en el peor de los casos, alguna pérdida parcial de territorio, tenían que sufrir de cuando en cuando la apertura de una brecha por parte del enemigo, pero su estructura global se mantenía firme. Pero ahora nuestras trincheras, vale decir, las fronteras territoriales y jurídicas que delimitan el ámbito de nuestra soberanía, han sido allanadas, arrolladas, echadas por el suelo. Desde el punto de vista táctico, la transformación geográfica y las migraciones masivas dentro de Alemania nos han dejado en la intemperie. Ya no estamos más cobijados en una unidad homogénea, sino que el individuo se confronta con el individuo. El católico en la diáspora y el párroco de la ciudad vivían ya desde hacía tiempo esta situación, pero hoy todos tenemos que contar con ello, hasta en el último pueblo católico...”

“Alemania se ha convertido en tierra de misión. Porque incluso nuestros católicos que aparentemente están cobijados se hallan en realidad sin tal cobijo: han sido arrojados al peligro y por lo tanto deben ser recuperados para que podamos volver a llamarlos nuestros. Y cuando se hayan afirmado se verán frente a la tarea de misionar: Que en la diáspora se sientan realmente como semilla de Cristo y levadura de nuestra tierra. Una situación de misión exige también métodos de misión.”

Efectos de tal situación son el debilitamiento de todas las formas de vida usuales y el entusiasmo casi histérico por todo lo nuevo. Ese crujido de las vigas, esa vacilación y titubeo se intensifica notoriamente por el hecho de que Alemania se ha convertido en palestra de las ideologías y experimentos de los países del este y del oeste. Hay que estudiarlos sobre el terreno para apreciar lo que ello significa. La carencia de raíces y de hogar de nuestro pueblo aumenta hasta grados inconmensurables. ¿Por cuánto tiempo seguirá siendo fiel a su identidad autóctona e independiente? ¿Por cuánto tiempo aún resistirá la sugestiva propaganda de ambas fuerzas de ocupación? Y si acepta sin lucha las costumbres americanas y rusas, ¿no habrá de caer entonces víctima del espíritu pagano?

San Francisco de Sales señala el camino a través de la maraña impenetrable, a través del desconcertante laberinto. Es indulgente cuando se trata de formas de vida externas, pero para la elección o transformación de las mismas exige, como criterio y norma seguros, el crecimiento en el amor de Dios hasta el punto de la intimidad con Dios y el ardor por Dios. Quien sigue su camino, concentra todas las fuerzas en Dios y recibe de ese modo una peculiar seguridad en el actuar, una santa y gratificante libertad en su postura frente a las costumbres y formas de vida que le exigen su estado y profesión.

Pero San Francisco va más lejos aún. Su genialidad le permitió sentar las bases de la doctrina sobre el

ideal personal

que nosotros hemos integrado en un sistema homogéneo.

En primer lugar tuvo el valor de abordar tan seriamente las necesidades individuales del alma *que, en contraposición a la teoría y práctica de su siglo, rechazó todas las tipificaciones de los ideales y sus reinterpretaciones analógicas.*

En tiempos de los mártires, en la Iglesia palpitaba el *ideal del martirio*, que más tarde sufrió una reinterpretación en un abrir y cerrar de ojos. Ya Clemente de Alejandría declaró: *"El verdadero mártir es aquel cristiano perfecto que se mortifica siempre y en cualquier lugar"*. San Jerónimo agrega: *"La conservación de la castidad es también un martirio"*. San Pedro Damiano afirma a su vez: *"Me gustaría padecer el martirio por Cristo, pero no existe ninguna posibilidad de ello... Por eso me azoto con el látigo para demostrar así al menos la voluntad de mi ardiente corazón"*.

Algo parecido sucedió *con el ideal de la vida eremítica y de la virginidad*. Ambos se convirtieron en una moda durante un tiempo. Un número incontable de personas eligieron esos ideales sin tener la mínima vocación. De esa manera se exponían terriblemente a muchas y odiosas tentaciones y dificultades.

En la época de San Francisco de Sales estaba muy en boga *el ideal de la vida conventual*. Muchos cristianos pensaban que por lo menos debían morir en el estado de vida consagrada. Por eso en el lecho de muerte hacían su profesión religiosa y pedían que se los vistiera con el hábito. Lo importante para ellos era encontrarse con el Juez Eterno perteneciendo al menos al estado consagrado.

San Francisco, con su estilo clarividente y consecuente, acaba con esos ideales híbridos.

En su lugar pondrá *no sólo el ideal de estado, sino también el ideal personal.*

Como principio fundamental de la formación de la personalidad propuso la siguiente consigna: Seamos plenamente lo que somos. Vale decir, lo que Dios ha puesto en nosotros a través de las disposiciones naturales y las mociones sobrenaturales de la gracia o bien mediante circunstancias extraordinarias. De esa manera formuló, a su manera, el elemento fundamental y esencial de la doctrina del ideal personal, que Ángel de Silesia vertió a su vez en las siguientes palabras: "En

cada persona hay una imagen de lo que ella debe llegar a ser. Mientras no lo sea no tendrá paz completa”.

La vida práctica de san Francisco así como muchos indicios en sus homilías y cartas atestiguan cuán profundamente había calado esta convicción en él. Así, por ejemplo, desea, como san Agustín, que imitemos el ejemplo de los santos, pero añade: “Pero que siempre ocurra de acuerdo a nuestra propia originalidad”. Parece que siempre lo acompañó la preocupación por una eventual desfiguración de la originalidad. En otra oportunidad declara:

“Cuando Dios creó el mundo, ordenó a las plantas que dieran fruto según su especie. Igualmente ordenó a los cristianos - plantas vivas de su Iglesia - dar frutos de piedad, cada uno según su originalidad y llamamiento.”

Estaba convencido de que no existen dos personas totalmente iguales en cuanto a sus disposiciones naturales. Halla esta misma diferencia en el orden de la gracia. Una y otra vez advierte sobre el afán *ciego* de imitación, sobre la emulación fundada en los *celos*. Y lo hace echando particularmente una mirada de soslayo sobre imperfecciones y debilidades propias de mujeres y muchachas. De ahí que formule el siguiente principio:

*“Hay que insistir en que no quieran hacer todo lo que hacen las demás. No tienen que dejarse arrastrar por una **vana** emulación.”*

En esta misma dirección va una vivencia que relata el obispo Camus:

“Yo me esforzaba por adaptarme a su manera de conducirse, a sus gestos y forma de hablar. Durante una visita, Francisco llevó la conversación a ese tema.

- ‘Me contaron que usted tuvo la ocurrencia de imitar en sus homilías al obispo de Ginebra’.
‘Sí’ - le contesté - ‘¿acaso es tan mal modelo’?

- ‘No, ciertamente que no’ - contestó él - ‘realmente no predica tan mal. Pero lo malo es que usted, según he escuchado, lo imita tan mal... No por desvirtuar al obispo de Belley representará usted mejor al obispo de Ginebra. Pero dejando las bromas de lado, usted se está desvirtuando...

Destruye un bello edificio para levantar otro en su lugar contra todas las reglas de la naturaleza y del arte... Si se pudiese intercambiar las disposiciones naturales, ¿qué no daría yo por ser lo que usted es!’”

Mons. Camus agrega:

“Ya no era yo mismo, había desvirtuado mi propia originalidad por hacer de ella una mala copia”.

Para san Francisco lo que verdaderamente importa es *la voluntad de Dios que se revela de manera especial a través de las disposiciones naturales queridas por Dios.*

“¿De qué sirve” - nos dice - “que nos convirtiésemos en las creaturas más relevantes del cielo, pero no en el acatamiento de la voluntad de Dios? Uno se ríe del pintor que, queriendo pintar un caballo, acaba pintando un toro perfecto. Aún cuando la obra sea en sí misma hermosa, no honra

mucho al maestro, que tenía otra intención... el pintor debe ser lo que Dios quiere... No debemos ser lo que nos gustaría ser en contra de Sus designios."

Este respeto frente a la originalidad *lo hace ser en todo momento tolerante en sus juicios y en la vida. Pero exige en cambio una similar tolerancia para con su persona y sus opiniones.* En cierta oportunidad se defendió contra actitudes de avasallamiento a nivel psicológico-espiritual argumentando que:

"De nada sirve que me citen el ejemplo de otros obispos. Estoy totalmente convencido de que ellos pueden responder por su postura basándose en buenas razones. Pero también yo puedo responder de modo similar por la mía."

En otra ocasión declara con firmeza:

"Ese método es bueno, pero no es el mío."

Y también:

"Aunque demostrase mayor interés por una cosa que por otra, espero que la Majestad Divina me conceda la gracia de no caer tan apasionada y desordenadamente en el amor propio como para pretender que mi opinión e intereses sean la norma para todo el mundo... Que cada uno proceda según su parecer con tal que Cristo sea glorificado."

Para destacar la misión que tiene este "santo gentilhomme" para la época actual, baste mencionar la importancia que reviste la doctrina y práctica del ideal personal para superar al hombre masificado y al hombre-película.

A partir de esta concepción global no resulta difícil comprender el

concepto de obediencia

salesiano, exponer con claridad su originalidad y entusiasmarse por él.

A primera vista *parece haber una diferencia entre el concepto de obediencia jesuita y el salesiano.*

San Ignacio dispone en sus constituciones lo siguiente:

*"...Cada uno de los que viven en obediencia se debe dexar llevar y regir de la divina Providencia por medio del Superior, como si fuese un cuerpo muerto, que se dexa llevar adondequiera y tratar comoquiera..."*⁹

Este lenguaje es para San Francisco completamente extraño y remoto. Precisamente porque él es enemigo de cualquier tipo de sobreacentuación de la autoridad. En contra de la práctica de su

⁹ San Ignacio de Loyola, "Constituciones", en: *Obras Completas de San Ignacio de Loyola*, Madrid, BAC, 1963, pág. 531:

tiempo, desaconseja la subordinación de monasterios femeninos a monasterios masculinos de la misma orden. Y lo hace dando el siguiente fundamento: *“Son ciertamente excelentes siervos de Dios... pero tienen la costumbre de arrebatarnos a las mujeres la santa libertad de espíritu”*.

Su amigo, el obispo Camus, relata:

“Su lema, la consigna que resumía todo el espíritu de su gobierno era: ‘Todo por amor, nada por coerción’. A menudo solía decirme: ‘Aquellos que doblan la voluntad del hombre ejercen una tiranía que resulta odiosa a Dios y a los hombres’. Por eso no podía aprobar los espíritus despóticos que exigen obediencia sin importarles que la misma se preste de buena o mala gana y pretenden que todo se someta a su dominio... Cuando una vez le expuse a nuestro bienaventurado mis quejas por la resistencia que había hallado yo al querer introducir algunas cosas buenas, me respondió: ‘¿Quiere usted hacer más que Dios y doblar la voluntad de las criaturas que Dios ha creado libres? Usted actúa bruscamente, como si la voluntad de los fieles de su diócesis estuviese totalmente en sus manos. En cambio Dios, que tiene todos los corazones en las Suyas, obra de otra manera’.”

El ideal de san Francisco era

“conducirse en la dirección espiritual de las almas exactamente como Dios mismo se comporta, vale decir, sugerir, alentar, iluminar, amonestar, pedir, motivar con toda paciencia y sabiduría; llamar a la puerta del corazón como el novio que con su amor hace que se le abra; llevar la salvación con alegría y, si es rechazada, sobrellevar el rechazo con amor.”

¿Qué podemos responder? No se puede desconocer la diferencia entre san Francisco y san Ignacio. *Pero dicha diferencia no radica en la meta sino en el método. Ambos santos exigen perfecta obediencia. Pero es distinto el camino que ellos transitan y recomiendan para la consecución de ese objetivo.*

*La causa última y más profunda de ello subyace en la diferencia existente en cuanto a la imagen de Dios. Y de esta manera enfocamos una verdad que reviste especial importancia para el tiempo actual: La imagen del hombre está determinada esencialmente por la imagen de Dios. San Ignacio se inclina ante la *majestas divina*. Por eso exige, frente a ella y a su transparente, una disciplina correspondiente, *casi una actitud militar*. En cambio San Francisco ve en Dios *per eminentiam* la *cáritas (bonitas, misericordia) divina* y se deja encender por ella - él y sus seguidores - hasta alcanzar el amor perfecto, *el cual a su vez impulsa - por su fuerza intrínseca - a la obediencia perfecta.**

Esto nos llama la atención *sobre una segunda diferencia*. San Ignacio buscaba hombres *qui insignes esse volunt*. Sin embargo, con su actitud realista de militar, cuenta con una cierta medianía en el arte de gobernar, por la cual dicho arte dependerá con mayor intensidad de la aplicación de disciplina exterior, especialmente tratándose de regimientos itinerantes...

El método de san Francisco de Sales exige una mayor genialidad de la cual no cualquiera es capaz.

Algunos pensadores se inclinan a poner de relieve una *tercera característica diferenciadora*: San Ignacio sería el maestro de una espiritualidad masculina, mientras que san Francisco lo sería de una femenina... Más adelante se dará una respuesta crítica a esta objeción.

Sea como fuere, a la luz de lo expuesto se comprende por qué san Francisco de Sales no pone ante todo la obediencia en el primer plano, sino el amor, esforzándose por todos los medios imaginables para fomentar el crecimiento del mismo. Precisamente porque esa es - según su convicción - la mejor manera de asegurar la obediencia en todos sus grados.

Para san Francisco lo importante es, sobre todo y en todo, la actitud fundamental del amor. Por eso pone mucho énfasis en la decisión por Dios, una decisión incondicional, absoluta e inspirada por el amor.

Para lograr cabalmente esta conversión interior conduce a sus hijos e hijas espirituales a realizar lo antes posible una consagración que exprese solemnemente la perfecta orientación a Dios de todas las fuerzas del alma... Su ideal no es tanto una espiritualidad basada en las prácticas exteriores sino más bien en la actitud interior. Así sucede también - y plenamente - en nuestro caso; así fue desde el comienzo y así debe continuar.

Una fórmula consignada en su obra "*Filotea*" nos ilustra cómo san Francisco se imagina esta consagración en detalle:

"Me comprometo irrevocablemente a servir a Dios, a amarlo ahora y para siempre. Con este fin le entrego, regalo y consagro mi espíritu con todas sus capacidades, mi alma con todas sus fuerzas, mi corazón con todos sus afectos y mi cuerpo con todos sus sentidos."

Todas nuestras consagraciones de curso, de provincia y de Familia están afinadas, en lo esencial, en este mismo tono y tienen el mismo sentido: trátase tanto del Poder en Blanco como de la Inscriptio. Nos hallamos pues en buena compañía...

Si la actitud de la consagración está asegurada - como ocurre en nuestro caso - mediante la repetición frecuente - ya sea a nivel privado o comunitario -, entonces a la larga no hay que preocuparse de cada acción en particular. Tampoco de los actos de obediencia: Ellos brotarán de dicha actitud como el agua del manantial. Y esto cobra mayor validez aún al considerar que toda consagración y renovación de la misma significa - en razón de su carácter de Alianza de Amor recíproca - no sólo un movimiento de la voluntad, sino también un movimiento de gracias. *De este modo el amor al legislador se convertirá en amor a la ley, y el amor a la ley se fundará en el amor al legislador.* Ambos aspectos asegurarán que la ley tenga alma, que su interpretación sea confiable y amplia, y que sea cumplida con pureza, fuerza y fidelidad. *La epiqueya no se convertirá en huida de la ley y separación interior del legislador, sino en perfecta aceptación del legislador y en acción inspirada en su espíritu, el cual, en casos especiales, exige también decisiones especiales.* Este es el espíritu del santo Doctor de la Iglesia... Este es nuestro espíritu.

Cuando se hace necesario, San Francisco es asimismo capaz de *plantear serias exigencias particulares con tono firme*. Ello ocurre especialmente cuando *se trata de cosas importantes en el ámbito del derecho externo*. En tales oportunidades puede también declarar sin compromisos:

“Exijo obediencia absoluta...” Y también puede castigar la negativa a obedecer con la *excommunicatio latae sententiae*.

Pero por lo común su forma de gobierno está signada por un tono de suavidad.

Hemos resumido este método en un aforismo básico que solemos formular de la siguiente manera: *“Nuestra forma de gobierno debe ser autoritativa en principio y democrática en la aplicación”*. De este modo unimos las valiosas conquistas de dos épocas contrapuestas: las del liberalismo y las del absolutismo. Hemos salido airosos en esta empresa. Creemos así estar imitando lo mejor posible el proceder de Dios...

Cuando se trata del fuero interno, de la dirección espiritual, san Francisco es más generoso y liberal en la medida en que el alma se esfuerce seriamente por crecer en el amor, en la medida en que el amor sea para ella el mandamiento principal, la oración principal y la ocupación principal... La docilidad se revelará entonces espontáneamente como hija del amor... Será innecesario sacar a relucir la autoridad. Al contrario, será más conveniente acentuar la libertad de los hijos de Dios para que el alma no se vea sometida a coerción. Así pues para ella la libertad no será capricho, despotismo o salvaje anarquía, sino que el correcto uso de la misma dará prueba de la sanidad y autenticidad del amor.

He aquí la libertad a la que se refiere san Agustín cuando dice: *“Ama y haz lo que quieras”*. “La santidad de la vida diaria” retoma estas palabras y declara:

“San Agustín sabía efectivamente del poder unitivo y asemejador del verdadero amor. Por eso le resultaba evidente que quien ama a Dios conforme totalmente su voluntad con la voluntad divina. ‘Ama y haz lo que quieras’ significa en el fondo: Límitate a amar, y así entonces harás espontáneamente lo que Dios quiere. Con esta frase célebre San Agustín resume lo que San Pablo expone con todo detalle en el Himno a la caridad: ‘La caridad es paciente, todo lo cree... todo lo espera... la caridad no acaba nunca’. En este texto paulino se presenta todas las virtudes como formas del amor. Pero con ello San Pablo no pretende decir nada en contra de la autonomía de la motivación de cada virtud. Evidentemente le interesa mucho mostrar de modo comprensible cuán fecundo es el amor para la aspiración a la santidad. Si seguimos a San Pablo, en este contexto deberíamos desplegar toda la vida cristiana en su relación con el amor.” (WH 1974, pág. 237).

Teniendo en cuenta lo dicho comprenderemos la práctica del santo en la guía de aquellas almas que se empeñan en amar a Dios con todas sus fuerzas. “La santidad de la vida” diaria esboza los rasgos interiores de estas personas:

“El santo de la vida diaria plasma toda su vida basándose en ese espíritu de amor. Asume con seriedad el mandamiento principal, en todo sentido. El amor es la motivación central de todas sus acciones. Puede que a la vez se hagan presente otras motivaciones. Pero la gran preocupación y pregunta de su vida es siempre la misma: ¿Qué es lo que alegra a Dios? Por eso la nota fundamental de su alma es la generosidad y la magnanimidad.

Al igual que san Francisco de Sales sabe que en la nave real de Dios no hay galeotes sino remeros voluntarios. Y considera, como ese mismo santo, que el principio fundamental es el siguiente: Un

corazón que quiere amar a Dios sólo debe estar atento al amor a Dios. Para él la salud del alma consiste en el amor. Quiere amar a Dios de todo corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Por eso sigue con gusto el consejo que san Francisco de Sales le dio a un alma amante de Dios: 'Examínese a menudo para saber si puede decir realmente: Mi amado es mío y yo soy suya. Compruebe si quizás hay alguna fuerza de su alma o algún sentido de su cuerpo que no pertenezca a Dios. Y si descubriera algo así, retire esa inclinación... y désela a Dios... ¡Porque usted pertenece total, totalmente a Él..!' (WH 1974, pág. 234).

"Al igual que san Francisco de Sales dice: 'Si supiera que en mi alma existe tan sólo una brizna de amor que no fuese de Dios o para Dios, la destruiría enseguida. Porque prefiero mil veces no existir que tener existencia y no pertenecer a Dios totalmente y sin reservas.' (WH 1974, pág. 173).

"Junto con santa Catalina de Siena el santo de la vida diaria declara rotundamente que 'nada... debe atar mi corazón a este mundo; no, ninguna simpatía más por algo que el mundo ama. Si fuese reina de mil mundos, renunciaría por entero a todos ellos con tal de que Dios fuese totalmente el Señor de mi corazón'."

"Tan grande es su deseo de desasirse de todo que a la pregunta: '¿A quién perteneces?, ¿de dónde vienes?, ¿a dónde vas?', puede responder con Raimundo Lulio: 'Pertenezco al amor, procedo del amor y el amor me ha traído hasta aquí'. No descansa hasta alcanzar la actitud interior de aquella alma agraciada por Dios que, a la pregunta de qué hora era, solía responder: 'Es justo la hora de amar a Dios'. Junto con Enrique Suso reza: 'Sabiduría Eterna, si me fuese dado escoger de entre todo lo deseable, no podría entonces desear otro honor en el mundo que poder morir a mí mismo y a todas las cosas y vivir sólo para ti, amarte de todo corazón, recibirte con amor y alabarte dignamente'" (WH 1974, pág. 173-174).

Aprobamos sin más ni más que, en el caso de tales personas esforzadas, San Francisco de Sales acentuara - en todo momento y sin reparos - la libertad de espíritu... Se cuidaba de darles órdenes cuando bastaba sólo un consejo. Con su lenguaje de inequívoca claridad, san Francisco destacaba que los consejos sólo exigen que no se los desdeñe, pero no obligan. Ello nos recuerda nuestro axioma: Libertad cuanta sea posible; vínculos obligatorios (solamente, pero también) los necesarios; cultivo del espíritu en la mayor medida imaginable...

Típica de él es la forma de conducir a su "amadísima hija", la Sra. de Chantal. Ella quería hacer voto de obedecerle. Estaba acostumbrada a ello hasta ese entonces... San Francisco se lo desaconseja dando el siguiente fundamento:

"Yo le dejo el espíritu de libertad... Si ama mucho la obediencia y la subordinación, entonces quiero que en ciertas oportunidades - en las que parezca ser justo y deseable - omita sus prácticas devocionales, las reemplace por amor, y lo considere como una forma de obediencia"...
"No se preocupe si no ha puesto en práctica alguna cosa de lo que yo ordene. Porque la regla general de nuestra obediencia - la escribo en mayúsculas - dice: Hay que hacer todo por amor y nada por coerción. Se debe amar más la obediencia que temer la desobediencia."

Obsérvese el requisito para esta forma de guía espiritual: *“Si usted ama **mucho** la obediencia y la sumisión”*. Vale decir, una obediencia que continuamente se nutre del amor a Dios y es guiada por ese mismo amor.

La concepción salesiana de la relación entre amor perfecto y obediencia perfecta arroja una nueva luz sobre nuestros actos de entrega al Padre o actos de seguimiento del Padre... Ya hemos hablado de ellos como de una renovada decisión por la sobria promesa de obediencia que se toma con libertad y se canaliza a través de la pedagogía de movimiento. Según el espíritu salesiano constituye - cosa que siempre han sido entre nosotros -, una vinculación de amor que facilita y garantiza la obediencia perfecta, y por ello hace posible y segura la renuncia a muchas normas disciplinarias externas y a un alambicado sistema de vigilancia... Fortalecen la autoridad moral de los superiores; ponen conscientemente todas las acciones bajo la ley del amor, de tal manera que la autoridad exterior y el recurso a ella puedan pasar más a un segundo plano.

En una carta se lee:

“Creo que la visitación, con todas sus vicisitudes, comienza recién ahora a mostrar su efecto más profundo, en la plena aclaración de las preguntas planteadas. Nosotros - usted y nosotras - sencillamente nos pertenecemos mutuamente. Así lo ha determinado Dios y nada ni nadie podrá separarnos siempre si nosotros mismos estamos dispuestos a ser fieles.

De esta manera, muy lentamente, se consume para mí la imagen de la ‘comunidad nueva’. El principio paterno es parte esencial de ella, ya que las mujeres por lo común no pueden gobernar con tanta flexibilidad y a la vez con tanta firmeza como se requiere en el caso de nuestro débil vínculo¹⁰. Por medio del amor, a ese vínculo exterior débil debe contraponérsele un vínculo interior más fuerte.

Si este último es sano y fuerte, entonces ni el mundo ni el diablo podrán triunfar sobre la comunidad, por más que sacudan sus pilares. Pero tenemos que orar mucho, mucho, para que Dios dé siempre a nuestra Familia los dirigentes adecuados y para que recibamos en profundidad la gracia del amor verdadero y fiel. Entonces todo seguirá siendo siempre tan hermoso como ahora.

En este último tiempo he pensado a veces: Si el Excelentísimo Señor supiese con toda exactitud cómo es nuestro trato con usted, cómo más allá de tanto amor existe a la vez tanta distancia interior, tanto respeto e integridad, y cómo hay un sutil velo tendido sobre nuestra relación, entonces no podría haber dicho ciertas cosas y hubiese considerado como naturales los actos de entrega al Padre.

Pero quizás nuestra situación en esta área sea algo fuera de lo común, de tal manera que el Excelentísimo Señor no puede aceptarla como algo evidente, tal como lo hacemos nosotras. En efecto, situaciones que van más allá de lo corriente no pueden ser entendidas con facilidad desde afuera. Sin embargo creo que justamente Mons. Stein es capaz de captar con todo respeto estas realidades tan delicadas. Seguramente por eso la Sma. Virgen lo ha escogido como instrumento

¹⁰ Se hace referencia al vínculo jurídico que liga al miembro con su comunidad (N. del T.).

Suyo. Sin embargo tenemos que rezar mucho por él para que María lo ayude a comprender todo en la medida que Ella considere necesaria para su obra. De esa manera se convertirá seguramente en representante competente de esa obra ante la jerarquía de la Iglesia” (25.5.49)

Todos los institutos de Schoenstatt han llegado a la misma práctica de forma más o menos independiente. De ello se puede sacar la conclusión de que se trata de una constante interna que se manifiesta espontáneamente en el sano organismo de nuestra originalidad. No importa qué nombre le den ellos a tales actos, porque en el fondo se trata siempre de lo mismo, ya sea que hablemos de acto de entrega al Padre o acto de seguimiento...

Quisiera terminar aquí este análisis sobre la obediencia perfecta. Quien quiera repasar brevemente y profundizar todo lo dicho, medite sobre lo que dice Vicente Pallotti - en 33 puntos - sobre la obediencia, en la regla fundamental destinada a todas las ramas de su obra.

En ella se consigna:

“Luego de haber sido encontrado en el templo por María y José, nuestro Señor Jesucristo regresó con ellos a Nazaret. El santo Evangelio dice de él que hasta la edad de treinta años estuvo sujeto y obedeció a María, su santísima Madre, y a su padre putativo, san José (erat subditus illis: Lc 2, 50). Practicó todas las virtudes en una vida oculta de tales características. De ese modo fue preparando - por así decirlo - la proclamación del Evangelio, para nuestra enseñanza y salvación.

Por eso debemos esforzarnos, por amor a nuestro Señor Jesucristo, en vivir en obediencia y sujeción cada vez más perfectas. Y hacerlo ciertamente para santificarnos cada vez más en una vida oculta y prepararnos para todo tipo de servicio público al Evangelio. Pero también para santificarnos y perfeccionarnos más y más en el desempeño de ese mismo santo servicio.

Para que la obediencia sea perfecta debe ser:

- 1. **Cristiana y religiosa**, vale decir, tiene que partir desde la perspectiva de la fe, de manera que al obedecer a nuestros superiores, representantes de Dios, creamos obedecer a Dios mismo.*
- 2. **General**, vale decir, hay que obedecer en todo lo que no sea pecado.*
- 3. **Indistinta**, vale decir, obedecer a cualquier orden de cualquier superior.*
- 4. **Exacta y cabal**.*
- 5. **Pronta**. Incluso dejar sin acabar el trazo de una letra cuando se trate de obedecer alguna orden o alguna señal que convoque a las prácticas de la comunidad...*
- 6. **Ciega**.*
- 7. **Simple**, vale decir, sin dejarnos detener por nadie ni por nada.*
- 8. **Humilde y respetuosa**.*

9. De corazón y por amor, vale decir, por amor a nuestro Señor Jesucristo, quien ‘fue obediente hasta la muerte en la cruz’.

Hasta la muerte debemos vivir en obediencia y sumisión perfectas que presenten todas las cualidades enunciadas. Por eso debemos ser perseverantes en la inclinación de ser obedientes y dóciles no sólo frente a nuestros superiores, pares y miembros de la Sociedad ¹¹ subordinados a nosotros, sino también ante las personas que están fuera de la comunidad, sin importar su rango, estado o situación. Y serlo en todo lo que no contradiga la ley de Dios ni de la Iglesia, ni tampoco nuestras reglas y constituciones. La inclinación a obedecer y someternos también a los que no pertenecen a nuestra comunidad es necesaria para colaborar con mayor eficacia aún en los emprendimientos ordenados a la mayor gloria de Dios y a la salvación de las almas. Y esta es precisamente la finalidad de nuestra sociedad. ”

Donde fuego hubo, cenizas quedan. Lo mismo sucede cuando ha ardidido el fuego de la revolución. Y con mucho mayor intensidad cuando dicha revolución es totalitaria y universal y, a diferencia de las anteriores, no se vuelve hacia el pasado buscando reconquistar “edades de oro” o un “paraíso perdido” sino que mantiene la mirada fija en un futuro desconocido y sueña con un estado ideal de cosas que jamás ha existido y que nadie conoce, pero que promete con absoluta seguridad el cielo en la tierra...

Esta es la peculiaridad de la revolución mundial actual. Sus olas azotan todos los ámbitos de la vida, todas las regiones, llegando hasta la más lejana aldea indígena, hasta el más resguardado monasterio. Furiosas tormentas sacuden y remecen todas las formas de vida, todas las costumbres, incluso las más venerables, y todas las leyes, sean cuales fueren... Lo que no esté firmemente soldado y cimentado será arrasado. De ahí tanta inquietud en todos los países; tanta inseguridad en la sociedad; tanta falta de cobijamiento en los corazones humanos; tanto inquirir, buscar y tantear, incluso en todas las comunidades religiosas... Es como si un albañil estuviese golpeando cada piedra del edificio para comprobar si está en el lugar correcto, si es auténtica y resistente, si es útil para la reforma estructural que exige el tiempo nuevo. Se trata de una transformación de la Iglesia y de la sociedad impulsada por fuerzas motrices inmanentes y no sólo por mera presión externa.

Y esto aumenta la inseguridad. No basta con retirarse a una casa bien protegida a esperar que pase la tormenta, con la secreta esperanza de hallar después todo en perfecto estado como estaba antes. Pío XII procura una y otra vez apartar de ese error a la Iglesia militante. Por esta razón escribe al Congreso Católico de Maguncia:

“Todas las áreas de la vida económica, política, social e incluso religioso-ecclesial de ustedes están sufriendo transformaciones profundas y a menudo muy dolorosas... Quien hoy desempeñe un cargo de dirigencia, deberá tener presente en todo momento esta realidad. Ha de conocer el pasado para aprender de él. Pero no debe ligarse a él unilateralmente. Tiene la obligación de estar en contacto con la realidad en el buen sentido del término.”

¹¹ Entiéndase Sociedad Palotina (N. del T.).

De este modo queda definida la tarea a la que ha de abocarse el arte de dirigir católico en medio de una turbulenta época de transición: Revisar en sus principios fundamentales todas las formas de vida existentes basándose en el conocimiento y la valoración de la historia de la Iglesia y en la percepción de la estructura del orden mundial venidero; estar dispuesto y ser capaz de desechar formas meramente circunstanciales y generar y desarrollar con creatividad - fundado en principios fundamentales del orden natural y sobrenatural - las nuevas formas que Dios exige a través del tiempo y para el tiempo.

San Francisco de Sales es un modelo de esta actitud. Su misión era difícil, pero la nuestra es incomparablemente más dura y complicada. Exige una cuota significativamente mayor de audacia, estudio y oración. Tal como lo vimos, su misión consistía en separar lo verdaderamente esencial y supratemporal de la piedad - un amor a Dios de alto grado - de las formas habituales que eran propias de órdenes religiosas. Y aplicar ese elemento esencial a la vida secular. Una vida secular que, por otra parte, conformaba una unidad a pesar de admitir una diversidad de estados y que discurría por entre tiempos tormentosos que resultan tranquilos al compararlos con los actuales.

En cambio hoy la situación es distinta. Hoy todas las formas de vida - sin excepción - se han visto sacudidas y se hallan en un estado caótico. Impulsan hacia una meta desconocida... *Ahora es entonces cuando la Iglesia necesita personalidades valientes y proféticas que no caigan en la debilidad de hacer concesiones en el área de la doctrina y de la vida, que se mantengan fieles a lo esencial y supratemporal. Pero que a la vez sean tan flexibles y perceptivas que permitan al genuino espíritu católico crear formas nuevas que anticipen la Iglesia venidera y le infundan solidez...*

Esta es la tarea que Schoenstatt ha procurado llevar a cabo desde el principio, con gran seriedad moral y asumiendo su responsabilidad. Nada tuvo que ver con palabrería vana, teorías sensacionalistas o manipulación demagógica de inclinaciones y pasiones. Siempre luchó por lo fundamental. Su deseo era contribuir a rescatar el catolicismo de pura cepa y proyectarlo hacia el nuevo tiempo como un catolicismo sin adulteraciones, atractivo y orientador.

De ahí la cuidadosa consulta del pasado, el fuerte afán de lograr una perspectiva metafísica y de afianzar los principios fundamentales; de ahí la flexibilidad para adaptarse a situaciones cambiantes; de ahí la audacia en las formulaciones y la plasmación de la vida. La historia habrá de mostrar si hemos actuado como corresponde y en qué medida lo hemos hecho. Aquí también podemos aplicar análogamente aquel antiguo dicho: *"La historia es el tribunal del mundo"*.

La crisis mundial se va agudizando. Todo impulsa hacia un punto culminante. Desde el extranjero la situación de Occidente se ve de manera diferente de cómo se la ve desde la cercanía inmediata. Así se explica el afán de Schoenstatt por proyectarse en el ámbito público y llegar a lugares más lejanos. Porque quien tiene un salvavidas y ve debatirse a otros hombres en medio del fuerte oleaje, está obligado a ofrecerlo generosamente... Una vez que nuestro salvavidas ha demostrado su eficacia en tiempos difícilísimos, creemos que nuestro deber es no ocultarlo más sino ponerlo a disposición de todo aquel que lo quiera. Si el náufrago lo rechaza es cosa suya. Nosotros al menos habremos cumplido con nuestro deber ante Dios y la historia. Quien ha podido colaborar en la construcción de un arca debe mantenerla abierta a todos los que estén llamados por Dios a ascender a ella. Quien rechace la invitación lo hará bajo su propia responsabilidad.

He aquí pues la actitud con la que se escribió el ensayo sobre los objetivos religioso-pedagógicos desde el punto de vista de la obediencia perfecta.

Esta misma actitud quiere inspirar ahora el siguiente análisis religioso-pedagógico del

método.

No debe asombrar que las diferentes concepciones se contrapongan aquí como el día y la noche, tal como lo han venido haciendo hasta ahora.

Que esta contraposición se registre en el propio campo es algo que se puede comprender al considerar cuán fuerte es la conmoción que sufren los cimientos religiosos; cuán profunda la eclosión de la crisis espiritual en el individuo y las comunidades; cuán variadas las actitudes ante lo venidero y los rumbos hacia la nueva ribera y cuán diversas las capacidades para plasmar creativamente ideas y vida fundándose en principios fundamentales.

A ello hay que agregar que una espiritualidad de nítido perfil se manifiesta claramente siempre y en todo lugar. Ahora bien, la modalidad orgánica y la mecanicista son - y seguirán siendo - polos opuestos y pondrán su impronta - de manera consciente o inconsciente - sobre cada acción que se ejecute o juicio que se emita, determinándolos perceptiblemente. Así reza aquel antiguo axioma filosófico: *Quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur*. Los pensadores modernos quieren expresar lo mismo al indicar que la perspectiva de interés opera como principio de selección para la actividad de la razón y de la voluntad.

Al lector avezado no se le habrá escapado que *nuestras reflexiones hechas hasta aquí* se han ocupado permanentemente de cuestiones metodológicas. Todo lo que hemos dicho sobre pedagogía de movimiento y de confianza, todo lo que se ha enseñado sobre educación de la comunidad se integra en esta área. Tampoco en lo que seguirá podremos substraernos a la misma, sino que habremos de confrontarnos con ella hasta el final. Nos urge a ello el análisis que debe hacerse aún de la filosofía de la religión y de la psicología de la religión sobre las que se basa el *Informe*.

Si tuviéramos que presentar un estudio científico estructurado rigurosa y sistemáticamente, este sería el lugar indicado para hacer un resumen claro y transparente. Pero en razón de que sólo queremos responder a las objeciones planteadas, creemos que debemos prescindir de ello y *así ganar tiempo para la refutación de objeciones que aún no han sido enfocadas y sobre las cuales no se volverá más tarde*.

El *Informe* no dice mucho acerca del tema. Sólo algunas frases, escasas en cuanto al número pero no así en cuanto a su importancia, si las ponemos en el contexto de las dificultades espirituales de nuestra época.

Por el bien de la Iglesia es necesario darles una respuesta abarcadora.

El *Informe* denuncia reiteradamente:

“Aún cuando el ideario de Schoenstatt sea inobjetable desde el punto de vista teológico, sin embargo la terminología - más allá de que sea entendida correctamente por los teólogos schoenstattianos - suscita una justificada indignación y protesta entre los de afuera a causa de su estilo inusual, exagerado y por lo tanto irritante, e induce a confusiones o errores a aquellos con poca o ninguna formación teológica. Valga citar, por ejemplo, la designación de Schoenstatt como ‘obra predilecta’ o ‘ocupación predilecta’ de Dios y de la Sma. Virgen. Ésta puede ser entendida correctamente, sin embargo es entendida erróneamente por muchos, suena presuntuosa e irritante y por lo tanto debería ser evitada en lo posible, sobre todo teniendo en cuenta que ello no significaría ningún recorte esencial” (pág. 7).

De ahí la exigencia de

“Evitar una terminología inusual, irritante y que induzca a error” (ibídem).

Según estos textos, la piedra del escándalo es la idea de una ocupación predilecta de Dios y la forma de su aplicación práctica a Schoenstatt. Se la censura diciendo que es inusual, excesiva, que induce confusión y error, que es presuntuosa, peligrosa e irritante. En la terminología teológica se diría en este caso: sententia et praxis temeraria et periculosa.

Así juzga una manera de pensar netamente mecanicista. Luego de haber separado la fe de la ciencia, la visión natural de la sobrenatural y amenazado así la existencia de Occidente, continúa la obra destructora separando violentamente el saber del amar.

La mentalidad orgánica, en cambio, juzga en todos los temas y casos de un modo totalmente opuesto. Alaba lo que la otra reprueba, adora lo que la otra quema... Lo que la otra desecha considerándolo una deformación, ella lo ve resplandecer a la luz del ideal auténticamente católico como una solución para las graves crisis de nuestra época.

*El problema planteado es antiquísimo. Habrá de inquietar a los pueblos civilizados hasta el fin de los tiempos. Raras veces hallaremos entre el saber religioso y el amor una *unidad de orden*. En el mejor de los casos habrá que contentarse con una *unidad en tensión*.*

Cuando no se logra esta unidad, es considerable entonces el perjuicio que se produce para la vida de los pueblos y de los individuos, incluso en épocas normales. “La santidad de la vida diaria” lo desarrolla brevemente. Ella parte de la premisa de que el fiel de la balanza se inclina a favor del conocimiento y en detrimento del amor, como ya desde hace tiempo ocurre en Occidente. Dice entonces:

“El santo de la vida diaria acata los deseos y designios de Dios dando muestra de una fina capacidad de adaptación. En su lucha y esfuerzos pone el acento principal en el amor. También su saber y sus estudios religiosos son utilizados conscientemente para el crecimiento en el amor. No hace como muchos cristianos que leen muchos libros de contenido religioso, piensan y discuten

sobre cuestiones religiosas, pero se dejan impulsar poco por ellos al amor. Se los puede comparar con un artista que fabrica por sí mismo la herramienta con la cual habrá de plasmar su obra de arte, pero que trabaja durante toda su vida en la confección de la misma y no llega por lo tanto a abordar cabalmente su propia actividad creadora y artística. O con un caminante que deambula por el desierto y está próximo a morir de sed. En medio de su gran angustia encuentra finalmente un oasis. Pero en lugar de beber el agua refrescante que mana de la fuente, se sienta y se pone a filosofar sobre la esencia del agua. La herramienta y la fuente son el pensar y el saber religiosos. Ambos tienen que convertirse en alimento del amor. San Pablo llama al amor lo más grande: 'Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres(. Pero la mayor de todas ellas es la caridad)' (1Co 13, 13). Por eso exhorta a los suyos: 'Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección' (Col 3, 14). En ambos casos el apóstol se refiere al amor a Dios y al prójimo. San Pedro y Santiago hablan en este mismo sentido. San Pedro aconseja a su comunidad: "Ante todo, tened entre vosotros intenso amor" (1 P 4, 8). Santiago (2, 8) llama al amor 'Ley regia'" (WH 1974, pág. 233).

En épocas de agitación revolucionaria se intensifican todos los síntomas de las enfermedades hasta un punto catastrófico. La atomización de la vida en la era de la masificación y del hombre-película alcanza proporciones insospechadas. Acarrea así una parálisis, un colapso de todas las fuerzas creativas frente a un enemigo que ataca, como nunca antes, recurriendo a todos los medios imaginables y con el expreso designio de aniquilar.

En una decisiva hora histórica de tales características, en la cual se echan suertes sobre el destino del mundo y de la Iglesia para los tiempos futuros, esa atomización de la vida priva al cristianismo y al cristiano de fecundidad, de juicio propio, de resistencia, hogar, ímpetu, alma, personalidad y religión.

Quizás se pueda disimular por un cierto tiempo esta marcha en vacío que tiene lugar en el fuero interno. Pero cuando recrudecen las dificultades, cuando la vida y las persecuciones nos someten a prueba, sale entonces a relucir la verdadera realidad. Ella quita todas las máscaras y muestra el verdadero rostro de la Iglesia actual y de sus miembros.

En su Mensaje de Navidad (24.12.1948), Pío XII se lamenta:

"A pesar de todo, la perseverancia y la firmeza de tantos hermanos en la fe es para nosotros fuente de alegría y de santo orgullo; pero no podemos desentendernos del deber de mencionar a aquellos cuyos pensamientos y sentimientos reflejan el espíritu y las dificultades del tiempo. ¡Cuántos han visto deteriorarse su fe hasta el naufragio, incluso su fe en Dios! ¡Cuántos, contagiados por el espíritu del laicismo o de la hostilidad hacia la Iglesia, han perdido la lozanía y la tranquila seguridad de la fe, que hasta entonces había sido luz y sostén para sus vidas! Otros, desarraigados y despojados despiadadamente de su suelo natal, vagan sin rumbo, expuestos a la ruina de sus valores religiosos y morales, especialmente tratándose de jóvenes; una ruina cuya peligrosidad nunca se podrá evaluar con suficiente gravedad".

Luego el Papa recuerda a los fieles la seria obligación

“de confrontarse con las cuestiones que un mundo atormentado y acosado tiene que resolver tanto en el área de la justicia social como en la del derecho y de la paz internacionales. Y hacerlo de acuerdo a las situaciones y posibilidades concretas y con una actitud abnegada y valiente.”

Cuanto más cuidadosamente procuremos acatar esta exhortación del Santo Padre, tanto más aumentará la convicción de que son dos las tareas a cumplir: *Esta época exige una reforma de la situación concreta y una reforma del espíritu.*

Ambas son tremendamente necesarias. Un año atrás decía un comunista en oportunidad de un debate entre pastores protestantes y socialistas y comunistas:

“Rechazamos el cristianismo porque sólo se preocupa del espíritu y no de la situación concreta.”

En ambos bandos - en el católico y el protestante - aumenta la certeza de que en el transcurso de las últimas décadas hemos cometido muchos errores en esta área: Hemos acentuado la caritas, pero pusimos muy poco énfasis en la justicia, especialmente en la *justitia socialis*...

Al mismo tiempo mantienen toda su vigencia las palabras de Pío XI: *“Necesitamos una reforma del espíritu”*. Es esta área hay que instaurar sobre todo un movimiento renovador y pedagógico de carácter decididamente ético religioso. En este sentido creemos tener una tarea especial para esta época. *Nuestro planteamiento sostiene que la religión manifiesta su plena fuerza transformadora y creadora sólo allí donde un sólido saber religioso suscite y nutra un amor de alto grado.*

De esta manera enfocamos el problema central y capital frente a un peligroso enemigo, aliado a poderes demoníacos. Muchos sectores han olvidado hoy esta realidad. Algunos malgastan su tiempo y energías abocándose a muchas cuestiones de pedagogía y pastoral que en sí mismas son importantes, pero pasan de largo y pasan por alto lo central: la dinámica del amor. Otros buscan la reforma exclusivamente en la transformación de la situación social, económica y política, preocupándose demasiado unilateralmente por cuestiones materiales y organizativas. Sin duda que se trata de cosas que pueden ser calificadas de necesarias. Pero ellas solas no conducen a la meta.

La santidad de la vida diaria describe las relaciones internas entre reforma de la situación concreta y reforma del espíritu, que siempre han sido orientadoras para nosotros:

“El mundo tiembla y se estremece bajo el empuje y la urgencia de cuestiones sociales aún no resueltas. Tales conmociones de la sociedad humana podrían superarse con mayor facilidad y rapidez si Dios nos diese más santos de la vida diaria en todas los estamentos y profesiones, tanto en los sectores obreros como en los empresariales.

Un antiguo dicho inglés reza: ‘Los cristianos constituyen la única Biblia que todavía leen los laicos’. Así pues los santos de la vida diaria son hoy más que nunca sal de la tierra y luz del mundo. No hablan mucho, pero actúan; oran y trabajan mucho y de un modo agradable a Dios. De esa forma alcanzan para sí y para su entorno ante todo una reforma del espíritu, que lentamente prepara, anima y fecunda una reforma de la situación concreta.

Los santos de la vida diaria son personas optimistas porque pertenecen a Dios y saben que la victoria habrá de estar un día de parte de Dios. Obran en su entorno como una levadura. ¡Que Dios en su bondad nos regale muchos santos de la vida diaria!

El P. Doyle solía orar con gusto diciendo: ‘Dios Omnipotente, hazme un gran santo y no le ahorres sacrificios a mi débil naturaleza’. Quizás yo también podría atreverme a invocar la Omnipotencia de Dios - sin la cual mi naturaleza egoísta no puede ser transformada - y exclamar: ¡Oh Dios Todopoderoso!, haz de mí un santo de la vida diaria; no me ahorres sacrificios y ayúdame a que tampoco le ahorre sacrificios a mi naturaleza pobre y débil. Sí, en cambio, preserva a nuestro pobre pueblo, bendice y protege a nuestra Santa Iglesia y a nuestra amada patria.

Sea como fuere sólo los santos - los verdaderos santos de la vida diaria de carne y hueso - pueden salvar el mundo de hoy. Como Elías en el Monte Carmelo, así también el Señor se aparece hoy delante de su pueblo y le pregunta: ‘¿Hasta cuándo van a estar cojeando con los dos pies? Si Yahveh es Dios, seguidle; si Baal, seguid a éste’ (1 R 18, 21).

Hoy toda medianía no sirve para nada. Sólo el espíritu de integridad podrá mantenerse firme. Si no tenemos el coraje de aspirar a esa integridad, al ideal del santo de la vida diaria, generemos por lo menos - mediante nuestra oración, sacrificios y luchas - la atmósfera en la cual puedan crecer y desarrollarse grandes hombres y mujeres. Y estemos agradecidos de haber podido ser, de esa manera, un pequeña piedra en el fundamento sobre el cual se erguirán algún día los santos de la vida diaria de nuestro tiempo” (WAH 1974, pág. 148 s.).

Hemos preferido dejar la reforma de la situación concreta a otras instancias, ya que dimos nuestro aporte en el campo de la formación del verdadero espíritu... Una labor directa en el área socio-económica está pensada para la Obra Familiar...

Una mirada retrospectiva sobre las grandes épocas de convulsiones del pasado revela que todos los reformadores católicos importantes fueron genios del amor, y no siempre del pensamiento y de las ideas. Ellos consideraban que su tarea principal era encender por doquier hogueras de amor... Y esto es más necesario que nunca en nuestro tiempo, cuando la vida cristiana está conmocionada en todas sus ramificaciones, y no como antaño, cuando lo estaba solamente en algunas partes -.

Comprendemos que San Ignacio en su ratio educationis - en sus ejercicios de cuatro semanas - haya puesto el acento principal en el crecimiento del amor. Para él lo determinante era el descubrimiento de que no es el mucho saber sino el saborear y paladear las cosas divinas lo que nutre al alma, lo que suscita y aumenta el amor.

Enseñanzas de este tipo nos hacen tomar una estremecedora conciencia de nuestra miseria. Incluso algunos de nuestras filas, que tienen una visión clara del estado de cosas y trabajan por todos los medios en la solución del problema capital, se encuentran desvalidos ante la situación. Con todo derecho se preguntan qué hacer para inducir al hombre moderno, al hombre-película, a saborear y paladear las cosas y verdades divinas. El hombre masificado - sin Dios, sin personalidad, sin moral, sin alma - sólo conoce un pensar fragmentario, a manera de puntos aislados, despojado de contextos. Se ha erosionado su mundo afectivo. Su voluntad está preparada

para cumplir sólo las órdenes que le vienen de afuera... El *hombre-película* vive exclusivamente de impresiones externas y sensibles que, como en una película, van cambiando vertiginosamente en y con él, que no calan en lo profundo, que no generan ninguna actitud interior fundamental ni tampoco fluyen de ella.

“Una vez estimulados los sentidos, exigen más y más alimento, por lo que aumenta el hambre de novedades y hechos sensacionales. Pero por esta vía el hombre se va desarraigando en los estratos más profundos del espíritu; pierde la relación con los distintos órdenes; pierde el cobijamiento en las formas y se va convirtiendo lentamente en una partícula de hierro, sin forma alguna, que puede ser atraída y asociada a sí por cualquier imán poderoso. Estas son las consecuencias más preocupantes de la masificación. Ellas afectan la disposición y la receptividad a lo religioso. Aquí se encuentra también la explicación para tantos interrogantes a los cuales se enfrenta el sacerdote de hoy en la pastoral.”

En Alemania, la influencia americana, con sus películas, redundará en un aumento del número de hombres-película, superficiales y desarraigados. Pero que esto no ofusque nuestra mirada; que a causa del desconcierto nuestra atención no se desvíe hacia cosas periféricas - aunque sean valiosas y quizás necesarias - y pasemos así por alto lo central. Porque de ese modo nunca llegaremos a la meta. Lo central es y seguirá siendo para nosotros la transformación de conocimientos sólidos en amor ferviente y vigoroso.

Es el mismo problema que, en su época, San Francisco de Sales procura resolver a su manera. Todos sus esfuerzos y afanes se centraban siempre, como en nuestro caso, en torno de una sola pregunta: ¿Cómo convertir en amor un conocimiento religioso confiable? Su sentido innato y cuidadosamente desarrollado para captar las realidades de la vida le llamó la atención ya desde temprano sobre el hecho de que el saber era ciertamente origen y fuente del amor, pero no escala con la cual medirlo.

Por entonces debía ocurrir como hoy: Había y hay hombres depositarios de un gran saber religioso, lumbreras en el campo de la teología, expertos investigadores con un apasionado amor por su especialidad, pero en los cuales ardía y arde sólo una débil chispita del amor a Dios. Por otro lado existen personas dotadas de pocos conocimientos pero que no raras veces se distinguen por un ardiente amor a Dios. Dicho en otras palabras: Hay personas con pocos conocimientos y gran amor y otras con grandes conocimientos y escaso amor.

Así pues san Francisco se preguntaba como nosotros *qué cualidades debe tener el conocimiento religioso* para que conduzca al reino del amor. Una mirada en los círculos intelectuales dirigentes de Alemania revela que ya se ha retomado la praxis de las asociaciones de graduados de la época anterior a la guerra y que se realiza una confrontación con los problemas más difíciles. Por eso Ivo Zeiger se lamenta de lo siguiente:

“Al examinar los programas anuales, a menudo me asalta el espanto. Porque en ellos se habla con estilo altisonante sobre la filosofía existencial, tan de moda y a la vez tan superflua; sobre la metafísica de nuestra crisis; sobre el fundamento teológico de la caritas; sobre el religamiento ontológico del cristiano en el mundo; sobre la concepción antropológica de Hölderlin o sobre el fundamento metafísico de la Novena Sinfonía.”

Sin embargo - agrega el orador - los dirigentes de los sectores intelectuales y los del pueblo trabajador no logran asumir las verdades esenciales de la fe católica, hacerlas suyas como un bien permanente.

Con esto enfoca (Ivo Zeiger) un *mal preocupante de la cultura actual*. Se trata de la terrible carencia de un discernimiento claro y autónomo y la incapacidad de hacer que el conocimiento seguro se convierta en maestro de vida. Pero con ello no estamos tocando el problema central que mencionamos más arriba. Puede que el conocimiento sea claro y seguro, pero la cuestión de fondo es y será siempre: ¿Qué debe suceder para que ese conocimiento se transmute en amor? *Se descuida esta pregunta en una medida preocupante*. De ahí los magros frutos de nuestros empeños en el área pastoral y pedagógica. Sea como fuere, no está presente con tanta fuerza y claridad en la conciencia de todos como idea directriz, como tarea evidente, tal como debería estarlo si se quiere hallar una segura vía de escape para salir de la intrincada maraña de los problemas actuales.

Por esta misma razón *la Acción Católica en el extranjero corre peligro de paralización*. En muchas regiones ha desarrollado una admirable labor de formación. La separación del Estado y de la Iglesia provocó un aumento terrible de la ignorancia en el área religiosa. No obstante los miembros de la Acción Católica pudieron enfrentar el problema con éxito. Pero ahora se encuentran desconcertados ante la misma pregunta que se nos plantea a nosotros en Alemania: ¿Qué hacer para que la formación intelectual se convierta en amor y vida?

Nuestra pedagogía moderna retoma el problema a su manera. La pregunta central es la misma, sólo cambia el ropaje, que cobra un aspecto más moderno: *¿Cómo convertir una idea en un complejo de pensamientos y valores predominante?*

Más tarde abordaremos en detalle todas las preguntas planteadas y procuraremos darles una respuesta científicamente exacta y útil para la práctica. Por ahora sólo quisiera señalar nuevamente, y con pesar, el descuido con que se trata este tema en la prensa y en la vida. Ciertamente en una u otra oportunidad se encuentra especialistas que se ocupan de él. Pero la opinión pública no ha encarado aún el problema. Y sin embargo sigue siendo cierto que no podremos superar el bolchevismo en nosotros y en nuestro entorno si no se soluciona el problema capital aludido. Toda la naturaleza humana se halla hoy profundamente desgarrada, sólo puede ser curada poniendo por obra la verdad en el marco del amor... *Veritatem autem facientes in caritate, crescamos in illo per omnia, qui est caput Christus* (Ef 4, 15).

Schoenstatt, con su orientación consecuente y acorde a la época, ha resumido el conocimiento y la experiencia de siglos acerca de este tema vertiéndolos en una formulación sencilla y pedagógicamente muy eficaz: *El hombre es ocupación predilecta de Dios. Por eso debe hacer de Dios su ocupación predilecta. Lo mismo expresa la idea de la alianza de amor entre Dios y la humanidad...*

En ambientes de Iglesia se ha debatido mucho sobre dónde radica el secreto de Schoenstatt, dónde la clave para la comprensión de su dinámica. Una dinámica que Schoenstatt ha mantenido en los tiempos más difíciles y que todavía hoy constituye su sello característico. Algunos no hallan ninguna respuesta; otros señalan tal o cual punto... La única respuesta correcta es: *El secreto de*

Schoenstatt radica en la forma original de su Alianza de Amor, sobre la cual informan las tres Actas de Fundación; o bien en la manera original como se ha concretado allí la idea de la mutua ocupación predilecta entre Dios y el hombre. Más adelante nuestra tarea consistirá en demostrar que esa frase tan sencilla alberga todo un compendio de teología, filosofía, psicología y pedagogía...

Hago aquí abstracción del matiz específicamente mariano, ya que no se lo cuestiona. Lo que se discute es solamente *la idea supratemporal de la ocupación predilecta de Dios y su aplicación general a Schoenstatt.*

Al experto en psicología de la religión no le resultará difícil demostrar, a partir de un material contundente, que con esta frase *hemos expresado el secreto de los santos y de la santidad en una formulación breve, adaptada a nuestro tiempo y convincente.* Tanto la idea en sí misma como la realidad que está detrás de ella son ambas cosas a la vez: causa y efecto de la santidad.

Aquí nos interesa ante todo el primer aspecto. Se lo podría expresar en términos más populares de la siguiente manera: *Todos los santos comenzaron a aspirar a la cumbre del monte de la perfección - a ser santos - recién cuando se consideraron la ocupación predilecta de Dios e hicieron de Dios su ocupación predilecta.*

Pero con cuidado y firmeza añadimos lo siguiente: *Si el Occidente cristiano no rectifica su rumbo, si no hace del secreto de la santidad su secreto más personal - de manera consciente y duradera - , no estará en condiciones de enfrentar el asalto del bolchevismo.* Ahora bien, si todos los educadores cristianos considerasen que su principal labor es la proclamación y puesta en práctica de ese secreto, entonces no sólo tendrían un ideal grande y sobresaliente que resume en sí a todos, sino también fundadas esperanzas de vencer los poderes del infierno.

Repasemos mentalmente todos los problemas de la educación del pueblo y de la renovación del mundo. Hallaremos entonces que todas las soluciones - en la medida en que sea posible hallarlas - apuntan con insistencia a ese secreto; de él reciben luz, energía y solidez. Sin él toda otra alternativa quedará trunca, no llevará hacia la meta.

Algunas observaciones ayudarán a comprender mejor lo que esto significa.

Hace poco visité al ex nuncio de China. Cuando le pregunté por la situación mundial luego de los novísimos acontecimientos en China, me respondió: *“La situación en el mundo no puede estar peor. La diplomacia ha fracasado por completo. La Iglesia se ve asediada por un cerco de hierro que se estrecha más y más. Sus enemigos triunfan por doquier. Estos son, en el fondo, todos iguales. Trátese tanto de Oriente como de Occidente, la diferencia no estriba en la esencia sino en el grado. La Iglesia está sola; tiene que medirse con el enemigo sin aliados, por sus propios medios, derrotarlo y darle y asegurarle la paz al mundo”.*

Dos son las frases que quiero rescatar de esta conversación.

La primera: Los enemigos de la Iglesia son, en el fondo, todos iguales... En este punto es necesario tener una visión clara de las cosas, especialmente en el caso de los occidentales, que toman poca distancia de sí mismos.

Carlos Barth, el conocido teólogo protestante, dictó hace pocas semanas, en la catedral de Berna, una conferencia sobre *"La Iglesia entre el Este y el Oeste"*. Barth contempla el antagonismo entre capitalismo y comunismo sólo desde el punto de vista de un conflicto de poderes. Según él, ambos tienen la misma meta: La masificación y la esclavitud del hombre, con la diferencia, no obstante, de que Occidente impone su yugo apelando a un enmascaramiento hipócrita, mientras que el Este procede con la fuerza bruta. Así apostrofa a las potencias occidentales en su diario:

"Lo que ustedes llaman democracia es algo engañoso. Engañosa es - para las masas, claro, a las cuales pertenecen los 'intelectuales' de ustedes - la presunta estima que ustedes tendrían por el espíritu y la moral. Y más engañoso aún es el presunto cristianismo de ustedes, que los lleva a hablar sobre Dios para que no salga a relucir ni se exprese la verdadera vida de los hombres; que los lleva a señalarle al hombre el cielo para que todo siga igual en la tierra..."

Y plantea la siguiente pregunta:

"¿Dónde está el Occidente cristiano que pueda mirar cara a cara al Este - a todas luces decididamente no cristiano - con una conciencia más o menos limpia? ¿De dónde sacó el Este su ateísmo sino de Occidente, de nuestra filosofía? Su insolente repudio del cristianismo, ¿acaso es muy distinto de la ideología que cunde también entre nosotros, en todas las calles y - entiéndase bien - en nuestras propias iglesias, si bien de modo más recatado?"

De ahí la advertencia: ¡Fíjate bien de quién te fías! Hay que cuidarse en todas partes del lobo con o sin piel de oveja...

La segunda frase dice: La Iglesia está sola. Tiene que luchar por sus propios medios con el enemigo... Lo mismo vale también para la Esposa de Cristo en Alemania. ¡Guay de ella si sus fuentes de energía se llegasen a agotar parcial o totalmente, si acabaran por cegarse! Hay que liberarlas a todas, sin excepción, llevarlas a su plenitud y aprovecharlas correctamente; de lo contrario no habrá perspectivas de éxito para la lucha. Antes las cosas eran distintas: Se impugnaba tal o cual dogma, pero la Iglesia no necesitaba repensar sus realidades primordiales... *Hoy en día se ponen en duda o se niegan todas las verdades del orden natural y sobrenatural. Por eso a la Iglesia no le queda otra cosa sino movilizar la totalidad de sus fuerzas.* Y a ellas pertenece en primer lugar el secreto de los santos. Más aún, mirándolo bien, ese secreto engloba todas las fuerzas, sin excepción y en sumo grado.

Si la Iglesia está librada a sí misma, como lo estuvo en los primeros tiempos del cristianismo, entonces no tiene que limitarse más a una mera actitud defensiva - como ha ocurrido hasta ahora en la patria - ni mucho menos contentarse con irritarse y lamentarse... No tiene que conformarse con conservar lo que ya se posee... Debe pasar a la ofensiva, a la conquista. No sólo ha de apagar las flechas incendiarias que arroja el enemigo sino arrojar las propias sobre los techos del adversario... Como Jesucristo, ella ha venido para traer fuego sobre la tierra y qué otra cosa habría de querer sino que ese fuego estuviese ya ardiendo... *Sostenida por las fuerzas divinas que la*

inhabitan, la Iglesia puede y debe repetir aquella frase, humilde y orgullosa a la vez, que ella escribiera en el s. III a través del autor de la Carta a Diogneto: "Nosotros los cristianos (la pequeña grey) somos el alma del mundo".

Enrique De Lubac cita esta frase en su obra *"La noción cristiana de hombre y la búsqueda de un hombre nuevo"* y añade, a modo de aclaración:

"Por entonces estas palabras tienen que haber sonado como una arrogancia desconcertante. Pero también hoy una afirmación semejante resulta no menos paradójica. Entre tanto la ratificamos con la misma seguridad. Los discípulos de Cristo no se sienten como quienes fueron salvados del naufragio de un mundo, sino como los pilotos que han recibido la misión de conducir ese mundo a buen puerto. En una época en la que un hombre nuevo trata de formarse, ora con esperanza, ora presa de la desesperación, ellos quieren ayudarlo a encontrar su camino y mostrarle las condiciones para salir airoso de la empresa. Y todo fortalece su convicción de que sólo ellos pueden hacerlo.

Por supuesto nunca se les prometió que serían siempre escuchados. Por lo común tienen que estar dispuesto incluso a lo contrario. En cuanto a los representantes de los discípulos, sabemos muy bien cuán poco han estado a la altura de su misión, a causa de la falta de valor o de claridad. No obstante ellos confían en las palabras de su Maestro, en la acción de Su Espíritu en ellos, y nada podrá apartarlos del cumplimiento de su misión. Mañana, como ayer, se revelarán como lo que son en virtud de su llamamiento: la conciencia del género humano."

Esta vuelta de la Iglesia a sus valores propios, esta conciencia eminentemente católica de sí misma y de su condición, suponen, despiertan e intensifican la capacidad de comprender el secreto de los santos.

Teodoro Haecker opina que *"el mundo sería hace tiempo socialista si no hubiese existido la socialdemocracia"*. Esto significa que la Iglesia habría solucionado entonces por sí misma los problemas sociales... Hasta ahora fueron a menudo las corrientes del bando adversario las que la motivaron a tomar posición. La Iglesia se ocupó oficialmente de problemas del mundo luego de que surgieran errores. Frente a ellos, se interesó más por el contenido y causa de los mismos y no tanto por su sentido. Por eso manifestó con frecuencia falta de celo y fervor en la denuncia y en la acción concreta...

En este sentido se puede advertir últimamente un fuerte cambio, tal como lo demuestran numerosos comunicados oficiales y no oficiales. La actitud defensiva y apologética está cediendo paso cada vez más a un serio abordaje del núcleo de las cuestiones y a una acción constructiva más enérgica y positiva... *En la Iglesia todo impulsa hacia una transformación mayor, a partir de fuerzas motrices propias y no tanto a partir de razones utilitarias...* Pero sin el secreto de los santos ese proceso de transformación lleno de bendiciones caerá pronto en una preocupante inestabilidad...

Quien conozca las ideas de Donoso Cortés, quien comparta sus principios acerca de la filosofía de la historia, estará de acuerdo en que la Iglesia va perdiendo hoy en día posición tras posición en una dura y tenaz lucha contra su enemigo mortal. Por otra parte descubrirá en ese destino no sólo

una hábil jugada de la Divina Providencia, que quiere desasir a la Iglesia y a sus representantes de toda confianza en sí mismos e impulsarlos a lanzarse por entero a los brazos de Dios, sino también una consecuencia casi necesaria de la atmósfera espiritual actual que se respira en el mundo y en la Iglesia...

El hombre de hoy ya no sabe pensar. Está entregado incondicionalmente a las fuerzas ciegas de su naturaleza y de su entorno. Por eso sólo puede ser liberado de los extravíos de la mente y del corazón por medio de la vida misma, por medio de dolorosas experiencias y duras vicisitudes.

Luego de acabado el nacionalsocialismo, millones de personas esperan la salvación del bolchevismo. Persuasión y refutación no sirven de mucho. Sólo las más amargas desilusiones pueden provocar un giro y cambio de la manera de pensar. De ahí que *todos los conocedores de la época cuenten primero con una victoria temporal del colectivismo en Occidente.*

Pío XII parece interpretar de manera similar los designios de la Divina Providencia. En su primer encíclica (20.10.1939) escribe lo siguiente:

“Tal vez (¡Dios lo quiera!) se puede esperar que esta hora de máxima indigencia cambie la manera de pensar y de sentir de muchos que hasta ahora avanzaban, con ciega confianza, por el camino de los errores modernos tan extendidos, sin sospechar lo insidioso e incierto del terreno que pisaban. Tal vez muchos de los que no entendían la importancia de la misión educadora y pastoral de la Iglesia, comprenderán ahora mejor sus amonestaciones. Amonestaciones que ellos desatendieron llevados por la falsa seguridad de tiempo pasados. Las angustias presentes son la apología más impresionante del cristianismo. Difícilmente pueda haber una mayor. De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos se han cosechado frutos tan amargos que constituyen una condenación, cuya eficacia supera a toda refutación teórica.”¹²

Donoso Cortés estima además que, si a pesar de haber hecho esfuerzos sobrehumanos, la Iglesia es empujada por completo a un segundo plano, el Todopoderoso habrá de aparecer entonces repentinamente sobre el pináculo del templo, tocará la trompeta y se desplomarán las murallas de Jericó... *Dios quiere mostrar que sólo Él es quien puede conjurar los poderes infernales; que sólo Él es a quien el mundo y la Iglesia deben la salvación.*

Pero en estos tiempos decididamente apocalípticos, ¿quién habrá de resistir?; ¿quién puede motivar a Dios a acelerar su venida e intervención? La respuesta es siempre la misma: Sólo quien viva del secreto de los santos.

La actitud existencialista - que Höfer llama humildad ante un universo hermético y ceguera ante la libertad divina - gana numerosos adeptos en los sectores académicos católicos... Quien vive del secreto de los santos estará inmunizado contra toda afección espiritual.

En ocasión del Congreso Católico de Maguncia, Ivo Zeiger expone una serie de importantes inquietudes surgidas de la crisis misma del tiempo, que preocupan a los católicos del ámbito germano y exigen una solución urgente... A todas ellas podemos responder siempre de la misma

¹² Pío XII, Encíclica “Summi Pontificatus”, 10 (N. del T.).

manera: El medio más seguro, el remedio universal más eficaz es y seguirá siendo el secreto de los santos.

Abordemos como mayor detalle algunas de esas inquietudes:

Primera inquietud:

“Nuestro pueblo en su conjunto - sin excluir burguesía ni campesinado -, ha caído en un proceso de masificación. Y aquí reside quizás la más profunda transformación del hombre actual. Y esta transformación determina - más de lo que quisiéramos reconocer -, las posibilidades pastorales y la receptividad religiosa.

Nuestro método de trabajo ha tenido en cuenta ante todo los contenidos ideológicos de la visión moderna del mundo y de las cosas. En realidad no es característico del hombre masificado lo que (de él) dice la filosofía de turno, sino su actitud estructural, cómo reacciona a los estímulos.”

Respuesta: Hoy en día sólo el secreto de los santos es capaz de transformar esta actitud estructural en una actitud católica profunda y duradera.

Segunda inquietud:

“En esta guerra he observado en nuestros soldados católicos cosas que no había visto jamás en la Primera Guerra Mundial. Eran muchachos magníficos, fieles a los ideales de sus asociaciones juveniles. Conocían el devocionario a la perfección; incluso en el más miserable campo de prisioneros podían organizar - en un abrir y cerrar de ojos - una solemne liturgia comunitaria con comunión para todos. Pero simultáneamente repetían - sin escrúpulos ni sospecha - las ideas de la ética neopagana que les había inculcado una astuta propaganda. Eran, por decirlo así, cristianos sacramentalistas y liturgicistas, y a la vez repetidores de la ética neopagana. Ambos mundos coexistían en ellos sin ninguna relación interna, sin estar en consonancia.”

Respuesta: Sólo el secreto de los santos puede producir aquí un cambio.

Tercera inquietud:

“Todo el mundo se queja de la ignorancia imperante en el área de la fe y la ética. Sin embargo nunca antes se ha editado, hablado y leído tanto sobre catecismo, formación, educación católica popular. El problema no radica en una muy escasa oferta de conocimientos religiosos, sino en el hecho de que estos no son asimilados, elaborados, internalizados con tranquilidad y profundidad.

En cientos de alocuciones se menciona, por ejemplo, las encíclicas sociales de los Papas. Ahora bien, ¿cuántos las han estudiado realmente? ¿cuántos conocen al menos a grandes rasgos el contenido de las mismas, o bien las tesis elementales que debe sostener un católico? Se escribe y habla sobre los derechos cristianos de los padres, los derechos humanos, la democracia, pero, ¿cuántos tienen una idea clara de estos conceptos que se han convertido en palabras vacías?”

Respuesta: Sólo el secreto de los santos puede producir aquí un cambio.

Cuarta inquietud:

“Últimamente me he tomado el trabajo de estudiar todas nuestras nuevas constituciones de los estados federales. Pensé que serían realmente democráticas y liberales, como corresponde a la tendencia de la época. Pero fui defraudado en mis expectativas. Incluso en los más fundamentales derechos humanos se ha deslizado la cláusula que permite de un plumazo la supresión de la libertad; aquella infausta cláusula que estipula que tal o cual libertad es concedida en el marco de las leyes que rigen para todos.

Con esta restricción, ya una vez un sistema totalitario abolió todos los derechos fundamentales sin violar formalmente la constitución, y también socavó nuestro concordato. ¿Cómo se introdujo esa cláusula totalitaria en las nuevas constituciones? ¿Por descuido, por maldad, por una inextinguible pretensión totalitaria del Estado moderno? No puedo suponer tal cosa de los autores democráticos de los textos. Simplemente se copiaron frases sin haberlas meditado a fondo. Aquí no se ha tomado más en serio - y esto es peor - determinadas palabras y conceptos. He aquí quizás la consecuencia más terrible del hombre masificado, del hombre-película: ya no toma nada realmente en serio. ¿No repercute también esto en la vida religiosa? La noción de eternidad, que la Edad Media tomó tan tremendamente en serio, ¿es estimada todavía en todo su perenne valor? ¿Y el concepto de la cercanía de Dios en el sacramento y el de la pureza de espíritu? No se trata de que escuchemos o leamos muy poco sobre materia religiosa, sino de que recibimos demasiado, y ese caudal de conocimientos nos resbala por la piel del alma, insensible y encallecida de tantas impresiones, sin calar en profundidad.”

Respuesta: Sólo el secreto de los santos puede producir aquí un cambio.

Quinta inquietud:

“La liturgia de Navidad dice de la Sma. Virgen que ella es como un campo de labranza que acogió el suave rocío de Dios. El hombre de hoy se ha colocado una coraza pétrea en torno de su alma para protegerse del aguacero de palabras y manipulación. Nada cala ya en lo profundo.”

Respuesta: Sólo el secreto de los santos puede producir aquí un cambio.

Sexta inquietud:

“Hace tiempo que algunos pastores y laicos de amplias miras se han dado cuenta, alarmados, de esta situación. E intentan salirle al paso recurriendo a grupos de diálogo, a jornadas de formación y a la colaboración en la tarea de la educación popular. Su trabajo es esforzado y meritorio, pero tampoco ellos logran imponerse frente a la estructura del hombre masificado y del hombre-película. Temas realistas y serios encuentran poco eco cuando exigen una labor tranquila y árida. Me refiero sobre todo a aquellos temas que, al cabo de 16 años de seguir una línea puramente religiosa, sería hoy doblemente necesario tratar.

Nuestro estamento de dirigentes, nuestros hombres de la clase culta y de la trabajadora deberían apuntar hacia esas verdades de la ética cristiana y volver a hacerlas suyas, con claridad y sobriedad. Y digo expresamente 'hacerlas suyas', no sólo conversar sobre ellas."

Respuesta: Sólo el secreto de los santos puede producir aquí un cambio.

Séptima inquietud:

"Por favor, no me entiendan mal. No acuso a los meritorios organizadores ni a los esforzados oradores; más bien me quejo de que la afición a lo sensacional del hombre-película se ha convertido ya en un animal de rapiña tan poderoso que incluso está saqueando nuestro propio ambiente; nos persigue hasta dentro de las sacras moradas de la religión.

En efecto, superiores de órdenes religiosas les podrán confirmar que el espíritu de soledad, de contemplación de las realidades eternas, está amenazado hasta dentro de los monasterios de clausura. Los miembros más jóvenes de dichas órdenes ya no saben más cómo integrarse a una liturgia silenciosa, cómo abordar la meditación; asaltan a sus superiores con pedidos de introducción de liturgias comunitarias y dialogadas, de ampliación de las liturgias comunitarias más allá de la medida acostumbrada... ¡Tan difícil se le ha hecho al hombre de hoy estar a solas consigo mismo!"

Respuesta: Sólo el secreto de los santos puede producir aquí un cambio.

Octava inquietud:

"Desmesurado interés por lo sensacional... ¿Qué sacerdote no se ve acosado casi diariamente por preguntas acerca de apariciones de la Virgen, profecías sobre grandes juicios divinos, anuncios de grandes conversiones y milagros políticos e introducción de nuevas devociones? ¡Y guay de él si se resiste a creer cabalmente en ello! ¿Qué boletín parroquial no se ve una y otra vez constreñido a ocuparse de tales temas gastando así tiempo y papel que podría emplear en cosas mucho más importantes? ¿Se manifiesta aquí realmente una inquietud religiosa? ¿O se trata más bien de hambre de sensacionalismo, característica del pobre hombre-película de nuestra era de masificación, sobrestimulado en su sensibilidad?"

Respuesta: Sólo el secreto de los santos puede producir aquí un cambio.

Novena inquietud:

"Este proceso avanzará más rápidamente aún cuanto más se vayan disolviendo los antiguos órdenes culturales tradicionales. Ya ha afectado la unidad familiar, el matrimonio y su indisolubilidad, el respeto por la sexualidad. Y está atacando el ámbito rural, alcanzando hasta la más remota familia campesina, atomizando así cada vez más todo el pueblo. De esa forma desaparece, en un nivel muy profundo, el acervo de nuestra Iglesia. Se trata de una pérdida mucho más grande que la que acarrea el empobrecimiento material de la Iglesia o el desplazamiento geográfico de las confesiones. Porque aquí se está desplazando los fundamentos mismos."

Respuesta: Sólo el secreto de los santos puede producir aquí un cambio.

Décima inquietud:

“Antes de 1914 era de hecho una realidad insignificante. Hoy las cosas son diferentes. La Primera Guerra Mundial llevó a muchos hombres a vivir durante años en campamentos. Esta tendencia no cedió luego de 1918, sino que se fue acentuando, hasta dispararse a partir de 1933. Los hombres fueron puestos en campamentos: campamentos de trabajo, cuartel; campamento de guerra y de trabajadores; campos de concentración; campamentos de prisioneros, de refugiados, de mineros, de jóvenes, de vacaciones, de niños, etc.

Una parte muy considerable de la población tuvo que vivir durante muchos años – o vive aún – en situación de campamento, vale decir, una forma de vida en la cual el individuo sucumbe a un sistema ya preestablecido; en la cual su personalidad desaparece debajo de un número; en la cual duerme en un gran pabellón sobre un primitivo camastro; en la cual el único pertrecho personal que le queda es la escudilla de latón donde recibe su ración de comida.

En todo lo demás tiene que amoldarse; es una pieza diminuta en un gran máquina impersonal. Muchos tuvieron que plegarse contra su voluntad; pocos supieron conservar su autonomía personal. Pero todos, con menor o mayor conciencia, se vieron sometidos al yugo de la masificación.

Casi no hay ámbito de la vida que haya escapado a él. Incluso movimientos políticos y otras organizaciones, que por su esencia misma están en contra de la masificación, operan con todos los métodos de la manipulación de masas: organizaciones gigantes, movimiento de masas, marchas y manifestaciones masivas, incluso peregrinaciones masivas, festivales de recitación coral. Esta sorprendente contradicción se halla incluso en el ámbito eclesial: Trabajamos de hecho con métodos de captación de masas y por otro lado seguimos pensando en la pastoral con las categorías de una plácida cultura familiar.”

Respuesta: Sólo el secreto de los santos puede producir aquí un cambio.

Undécima inquietud:

“La vida en un campamento, el ser absorbido por una gran colectividad organizada racionalmente, repugna a la sensibilidad natural. Por lo tanto el hombre tratará de defenderse de ello. Y al no poder hacerlo abiertamente, se habituará a una doble vida. En la masa se le dice lo que tiene que pensar y decir; se le ordena lo que tiene que hacer. Sin embargo en su fuero interno procura salvaguardar una vida propia, personal, en la medida en que su intelecto y su carácter sean capaces de ello. A la larga sólo pocos lo consiguen. Pero a todos les queda, como marca de la masificación, esa dicotomía entre dos contenidos y dos formas de vida.”

Respuesta: Sólo el secreto de los santos puede producir aquí un cambio.

Duodécima inquietud:

“El abismo será tanto mayor cuanto más refinada sea nuestra cultura. Porque frente a ella el hombre masificado representa un primitivismo aún mayor. En él el hambre de alimentos y el ansia de vivir ocupan el primer plano; más aún, son conscientemente generados y fomentados por los dirigentes. Se reprime, en cambio, toda moción más noble; se reprime el trabajo intelectual personal, la apertura al elevado mundo del espíritu y de lo suprasensible. La sana iniciativa personal acaba por extinguirse. Se piensa tanto en lugar del hombre que finalmente este se olvida de pensar; se le habla tanto que termina repitiendo conceptos como un loro; se le imparten tantas órdenes que por último sólo las ejecuta como una máquina sin responsabilidad.”

Respuesta: Sólo el secreto de los santos puede producir aquí un cambio.

Podríamos continuar repasando cada una de las páginas del *Informe* sobre el Congreso Católico de Maguncia y *meditar sobre todas las inquietudes de la Alemania católica de hoy*. Ora se habla sobre las múltiples formas de desarraigo; ora sobre la crisis de la diáspora y de las misiones; ora se desarrolla cuestiones pedagógicas; ora se toma posición seriamente de cara a problemas sociales y crisis políticas. Las respuestas son muchas y polifacéticas. *Todas las inquietudes planteadas hallan una solución definitiva y esperanzadora sólo en la medida en que se las vincule con el secreto de los santos. A la larga ningún intento de solución que quiera tener posibilidades de éxito podrá prescindir de él. ¡Tan decisiva es la importancia que reviste ese universo vinculado a la idea de la ocupación predilecta de Dios por el hombre y del hombre por Dios! Por otra parte se halla el Informe con su censura fuertemente reprobatoria y duramente condenatoria. En verdad la discrepancia de ambos enfoques es extraordinariamente grande.*

Espontáneamente se plantea entonces la pregunta acerca de una *fundamentación irrecusable*.

El *Informe* justifica su postura aludiendo a la posibilidad y realidad de malentendidos. También llama la atención sobre algunos enojosos fenómenos concomitantes, así como sobre la insignificancia del asunto, del cual se podría entonces prescindir fácilmente...

“Valga citar, por ejemplo, la designación de Schoenstatt como ‘obra predilecta’ u ‘ocupación predilecta’ de Dios y de la Sma. Virgen. Ésta puede ser entendida correctamente, sin embargo es entendida erróneamente por muchos, suena presuntuosa e irritante y por lo tanto debería ser evitada en lo posible, sobre todo teniendo en cuenta que ello no significaría ningún recorte esencial” (pág. 7).

De lo dicho anteriormente se desprende sin más ni más que aquí no se trata únicamente de la cuestión de “designar” una realidad cuya supresión “no significaría ningún recorte esencial” sino de algo fundamental, esencial, a lo cual no se puede renunciar en ninguna circunstancia. En todo caso, más adelante habrá de ser explicado con mayor claridad aún.

El argumento de que “muchos” entienden mal la mencionada expresión lleva a plantear la pregunta acerca de la cantidad y calidad exactas de los “muchos”. ¿Se trata de *especialistas* en el tema? Si así es, para que su opinión sea válida han de ser entonces personas formadas académicamente no sólo en teología y filosofía sino también en psicología y pedagogía; precisamente porque todas

estas disciplinas tienen algo importante que decir en este punto. Para que el dictamen final sea confiable hay que demostrar primero que estos especialistas son capaces de pensar y sacar conclusiones libres de impresiones externas perturbadoras y de la coerción interior producida por susceptibilidades personales.

La era del irracionalismo no ha pasado junto a nosotros sin dejar sus huellas. Para quien conoce al ser humano, todo juicio es dudoso hasta que el crítico haya demostrado su independencia intelectual de interferencias subjetivas. *La gente sencilla, simple*, constituye una excepción en este punto. La experiencia dice que comprende muy bien nuestro lenguaje. Su sano sentido católico no se deja confundir por la violencia que se le hace. No hace falta tomar en cuenta a los de *formación mediocre*.

Así pues en una era de reblandecimiento intelectual, de una confusión generalizada de lenguajes que ha calado incluso en el santuario de la familia, afectando a menudo incluso las expresiones más comunes, no significa gran cosa *que una frase no pueda ser entendida cabalmente o bien suene irritante y presuntuosa*. Al contrario, reviste una gran importancia pedagógica como un despertador que exhorta a aclarar las cosas, especialmente cuando se trata de verdades centrales que por esta vía pueden ser internalizadas de la manera más efectiva.

Por consiguiente la fundamentación del *Informe* debe ser calificada de bastante débil, de insuficiente.

Enseguida surge la pregunta contraria: *¿Con qué argumentos sostenemos nuestra propia opinión?* Al igual que en el caso de la obediencia perfecta, podemos exponerlos a la luz de la espiritualidad

salesiana e ignaciana.

Elegimos estas dos corrientes ascéticas porque presentan las diferencias más fuertes. Cuando ambas coinciden, no hay nada que temer de parte de otros sistemas. En este caso ambas concuerdan con nosotros; ambas rechazan como equivocado el dictamen del *Informe*.

Esto puede decirse en primer lugar de la orientación

salesiana.

Su núcleo - fundado en una imagen de Dios decididamente original - reside en la convicción de que toda persona en gracia es eminentemente una creación y una ocupación predilectas de Dios; de que todo hijo de Dios puede y debe decir: "Dios me ama como a la niña de Sus ojos... ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre..." Y esto vale especialmente para las almas que han sido elevadas al rango de la nobleza dentro de la Iglesia, al estado de perfección.

Según los criterios comunes, podemos suponer que los hijos de Schoenstatt que cumplen sus deberes y viven en el espíritu de Schoenstatt son hijos de Dios. Los sacerdotes y Hermanas de María pertenecen además al estado de perfección. *Por lo tanto todos ellos, siguiendo a San Francisco de Sales, pueden llamarse a sí mismos, y con razón, ocupación y creación predilectas de Dios.*

Lo mismo puede decirse, y por idénticos motivos, de la obra común, de la Obra de Schoenstatt. Más aún, estaremos cumpliendo un ferviente deseo del santo si hacemos que la idea de la ocupación predilecta de Dios y del hombre o de la alianza de amor perfecta y mutua, sea la idea central de nuestra vida y si la cultivamos conscientemente por todos los medios, aún cuando otros piensen distinto y se escandalicen de nosotros... Ya sabemos que él sabía reclamar para sí la libertad de opinión que concedía a los demás.

No hay que olvidar que san Francisco de Sales es un sobresaliente doctor de la Iglesia. Recuérdese asimismo que, por consiguiente, su doctrina - sobre todo en sus lineamientos esenciales - ha sido oficialmente declarada intachable por el magisterio infalible de la Iglesia. *Por lo tanto* - y esto constituye una consecuencia lógica e irrecusable - *las censuras del Informe destinadas a nosotros alcanzan al santo doctor de la Iglesia, más aún, a la Iglesia misma*. Vale decir que la doctrina y el lenguaje de ambos se tildan en este caso de "inusuales y superfluos"; de que "inducen a error y son presuntuosos, peligrosos e irritantes..."

No podemos resistir la tentación de resumir en un breve ensayo la doctrina de san Francisco acerca de la ocupación predilecta de Dios y del hombre. Precisamente porque es tan importante para la vida de hoy, tan decisiva para superar el colectivismo y acelerar la transformación querida por Dios de la Iglesia y de la sociedad y, por otra parte, tan poco conocida, incluso entre los dirigentes católicos conscientes de su responsabilidad.

En este sentido se comprende por qué nos hemos ocupado con tanto detenimiento de la ascética global de san Francisco de Sales y especialmente de su concepción de la obediencia perfecta. Todas las consideraciones hechas en esta área deben ser entendidas, por último, como preparación para las reflexiones que seguirán.

A fin de exponer de modo claro, comprensible y sucinto el vasto material que tenemos ante nosotros, distinguiremos una

fundamentación

relativamente detallada y un breve

desarrollo.

La **fundamentación** tiene que ser abarcadora porque su objetivo es clarificar, explicar, sondear y cimentar todos los principios que, luego, en el desarrollo, habrán de elaborarse a nivel práctico... Para poder resistir toda crítica especializada, dicha fundamentación debe contemplar cuatro aspectos: **teológico, filosófico, psicológico y pedagógico.**

Vale la pena, y mucho, el fatigoso trabajo que de esta manera asumimos. Si aquellos sectores a los que está destinado no lo aceptan, por lo menos servirá a los propios seguidores. En ellos se fortalece la convicción de que nuestras concepciones, exigencias, estructuras y costumbres descansan sobre una base sólida, científica; que son netamente eclesiales; que detrás de todo lo que hacemos hay principios claros, de tal manera que tenemos el derecho de ser tomados en serio por

la Iglesia y sus representantes, por las diferentes líneas de pensamiento y sus correspondientes ramificaciones.

(continuará)

Villa Ballester, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, 24 de junio de 1949.

APÉNDICE

**Cuadro detallado de contenidos
de la primera y la segunda entrega**

Primera Entrega – Bellavista 31 de mayo de 1949

Pág. 2

0

El "problema de Schoenstatt" puede ser contemplado desde *cuatro puntos de vista*:

*dogmático,
jurídico,
organizativo- pastoral y
pedagógico.*

0.1

El objeto de la discusión es Schoenstatt como problema pedagógico. Ampliación del tema: Schoenstatt como símbolo por excelencia del problema pedagógico

Pág. 3

- de los Institutos seculares: Para que dichos institutos sean capaces de desarrollarse y ser fecundos necesitan una legislación y un sistema pedagógico propios. Sometemos con gusto nuestro sistema al debate público.

- de Occidente: Schoenstatt es un espejo de los interrogantes existenciales y vitales de Occidente, pero también un compendio de sus intentos de solución.

de la Acción Católica: Su subsistencia o desaparición dependerá de la respuesta que se dé a la cuestión de cómo lograr una educación acorde a la época.

Pág. 4

Consciente o inconscientemente el *Informe* plantea los interrogantes pedagógicos como una consecuencia de las profundas conmociones sufridas por nuestra cultura, urgiendo a investigar con mayor hondura las leyes más sutiles del ser y de la vida.

Entre el *Informe* y Schoenstatt existen fuertes discrepancias en lo que concierne a las concepciones pedagógicas fundamentales.

Dios exige nuestra participación lúcida y enérgica también en el reordenamiento del mundo de hoy. De esta colaboración es de lo que se trata en la elaboración y en el juicio del *Informe*.

Pág. 5

0.2

Se trata de cuestiones pedagógicas fundamentales y vitales de la época actual, sobre todo de Occidente:

Concepciones fundamentales,
exigencias fundamentales (no tratadas expresamente) y
consecuencias fundamentales (no tratadas expresamente).

0.3

Prestamos la mayor parte de nuestra atención a las concepciones pedagógicas fundamentales.

0.31

Se anticipa tres consideraciones:

- Primera consideración (teórica): Para emitir un juicio sobre el sistema pedagógico hay que tener una visión certera de sus fundamentos metafísicos, cosa de la cual carece el *Informe*.

Pág. 6

- Segunda consideración (teórica): Schoenstatt, en cuanto movimiento original y universal de gracias, ideas y vida, exige tener una visión de conjunto (esfera).

- Tercera consideración (práctica): Hasta ahora no hemos alcanzado la meta pedagógica propuesta: la personalidad libre.

Dos razones:

- - General: Naturaleza afectada por el pecado original y la altura inalcanzable de las metas.

Pág. 7

- - Particular: Novedad de la meta pedagógica.

0.32

Las concepciones pedagógicas fundamentales del *Informe* son, en la medida en que se diferencian esencialmente de las nuestras, de tipo

religioso-pedagógico (objetivos y métodos pedagógicos),
religioso-psicológico (esencia y efectos de la vinculación, en especial de su forma filial) y
religioso-filosófico (libertad y autonomía en general, particularmente de los institutos de laicos).

A. Sobre el objetivo religioso-pedagógico y el método (pág. 91)

1. Objetivo religioso-pedagógico: "Hombre nuevo en la comunidad nueva."

En un primer momento el *Informe* valora positivamente nuestro objetivo.

Pág. 8

Luego formula una restricción y crítica: Masificación a un nivel superior, a partir de una obediencia ciega y despojada de voluntad propia.

Nuestra tesis: Justamente esto es lo que nosotros estimamos como ideal de todos los institutos seculares, e ideal del hombre católico que vive en comunidad. Éste, practicando la obediencia ciega y despojada de voluntad propia - iluminada por la fe en la Providencia y animada por el amor - descubre la realización más elevada y la fuerza más creativa de la personalidad cristiana libre.

Para una mayor comprensión, dos comentarios:

Sobre la historia de ese ideal (pág. 8) y sobre la modalidad y grado de su arraigo en Schoenstatt (pág. 13).

1.1

Sobre la historia de este ideal:

- Enseñanza y vida de Jesús (vid y sarmientos, "El que a ustedes escucha...", obedecer hasta la muerte); enseñanza de San Pablo ("Se te dirá...", obediencia de fe).

Pág. 9

- Tradición de la Iglesia: Schoenstatt en consonancia con Santo Tomás y San Agustín. Ejemplo: Vinculación interna entre obediencia y formación de la personalidad según *La piedad instrumental*.

- Enseñanza y vida de los fundadores de órdenes religiosas, especialmente la concepción de obediencia de San Ignacio. Acentuación de la vinculación personal al superior (*Stabilitas personae*).

Pág. 10

San Ignacio va más lejos que el *Informe*. Para él es evidente que el superior no debe ser contemplado con ojos puramente naturales, sino siempre a la luz de la fe, de la fe en la Divina Providencia.

Pág. 11

Por respetuosa fidelidad a la tradición y profunda comprensión de nuestra misión para la época actual hemos hecho nuestra esta concepción de la esencia, importancia y fecundidad de la obediencia ciega y despojada de voluntad propia, dándole una impronta moderna.

Hecho,
motivos y
dificultades.

1.21

El hecho del arraigo de ese ideal en Schoenstatt:

Predicamos,
exigimos
y vivimos la obediencia perfecta.

1.21.1

Predicamos la obediencia perfecta

La esencia de la obediencia perfecta (según *La santidad de la vida diaria*).

Pág. 12

La obediencia cristiana no se inclina ante el hombre, sino ante Dios que está en el hombre. Por eso la obediencia no forma hombres masificados, sino personalidades fuertes, desasidas de su propio yo, llenas de Dios.

En los ámbitos de Iglesia se sostiene teóricamente esta concepción, pero en la práctica es negada con frecuencia. (Herejías de la vida cotidiana).

Pág. 13

Causas de tal situación:

- Separación mecanicista entre causa primera y causa segunda.

Se conoce y se vive muy poco la ley de la transparentación de todo hombre en estado de gracia, de toda creatura y del orden de la sexualidad.

Hoy nos quejamos del sentimiento anticlerical reinante, pero nos olvidamos que su raíz metafísica es precisamente esa escasez de espíritu de fe. El espíritu de fe y la obediencia católica están inseparablemente unidos. Se relacionan entre sí como causa y efecto. (Queja del P. Eberschweiler).

Pág. 14

- El idealismo filosófico, siguiendo la "ley del péndulo" que rige las corrientes culturales, suscitó un vitalismo extremo; lo convocó a la liza y le facilitó la toma del poder.

Para librarse de ambos peligros: Dar lugar a un pensamiento y una concepción de la vida orgánicos; una visión de conjunto que, respetando la ley de la transferencia y de la transposición orgánicas, sea capaz de restablecer la unidad - en la tensión y en la armonía - entre religión y vida, entre causa primera y segunda, entre naturaleza y gracia, entre fe y ciencia.

Pág. 15

En el reino de la vida espiritual, moral y religiosa la negación o no observación de esta ley es algo tan peligroso como una bomba atómica.

El *Informe* no logra comprender correctamente esa ley. De ahí sus juicios erróneos...

Todos los que destruyen la unidad interna de la vida son, consciente o inconscientemente, precursores del bolchevismo en el ámbito católico.

Ambigüedad del alma germánica (observaciones de Ivo Zeiger).

Pág. 16

Consecuencias del pensar mecanicista:

- Efecto insuficiente del Movimiento Litúrgico e
- infecundidad de la consagración a María en Alemania.

La entrega total - así se dice - sólo debe realizarse directamente a Dios. Pero no se advierte cuán extraordinariamente mecanicista es esta concepción; de qué manera extrema atomiza, nivela, vacía y empobrece; cuánto contradice a toda la tradición cristiana. Cuando no se reconoce una entrega total a la Sma. Virgen, también parece imposible una obediencia realmente ciega y despojada de voluntad propia.

Presentación de nuestra obediencia (según *La santidad de la vida diaria*)

- Obediencia de ejecución,
- obediencia de entendimiento (= ciega).

Se exige una predisposición: La fe práctica en la Divina Providencia.

Pág. 17

Cuatro actitudes de obediencia:

- Actitud fundamental: Lo que se nos manda es justo.
- Respetuosa franqueza.

- Amortiguar la luz del entendimiento natural y dejar resplandecer la luz de la fe.
- Cuando, más tarde, la persona pueda decidir por sí mismo: juicio propio.

1.21.2

Exigimos la obediencia ciega

Pág. 17

Citas de tres documentos auténticos de las Hermanas de María que dan fiel testimonio de ello.

Pág. 20

Los actos de entrega al padre son una renovada decisión - reiterada, voluntaria y hecha en el marco de la pedagogía del movimiento - por la obediencia frente al Cabeza de Familia y frente a toda autoridad regular. Una Familia que cultiva el mínimo imaginable de vínculos jurídicos depende de tales corrientes.

Pág. 21

Decisivos son los principios de la pedagogía de movimiento y de la pedagogía de confianza. El *Informe* aplica los parámetros de la pedagogía de estado y por eso no ve la situación con claridad.

El desarrollo futuro del mundo, en el cual habrá que contar continuamente con situaciones cambiantes y no con formas fijas, necesita pedagogía de confianza y de movimiento. Y también lo necesita la Iglesia.

1.21.3

Vivimos la obediencia perfecta

Argumentación positiva y argumentación negativa.

1.21.31

Argumentación positiva:

- **Premisa:** fuente e indicador de la obediencia perfecta es el espíritu de fe que se pone especialmente de manifiesto en la fe práctica en la Divina Providencia. El espíritu de fe es para nosotros la luz que todo lo transfigura, que nos revela nuevas dimensiones, que hace que todo cobre una admirable transparencia: mundo y hombre, defecto y pecado, fortuna y desgracia, las cosas creadas, las realidades de la sexualidad... Las Hermanas vivieron en esta atmósfera; la visitación las arrancó de ella.

Pág. 22

Las cuestiones planteadas fueron sometidas a revisión:

- - La práctica penitencial: Sólo a una sensibilidad enfermiza podría ocurrírsele que con esta práctica el alma podría ser herida como (si fuese pisoteada) por pesados zapatos erizados de clavos. Si se contempla la realidad bajo la luz sobrenatural jamás se formaría una opinión como esta. Resultado de la revisión: Un nuevo 'sí', unánime y cálido, a nuestra práctica, tal como ha venido siendo hasta ahora y para siempre.

- - Otras cuestiones fundamentales.

Pág. 23

La fe práctica en la Divina Providencia arroja luz sobre muchos enigmas y misterios de la vida diaria. Originalidad de nuestra fe en la Divina Providencia:

Pág. 24

Acento en la autonomía, la reflexión personal y la contemplación anticipada e indagadora de lo que vendrá. Sin esta marcada fe en la Divina Providencia el mundo de hoy no se podrá reencontrar con Dios.

- Presentación de la obediencia:

- - El primer acto que se desprende de esta visión sobrenatural es, según *La santidad de la vida diaria*, ponerse naturalmente a disposición de los deseos y la voluntad de los superiores. El subordinado considera desde un principio, sin mayor reflexión ni análisis, que las órdenes son correctas y se aboca a su cumplimiento sin preocuparse más...

Testimonios epistolares.

Pág. 26

- - Otro elemento constitutivo de la obediencia perfecta es la franqueza respetuosa, que ha de ejercitarse oportunamente cada vez que se presenten objeciones serias en relación con una orden o modo de proceder del superior.

Sin un cultivo cuidadoso de la franqueza, a la larga no será posible el cultivo de la pedagogía de movimiento y de confianza. No es fácil hallar siempre y en todas partes el justo medio. Hay tensiones entre respeto y franqueza, entre respeto y docilidad. El psicólogo considera como naturales tales oscilaciones y el pedagogo sabe valorarlas y tratarlas correctamente. Las dificultades radican en el educador y en el educando.

Cita de fragmentos epistolares a modo de ejemplos de franqueza.

Pág. 27

“Por lo demás considero y trato siempre como supremo gesto de confianza el hecho de que los que me fueron confiados sean sinceros conmigo, sin reservas...”

- - En las explicaciones anteriores se ha considerado suficientemente los restantes elementos que entraña la perfecta obediencia.

La impronta característica de nuestra Familia de Hermanas es el amortiguar la razón puramente natural y hacer resplandecer con extraordinaria fuerza la luz de la fe.

Pág. 28

En la Familia no falta, en ninguna parte, la disposición y la docilidad heroicas. Tampoco cuando el parecer personal no vaya a la par de las disposiciones y exigencias de las superiores.

El *Informe* admite este hecho, sólo que lo interpreta como falta de libertad y seguridad interiores, de juicio autónomo y fuerza de carácter.

Nos confrontamos con este parecer realizando una

1.21.32

argumentación negativa

- En general:

Asombro ante la divergencia de opiniones existente entre el *Informe* y Schoenstatt. El asombro aumenta cuando se toma conocimiento de que aquí estamos, en pequeña escala, ante un episodio de la tremenda lucha que se libra en la actualidad en el campo de las corrientes de pensamiento... de que para la situación mundial el desenlace de esta contienda entraña un significado mayor que el de todos los cruentos conflictos armados; más aún, de que estos últimos sólo tendrán sentido o no en función de dicho desenlace. Así interpreta el psicólogo la historia...

Pág. 29

Por su parte, el teólogo, al reflexionar sobre la historia, sabe, por la fe, que por último Dios lleva a cabo victoriosamente su plan salvífico.

La mentalidad global del *Informe*: Forma típica del pensar mecanicista; en él se detecta los síntomas de la enfermedad del declinante Occidente cristiano.

Por el momento, contracorrientes eficaces sólo pueden partir de pequeños círculos. La disolución de la vida ha alcanzado a todos los ambientes - también al eclesial - de un modo tan devastador que por ahora no se debería esperar una contracorriente masiva o una reforma de grandes proporciones. De ahí la necesidad de levantar murallas protectoras indestructibles y lograr un

eficaz aislamiento, sin perjuicio de la apertura y contacto con el mundo y manteniendo la docilidad a la Iglesia.

La superación del colectivismo es la gran tarea de este siglo. Y no podrá llevarse a cabo sin un cambio radical de la mentalidad mecanicista que todavía hoy predomina en los ambientes de la dirigencia católica alemana.

Pág. 30

Aun cuando nos libráramos de las amenazas del poderío bélico colectivista, no escaparemos sin embargo de la confrontación ideológica. Nuestros dirigentes no deben rehuir el combate contra él. Si los contendientes se atienen al consejo de San Agustín: *interfícite errores, diligite errantes*, la confrontación no perturbará la mutua relación de confianza. Al contrario, aumentarán el respeto y la benevolencia.

La tarea de Schoenstatt fue, desde el principio: superar el colectivismo, especialmente a través de la pedagogía de vinculaciones. La aplicación práctica de esta última se orienta según la receptividad y disposiciones del individuo, de cada tipo humano y sexo. De manera natural esta pedagogía logró su realización máxima entre nuestras Hermanas de María.

Durante más de veinte años se cultivó cuidadosamente la disposición femenina instintiva al pensamiento circular, su inclinación espontánea a contemplar en lo posible todas las cosas integrándolas unas en las otras y unas con las otras, y representarlas simbólicamente. Este cultivo se llevó a cabo en contraposición consciente a la usual educación masculinizada de mujeres y chicas.

A la manera de pensar masculina - que estructura su pensamiento piramidal y modularmente, y que por lo común percibe fragmentariamente las cosas, unas junto a las otras y unas tras otras - este estilo de pensar de la mujer le resulta incomprensible, en particular cuando la mentalidad masculina no ha superado todavía el idealismo filosófico.

La idea de obediencia del *Informe* se esfuerza en balde por lograr una visión orgánica de conjunto de la tradición cristiana.

Pág. 31

- En particular:

(Confrontación con tres pasajes del *Informe*)

Primer pasaje:

“Ciertamente el padre tiene derecho a la obediencia incondicional de parte de sus hijos en todo lo que sea bueno y justo” (pág. 8).

Esta aserción correcta es aplicada erróneamente por el *Informe*. Lo que es bueno y correcto lo dice la conciencia considerada como voz de Dios; voz que no sólo nos habla mediante iluminaciones y

mociones interiores, sino también mediante normas - tanto leyes naturales como leyes positivas divinas y humanas - y mediante el deseo y la voluntad de los legítimos superiores. Pero en la práctica la norma concreta definitiva es la expresión de la voluntad del superior, que representa a Dios. Esto vale para toda autoridad legítima, no sólo para la episcopal.

Pág. 32

La gran ley de hacer que todas las cosas creadas, incluyendo las atinentes a la sexualidad, transparenten la realidad sobrenatural está tan arraigada en nosotros que únicamente tomando dicha ley como base se nos podrá comprender en todo lo que hacemos o dejamos de hacer. Con el auxilio de esta luz sobrenatural sabemos lo que se le debe a cada autoridad de la Familia, especialmente a su cabeza.

Todos los otros intentos de interpretación mencionados no tienen razón de ser. Tampoco la referencia hecha a la persona del director: Desde 1941 éste ha estado casi permanentemente ausente, se colocó conscientemente en un segundo plano y dio ejemplo de auténtica autoridad.

El *Informe* procura colocar la autoridad jerárquica del obispo, sobreacentuada, en un primer plano. Y ello a costa de toda otra autoridad. Cuestionable: Una vez que se desdibuja o desplaza el fundamento metafísico de la obediencia, tarde o temprano toda autoridad - también la del obispo y la del Papa - se verá involucrada fatalmente en ese proceso de disolución.

Pág. 33

Respuesta a la objeción del *Informe* de que las Hermanas habrían sido 'instruidas' para la visitación antes del anuncio oficial.

Pág. 34

Nuestra meta: Apertura irrestricta; nuestro método: adaptación prudente.

Pág. 36

El *Informe* atribuye la docilidad de las Hermanas a una falta de autonomía y de libertad interior.

Respuesta provisional: Quien por principio equipara obediencia perfecta con una masificación a un nivel superior, difícilmente podrá esperar ser reconocido como juez imparcial en cuestiones prácticas de fondo.

A esto se agrega que la vida y la obra de nuestras Hermanas que están en el extranjero dan testimonio de lo contrario.

Pág. 37

El *Informe* argumenta sobre los actos de entrega al Padre.

Respuesta: No se trata de los actos de entrega al Padre en sí, sino de su cantidad - Error de la dirección zonal.

Objetivo de la pedagogía de movimiento: impulsar a la toma de decisiones mediante crisis que surgen espontánea o son provocadas intencionalmente. Tales "crisis" son expresión y medio para alcanzar la autonomía en el juicio, la vida y la acción.

Pág. 38

Segundo pasaje:

"En determinadas circunstancias se puede hablar incluso de obediencia ciega."

Respuesta: La obediencia católica - tal como ya se ha expuesto - es siempre ciega.

Tercer pasaje:

"Pero esperar de los hijos una dependencia total y degradarlos a la condición de ser instrumentos despojados de voluntad propia en manos de un hombre, es, decididamente, ir demasiado lejos."

In abstracto la frase es correcta.

In concreto, vale decir, aplicándola a la situación práctica que se enfrenta, supone que nosotros entendemos y ejercitamos la obediencia en forma pagana, vale decir, separando a Dios del hombre. Y esto contradice la verdad.

El *Informe* menciona tres motivaciones inferiores:

- Creer en la infalibilidad personal del cabeza de Familia,
- temor y
- filialidad primitiva

Pág. 39

Primera motivación: Creer en la infalibilidad personal del cabeza de Familia.

Infalibilidad corresponde, en sentido estricto, sólo al Santo Padre, y en ese caso sólo bajo condiciones muy determinadas.

Infalibilidad en sentido figurado es parte del concepto católica de obediencia. Visto a la luz de la fe, el superior es depositario de una fiabilidad que tranquiliza y, el que obedece, de una seguridad perfecta.

Si se quiere hablar en términos absolutos, se puede llamar a esa fiabilidad y seguridad una especie de infalibilidad.

- La fiabilidad o confiabilidad del superior y de sus medidas se suponen en principio como algo evidente.

Al superior se lo considera fiable y digno de confianza aún cuando no se vean con claridad las razones y el sentido de las medidas que tome, incluso cuando se deslicen en ellas torpezas y graves errores. La fe en la Divina Providencia le infunde al subordinado la convicción de que también detrás de ello está Dios con su voluntad que dispone y permite.

Pág. 40

Testimonios de San Francisco de Sales, San Bernardo y San Ignacio.

- Es opinión general de los santos y maestros de espiritualidad que a la confiabilidad del superior - contemplado éste a la luz de la fe - y sus disposiciones, corresponde la seguridad y el aseguramiento del subordinado a través de la obediencia.

Segunda motivación: Temor

Timor serviliter servilis debe ser rechazado como moralmente inaceptable.

Timor reverentialis o filialis es una valiosa meta pedagógica.

Así como Dios es amado como el Amor Eterno y temido como la Justicia Infinita, también su imagen, su representante, puede y debe ser no sólo amado sino incluso temido.

Desde el punto de vista psicológico, el amor presenta dos líneas: una que va y otra que vuelve. Se designa respeto a la línea que vuelve, signada por el estremecimiento ante la grandeza ajena. La línea que va es la entrega, signada por un fuerte ardor (*La santidad de la vida diaria*)

Pág. 41

El *Informe* se refiere en dos lugares a la motivación del temor. En el primero se dice:

- Primer pasaje: El Padre ocuparía en la Familia un puesto que domina todo y ello generaría continuo temor de hacer algo equivocado; incluso la Madre sería un mero órgano ejecutivo del Padre.

Respuesta: El derecho de la madre está elaborado y codificado según el ejemplo de la familia natural. Cabeza y corazón. Para superar el colectivismo necesitamos realzar y revitalizar el derecho parental, especialmente el del padre.

Hemos elaborado con sumo cuidado la plenitud de poderes del derecho del padre, tanto en su amplitud como en sus límites. En razón de que la Familia en su conjunto posee una gran movilidad y escasos vínculos jurídicos - algo sin parangón -, en nuestro caso es necesario que el poder central en manos del padre esté fuertemente desarrollado.

Pág. 42

El mismo principio que determina la relación de tensión entre centro y periferia, exige y justifica - como en el caso de los jesuitas - una marcada plenitud de poder, si bien moderada y limitada. Atacarla significa remecer los cimientos de todo el edificio, especialmente cuando se trata de comunidades femeninas con una originalidad específica.

La Familia de las Hermanas de María es de una sola pieza. Por eso se puede decir de ella: *sint ut sunt aut non sint...* Quien arranque o afloje alguna parte esencial, se convertirá en sepulturero. Puede, si se siente llamado a ello, construir otro edificio ajustándose a otras leyes y con otras estructuras. Pero no serán Hermanas de María de Schoenstatt.

Es signo de una sano sentimiento de vida y expresión de una relación mutua ideal cuando los hijos de una tal Familia - tanto los que comparten la labor de guiar como los que son guiados - no pueden dejar de experimentar una cierta preocupación acerca de si cumplen el deseo del Padre, de si actúan según su espíritu, de si gobiernan y se dejan guiar según sus principios.

Pero esto no excluye que en algunos casos el *temor* adquiera otras dimensiones.

Pág. 43

Una sana educación sabe cultivar el temor como afecto básico de la naturaleza. Y un arte de gobernar lúcido sabe ponerlo a su servicio.

Si el *Informe* pretende que se tome literalmente su afirmación, entonces esta debe ser rechazada como no verdadera.

- Segundo pasaje: La sinceridad para con los superiores conduce a *Informes* teñidos de subjetividad, originándose así entre las Hermanas de María un temor generalizado a la denuncia.

Práctica de los jesuitas: Todo miembro otorga a sus cohermanos el derecho de informar sobre sus faltas a sus superiores. Protección esencial de la personalidad "itinerante" y de la comunidad "itinerante".

Los intereses personales pasan a un segundo plano cuando el bienestar de la Familia exige tal sacrificio.

Hemos adoptado una práctica similar.

Una experiencia de años señala que no pocas hijas de la Familia tienen la necesidad de ser conocidas por sus padres de la manera más perfecta posible para no aparecer ante ellos mejor de lo que se es, y de ese modo ser puestas al servicio de la Familia en el lugar correcto.

Temor de no darles a los padres la alegría que uno quisiera debido a las propias faltas y debilidades es algo no despreciable, incluso ideal.

Cuando falta amor para impulsarse hacia el ideal, el miedo puede suplir lo faltante. Estos son procesos de vida que se hallan en todas las comunidades, también entre los jesuitas.

No se puede hablar de un temor generalizado a la denuncia entre las Hermanas.

Es equivocado pretender erradicar ese temor. Ningún fundador de orden religiosa estaría de acuerdo con ello. Sin embargo hay que velar para que no se hagan falsas comunicaciones hacia arriba.

Pág. 45

Tercera motivación: Filialidad primitiva.

Aquí reaparece el antagonismo entre manera de pensar orgánica y mecanicista en el plano del ser, de las exigencias y de las consecuencias. Y se pone de manifiesto de un modo más drástico, plástico y palpable que en el caso de la obediencia.

- Dos razones:

- La filialidad constituye un tema psicológico (de ahí que se le reserve un estudio especial cuando se haga la confrontación religioso- psicológica de ambas mentalidades).

- Jesucristo la presenta como meta educativa supratemporal, que se manifiesta como el remedio por excelencia para la catástrofe de hoy.

Todos los movimientos de renovación no lograrán su objetivo si no contribuyen seriamente - cada uno según su estilo - en la empresa de superar la manera de pensar mecanicista. Esta última impide que la gracia divina cale profundamente en el alma, porque perturba y destruye el órgano vivo e integral que permite captar todo lo divino y lo grande.

Pág. 46

El *Informe* ha motivado una mirada sobre el taller pedagógico de Schoenstatt. Y esta mirada descubre, desde la perspectiva de la obediencia perfecta, el ideal del hombre católico que vive en comunidad y que no tiene nada que ver con un hombre masificado a un nivel superior.

1.22

Los fundamentos de nuestro objetivo:

Los institutos (de Schoenstatt) son una forma

marcada
original y
acorde con el tiempo actual

de los institutos seculares.

Se trata de la relación interna con la concepción de obediencia expuesta.

1.22.1

¿Qué tiene que ver el carácter marcadamente secular de un instituto con la obediencia perfecta?

1.22.11

Los institutos seculares pertenecen al estado de perfección.

Pág. 47

La idea de la perfección entraña esencialmente la idea de la obediencia perfecta. Los institutos seculares aspiran naturalmente a ese ideal.

1.22.12

El segundo aspecto radica en la novedad de nuestros institutos. Ellos buscan encarnar los elevados ideales de las órdenes religiosas, pero sin los probados medios auxiliares (hábito, clausura, *vita communis*). Un sustituto realmente válido de ello debe incluir - y en alto grado - dicha obediencia.

Los institutos necesitan:

Una meta claramente definida y

Un método pedagógico desarrollado con originalidad.

- Meta clara:

Las nuevas órdenes que no elaboraron un claro ideal de orden que las encendiera y mantuviese unidas, no lograron tampoco una plena fecundidad. Los institutos deben aprender de ello.

Desde 1912 tenemos un ideal claro. Hoy el catolicismo en su conjunto lucha por el mismo ideal: por el hombre nuevo en la comunidad nueva, por el santo de la vida diaria, por el humanista cristiano moderno.

Pág. 48

(Cita del Cardenal Suhard).

Pág. 49

- Un método pedagógico de nítido perfil:

Desde el principio hemos procurado plasmar una pedagogía capaz de formar hombres nuevos en una comunidad nueva para el tiempo nuevo. En esa misma dirección apuntan hoy las aspiraciones de toda la Iglesia. Así nació nuestro sistema de la pedagogía de ideales, de vinculaciones, de confianza y de movimiento.

Los institutos están llamados a realizar una labor de exploradores y pioneros con mira al logro de una nueva ascética y pedagogía laicales: Clamor por un cierto desprendimiento de formas de piedad que tuvieron su origen en las celdas monásticas.

(Extracto de una carta pastoral del episcopado norteamericano).

Pág. 50

El futuro habrá de mostrar si hemos cumplido las expectativas.

1.22.2

Carácter secular original

Nuestros institutos tienen los mínimos vínculos que es posible imaginar. Obligación de fidelidad (que puede ser retirada en todo momento por el miembro luego de transcurridos tres meses de haber comunicado su intención de rescindir el contrato) y promesa de obediencia. Esta última debe cumplir la función que entre los religiosos desempeñan los votos habituales. Esto sólo es posible cuando la obediencia se practica de manera especialísima.

Pág. 51

1.22.3

Carácter secular acorde con la época actual

Nuestra época necesita comunidades en las cuales se encarne, junto con el ideal de un dirigente anclado en Dios, el ideal de un seguimiento perfecto con obediencia perfecta.

Hemos tratado de dar una respuesta en esa línea. Pero amplios sectores no han entendido los signos y señas de Dios.

Esta pasividad facilita las cosas al diablo. Este, sin ser molestado, abusó de la gran idea y designio de Dios: dictadores, esclavitud. La Iglesia debe responder a la llamada de Dios formando comunidades que se agrupen con obediencia perfecta en torno de su Cabeza. Sólo entonces habrá comprendido el sentido positivo de la época...

1.23

Respuesta a otras dificultades que señala el Informe relacionadas con la cabeza de la Familia.

Pág. 52

Dificultad principal del *Informe*: Ni los miembros de la Familia, ni mucho menos el mismo P. Kentenich, deberían colocar la persona del Padre en el primer plano o en el centro, hasta el punto de que la gente se sienta repugnada (al recordar métodos similares aplicados en épocas muy recientes de la historia alemana).

A ello se brinda una respuesta

positiva y una negativa.

1.23.1

Respuesta positiva: Hechos históricos.

Desde el principio el director tuvo en sus manos los hilos de la Familia, tanto del círculo más íntimo como del más amplio, gracias al cultivo de un contacto directo y personal. Así, de modo no reflexivo, natural, se gestó una conciencia de familia que unía a todos los miembros con la cabeza de una manera sencilla e ingenua, sin que se hablara mucho de ello...

De acuerdo con sanas leyes de desarrollo, todo cambió cuando la Familia se consolidó y maduró en su fuero interno y experimentó asimismo un fuerte crecimiento hacia afuera, de tal manera que pudo gobernarse adecuadamente a sí misma:

Se perfeccionó su organización y descentralización. Este proceso entrañó y requirió, por un lado, que el director pasase más fuertemente a un segundo plano (en el área de sus vinculaciones personales) y a un primer plano (el de la vida pública de la Familia).

Pág. 53

Esta reorientación podía ser lograda por dos caminos: por vía de un acto oficial de gobierno y por vía de (la pedagogía de) movimiento. Se eligió esta última.

Así surgió la corriente del Padre o de autoridad, cuya culminación fueron los actos de entrega al padre.

Afirmándose en este mismo principio metodológico, desde enero de 1949 el director dio cabida a otra corriente que no partió de él sino de los otros institutos: la corriente de membralidad o de seguimiento, cuyas fuerzas impulsoras e ideas directrices no provenían de las Hermanas.

El director había hecho autónomo a cada instituto, de tal modo que ya no tenían ningún vínculo jurídico con él. Ventaja de la independencia - peligro de la disgregación. De ahí el reconocimiento de una cabeza común que en el marco de toda la Familia asume un lugar de confianza sobresaliente y ofrecido voluntariamente.

Pruebas tomadas de los textos del 20 de enero de 1949:

Oración de consagración de los Sacerdotes Diocesanos de Schoenstatt,

Pág. 56

Fragmento de la conferencia en ocasión de la consagración.

Pág. 58

Así pues el director está presente en la conciencia de la Familia bajo dos aspectos:

- En primer lugar como director momentáneo de las Hermanas de María. En su calidad de tal no posee ni quiere poseer derechos de los cuales no puedan ser depositarios en igual medida sus futuros sucesores.
- Como cabeza libremente elegida de todos los institutos y que ocupa un expreso lugar de confianza, tiene una influencia que es única.

Exposición detallada para la cual se toma como base una carta privada dirigida a un colaborador, con fecha 22 de enero de 1949:

Pág. 59

“Distinguimos una triple asimilación existencial: asimilación existencial del 18.10.1914, del 18.10.1939 y del 18.10.1944 (como culminación de los acontecimientos en torno del 20.01.1942).”
... “Cuida de que en este punto se considere siempre como representantes simbólicos de toda la Familia no sólo mi persona sino la comunidad correspondiente.”

“El traspaso de amor consiste no sólo en el traspaso del amor hacia el Dios Trino sino también, y especialmente, en el traspaso del amor hacia los demás. Este profundo estar espiritualmente el uno en el otro, para el otro, a través del otro y con el otro, constituye el núcleo de la comunidad.”

Pág. 60

Ola de obediencia: darle su debido lugar a la autoridad correspondiente. Hacerlo con una actitud de muy firme responsabilidad en el cultivo del estar para el otro, con el otro, a través del otro y en el otro. *“En este sentido yo mismo me considero un símbolo de toda autoridad legítima en la Familia, ya se trate de mi sucesor, o bien del principio parental derivado... Por eso destaqué... que desde el punto de vista jurídico yo personalmente no quería tener ningún derecho que no tuviese también mi sucesor.”*

Pág. 61

“Tú y un pequeño círculo han calado más profundamente en la estructura fundamental del 20 de enero. De ese modo han desplazado el punto de vista en la dirección de la incorporación y así dieron al concepto ‘cabeza – miembros’ una interpretación distinta de la que yo le diera al

comienzo. Cabeza es para ustedes ahora equivalente a cabeza supratemporal y eterna, no a cabeza correspondiente a un tiempo determinado."

1.23.2

Respuesta negativa:

Breves respuestas a ocho dificultades presentadas en el *Informe* en relación con la cabeza de la familia.

Pág. 64

De este modo hemos tomado posición en relación con todos los puntos esenciales que contiene el *Informe* en cuanto a los objetivos religioso - pedagógicos. En esta labor la pluma ha estado siempre guiada por el amor a la Iglesia y la preocupación por la actual catástrofe mundial.

Dios mismo está marchando a través de nuestro tiempo. Parece que quiere poner orden primeramente en su propia casa. La historia habrá de mostrar quién lo ha comprendido correctamente.

Pág. 68

Segunda Entrega – Villa Ballester, Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, 24 de junio de 1949.

1.24

En las exposiciones hechas hasta aquí hemos realizado una presentación general de la obediencia perfecta según la visión católica, pero en lo particular nos hemos ceñido fundamentalmente a la obediencia de cuño ignaciano. Pero también existen las espiritualidades benedictina, franciscana y salesiana. Si queremos que nuestro estudio sea confiable y completo, deberíamos confrontarnos también con tales espiritualidades y el lugar que ocupa en cada una de ellas la obediencia perfecta.

En primer lugar haremos algunas

consideraciones generales y,

cuando expliquemos la mentalidad y la pedagogía salesianas, entraremos en

detalles.

1.24.1

Consideraciones generales:

Pág. 69

Schoenstatt como *esfera* ofrece arraigo a todos los tipos de espiritualidad; en Schoenstatt todas ellas pueden aportar allí su fecundidad y a la vez dejarse fecundar. Así lo exige la amplitud de Schoenstatt; amplitud que a su vez Schoenstatt comparte con la Iglesia.

En efecto, con la Iglesia y en la Iglesia, Schoenstatt tiene en común el objetivo de un apostolado universal: la activación, movilización y organización de todas las fuerzas de trabajo apostólicas, de todas las áreas de trabajo, de todos los métodos de trabajo y de todos los medios de trabajo.

Así lo exige en nosotros la síntesis de todas las formas acrisoladas de espiritualidad; síntesis que a su vez constituye una creación nueva en un plano superior. Tal creación ha logrado una concreción orgánicamente unilateral mediante el misterio de Schoenstatt, el cual ha preservado eficazmente al universalismo del peligro del nihilismo.

En el universalismo (= *infinetismo*) radica la fortaleza de Schoenstatt, pero también su debilidad.

No resulta fácil captar una corriente espiritual como la de Schoenstatt, mantenerla en un cauce sano y guiarla con consecuencia sin sofocar ni volatilizar la vida.

Pág. 70

1.24.11

Según la perspectiva benedictina el católico que vive en comunidad cultiva una decidida *stabilitas loci et personae*. Las comunidades benedictinas sirvieron como red colectora de una humanidad nómada que no quería sosegar.

En un tiempo signado por el desarraigo universal, este dato histórico arroja luz sobre nuestra vinculación local y personal, sobre nuestro carácter familiar y obediencia familiar. En virtud de esta herencia benedictina nos sentimos emparentados y agradecidos para con San Benito y los benedictinos.

La modalidad benedictina cuenta con que se cometan faltas a la obediencia y crea un contrapeso mediante una sana conducción de la comunidad en la *vita communis*. Lo mismo vale para nuestras internas; en cambio para las externas rige la modalidad jesuita: en lo posible que no haya faltas.

1.24.12

La modalidad franciscana se distingue por su fe sencilla en la Divina Providencia; - obediencia providencialista - fuertemente desarrollada en nosotros.

1.24.13

La modalidad salesiana insiste especialmente en que la obediencia esté inspirada en el amor. Lo mismo sucede en nuestro caso.

De ello se desprende que todas las corrientes católicas acrisoladas y reconocidas comparten nuestra concepción de la obediencia perfecta y su decisiva importancia para la formación del cristiano.

11.24.2

Sabiduría de vida y sabiduría pedagógica salesianas

Pág. 71

San Francisco de Sales, doctor de la Iglesia, apoya plenamente nuestra concepción.

1.24.21

Comparación con la orientación global ascético pedagógica salesiana

La concordancia entre San Francisco de Sales y nosotros es amplísima, tanto en lo que atañe a actitudes espirituales como a exigencias particulares.

- En general: Lo que llamamos pedagogía de ideales, de alianza y de vinculaciones; lo que enseñamos sobre la pedagogía de movimiento y de confianza y lo que proclamamos sobre *La santidad de la vida diaria* se halla desarrollado en San Francisco de Sales hasta un cierto punto.

Pág. 72

- En particular:

La santidad de la vida diaria,

el ideal de estado

y el ideal personal.

-- La santidad de la vida diaria en San Francisco de Sales:

Su genialidad religioso-pedagógica fue necesaria para desprender con mano segura la piedad de las formas habituales de los órdenes religiosos, remontarla a lo esencial y supratemporal, al amor perfecto, y adaptarla cuidadosamente a la individualidad personal y al lugar original que cada uno ocupa en la vida.

De ahí que en la historia de la espiritualidad de Occidente San Francisco de Sales sea considerado como pionero de la santidad de la vida para la modalidad espiritual de los Instituta saecularia y todas sus corrientes afines.

Pág. 73

La generalización y absolutización del ideal de las órdenes religiosas impidió el arraigo de la religiosidad en el mundo laical.

Aquí se ubican las raíces de la secularización que impera hoy: Haecker, Congreso Católico de Maguncia, Westermayer,

Pág. 74

Kockerolst, Nietzsche, Voltaire, Bakunin.

En la secularización se halla la fuente del desencuentro entre obreros e Iglesia. De ahí el sentido y finalidad de una santidad de la vida diaria para las vocaciones laicales, según San Francisco de Sales.

Pág. 75

Referencia de Pío XI a San Francisco de Sales - Deseo del Congreso Católico de Maguncia: Participación de los laicos en el apostolado jerárquico de la Iglesia.

Pág. 76

Tres principios de San Francisco de Sales:

Pág. 77

1º Principio: La espiritualidad monástica no puede practicarse en la profesión que se desempeña en medio del mundo.

2º Principio: La verdadera espiritualidad no va en perjuicio de nada, ni de la profesión, ni de los negocios.

3º Principio: En el mundo se puede arribar a la máxima perfección tan bien como se lo puede hacer en un monasterio.

“Es un error, más aún, una herejía, pretender desterrar la vida religiosa de la compañía de los soldados, del taller del artesano, de la corte de los príncipes y del hogar de los esposos (S. F. de Sales).

Pág. 78

-- La perfección de estado según San Francisco de Sales

San Francisco de Sales no se cansaba de advertir sobre exageraciones, de desaconsejar el afán de cosas extraordinarias, de integrar las aspiraciones religiosas en el sobrio contexto de los deberes de estado y dejar que se desplieguen allí con eficacia.

Pág. 79

Lo fundamental fue y siguió siendo para él el amor perfecto considerado como núcleo de la santidad. Un amor perfecto que busca desplegarse perfectamente en la forma de vida que Dios exige en razón de la profesión y estado que se tenga...

Pág. 80

La carencia de raíces y de hogar de nuestro pueblo aumenta hasta grados inconmensurables. San Francisco de Sales señala el camino a través de la maraña impenetrable, a través del desconcertante laberinto. Su criterio: El crecimiento en el amor de Dios hasta el punto de la intimidad con Dios y el ardor por Dios. Costumbres y forma de vida acordes al estado y profesión.

-- El ideal personal según San Francisco de Sales

En primer lugar tuvo el valor de abordar tan seriamente las necesidades individuales del alma que, en contraposición a la teoría y práctica de su siglo, rechazó todas las tipificaciones de los ideales y sus reinterpretaciones analógicas.

Pág. 81

Su principio fundamental de la formación de la personalidad: Seamos plenamente lo que somos.

Parece que siempre lo acompañó la preocupación por la originalidad. Citas.

Pág. 82

Este respeto frente a la originalidad lo hace ser en todo momento tolerante en sus juicios y en la vida. Pero exige en cambio una similar tolerancia para con su persona y sus opiniones.

Para destacar la misión que tiene San Francisco de Sales para la época actual, baste mencionar la importancia que reviste la doctrina y práctica del ideal personal para superar al hombre masificado y al hombre-película.

1.24.22

El concepto salesiano de obediencia

A partir de esta concepción global no resulta difícil comprender el concepto de obediencia salesiano, exponer con claridad su originalidad y encenderse de entusiasmo por él.

Diferencia entre el concepto de obediencia jesuita y el salesiano.

Pág. 83

La diferencia no radica en la meta sino en el método.

La causa última y más profunda de ello subyace en la diferencia existente en cuanto a la imagen de Dios.

San Ignacio se inclina ante la *majestas divina*. Por eso exige, frente a ella y a su transparente, una correspondiente disciplina, casi una actitud militar.

San Francisco ve en Dios *per eminentiam* la *caritas divina* y se deja encender por ella - él y sus seguidores - hasta

Pág. 84

alcanzar el amor perfecto, el cual a su vez impulsa a la obediencia perfecta.

- Diferencia en el arte de gobernar:

San Ignacio toma en consideración la posibilidad de que exista una cierta medianía en el arte de gobernar;

San Francisco de Sales exige una mayor genialidad de la cual no cualquiera es capaz.

- Algunos pensadores mencionan una tercera característica: San Ignacio sería el maestro de una espiritualidad masculina, mientras que san Francisco lo sería de una femenina.

1.24.23

Schoenstatt y al concepción salesiana de obediencia

- San Francisco asegura la obediencia poniendo en primer plano el amor, y esforzándose por todos los medios imaginables para fomentar el crecimiento del mismo. Conduce a sus hijos e hijas espirituales a realizar una consagración que exprese la perfecta orientación a Dios de todas las fuerzas del alma.

En Schoenstatt todas nuestras consagraciones de curso, de provincia y de Familia están afinadas, en lo esencial, en este mismo tono y tienen el mismo sentido. La repetición frecuente de la consagración apunta a asegurar la actitud de la cual manan los actos de obediencia.

Pág. 85

El amor a la ley se funda en el amor al legislador; ambos aspectos asegurarán que la ley tenga alma, que su interpretación sea confiable y amplia, y que sea cumplida con pureza, fuerza y fidelidad. La epiqueya se convertirá en perfecta aceptación del legislador y en acción inspirada en su espíritu, el cual, en casos especiales, exige también decisiones especiales.

- San Francisco de Sales es asimismo capaz de plantear serias exigencias particulares con tono firme. Pero por lo común observa una forma de gobierno indulgente.

Schoenstatt resume este método en el siguiente postulado: "Nuestra forma de gobierno debe ser autoritativa en principio y democrática en la aplicación".

De este modo unimos las valiosas conquistas del liberalismo y las del absolutismo e imitamos la praxis de Dios.

- Acentuación de la libertad:

San Francisco es más generoso y liberal en la medida en que el alma se esfuerce seriamente por crecer en el amor. Acentúa la libertad de los hijos de Dios para que el alma no se vea sometida a coerción. El correcto uso de la libertad dará prueba de la sanidad y autenticidad del amor.

Pág. 87

Schoenstatt tiene el siguiente axioma: Libertad cuanta sea posible; vínculos obligatorios (solamente, pero también) los necesarios; cultivo del espíritu en la mayor medida imaginable.

- La concepción salesiana de la relación entre amor perfecto y obediencia perfecta arroja una nueva luz sobre nuestros actos de entrega al Padre o actos de seguimiento del Padre. Estos constituyen una vinculación de amor que facilita y garantiza la obediencia perfecta, y por ello hace posible y segura la renuncia a muchas normas disciplinarias externas y a un alambicado sistema de vigilancia. Fortalecen la autoridad moral de los superiores, de tal manera que la autoridad exterior y el recurso a ella puedan pasar más a un segundo plano.

Cita de carta del 25.5.49.

Pág. 88

1.3

Conclusión del estudio sobre la obediencia perfecta.

1.31

Concepto de obediencia de Pallotti como resumen de lo dicho:

Por eso debemos *"esforzarnos, por amor a nuestro Señor Jesucristo, en vivir en obediencia y sujeción cada vez más perfectas."*

Pág. 89

Según Pallotti, la obediencia perfecta debe ser:

Cristiana y religiosa - general - indistinta - exacta y cabal - pronta - ciega - simple - humilde y respetuosa - de corazón y por amor.

Pág. 90

1.32

Peculiaridad de la revolución mundial actual: Es totalitaria y universal, no se vuelve hacia el pasado sino que dirige su mirada hacia un futuro desconocido y sueña con un estado ideal de cosas que jamás ha existido y que nadie conoce, pero que promete con absoluta seguridad el cielo en la tierra... Afecta todos los ámbitos de la vida, llegando hasta el más resguardado monasterio. De ahí tanta inquietud en todos los países; tanta inseguridad en la sociedad; tanta falta de cobijamiento en los corazones humanos; tanto inquirir, buscar y tantear, incluso en comunidades religiosas...

De este modo queda definida la tarea a la que ha de abocarse el arte de dirigir católico en medio de una turbulenta época de transición: Conocimiento y valoración de la historia de la Iglesia y en la percepción de la estructura del orden mundial venidero; estar dispuesto y ser capaz de desechar formas meramente circunstanciales y generar y desarrollar con creatividad - fundado en principios fundamentales del orden natural y sobrenatural - las nuevas formas que Dios exige a través del tiempo y para el tiempo.

San Francisco de Sales es un modelo de esta actitud.

En medio de nuestro tiempo signado por el caos, la Iglesia necesita personalidades valientes y proféticas que no caigan en la debilidad de hacer concesiones en el área de la doctrina y de la vida; que se mantengan fieles a lo esencial y supratemporal. Pero que a la vez sean tan flexibles y perceptivos que permitan al genuino espíritu católico crear formas nuevas que anticipen la Iglesia venidera y le infundan solidez...

Pág. 91

Esta es la tarea que Schoenstatt ha procurado llevar a cabo desde el principio, con gran seriedad moral y asumiendo su pesada responsabilidad.

La crisis mundial se va agudizando. Creemos que nuestro deber es ofrecer nuestro probado salvavidas; si el naufrago lo rechaza es cosa suya. Quien ha podido colaborar en la construcción de un arca debe mantenerla abierta a todos los que estén llamados por Dios a ascender a ella. Quien rechace la invitación lo hará bajo su propia responsabilidad.

He aquí pues la actitud con la que se escribió el ensayo sobre los objetivos religioso-pedagógicos desde el punto de vista de la obediencia perfecta.

2

El método religioso pedagógico

También aquí: El mismo antagonismo que existe en el punto de la meta.

Pág. 92

Las reflexiones hechas hasta ahora se han ocupado asimismo de cuestiones metodológicas. No se trata de un estudio sistemático, sino sólo de responder a las objeciones planteadas por el *Informe*.

2.1

El problema:

2.11 .

Acusación del Informe:

La terminología de Schoenstatt es inusual, exagerada, irritante,

Pág. 93

induce a confusiones, suena presuntuosa y debería ser evitada.

Ejemplo: Schoenstatt considerado como "*creación predilecta de Dios*" o bien "*ocupación predilecta de Dios*".

2.12

Estimación de esta acusación:

Así juzga una manera de pensar netamente mecanicista.

En este caso: Separa violentamente el saber del amar.

Lo que la mentalidad mecanicista desecha por considerarlo una deformación, la mentalidad orgánica lo ve como una solución para las graves crisis de nuestra época.

2.2

Iluminación del problema a la luz del cambio de tiempos y de la historia

2.21

El problema es antiquísimo

Raras veces hallaremos entre el saber religioso y el amor una unidad de orden. En el mejor de los casos habrá que contentarse con una unidad en tensión.

El saber y los estudios religiosos tienen que ser alimento para el amor. (*La santidad de la vida diaria*).

En la coyuntura actual, la atomización de la vida

Pág. 94

priva al cristianismo y al cristiano de fecundidad, de juicio propio, de resistencia, hogar, ímpetu, alma, personalidad y religión.

2. 22

Esta época exige una reforma de la situación concreta y una reforma del espíritu.

Pág. 95

Un movimiento renovador y pedagógico de carácter decididamente ético-religioso debe basarse sobre todo en una reforma del espíritu.

Problema central y capital frente a un peligroso enemigo, aliado a poderes demoníacos: La religión manifiesta su plena fuerza transformadora y creadora sólo allí donde un sólido saber religioso suscite y nutra un amor de alto grado.

La santidad de la vida diaria describe las relaciones internas entre reforma de la situación concreta y reforma del espíritu.

Pág. 96

Reforma de la situación concreta es tarea de otras instancias. Una labor directa en el área socio-económica está pensada para la *Obra Familiar*...

2.23

Una mirada retrospectiva sobre las grandes épocas de convulsiones del pasado revela que todos los reformadores católicos importantes fueron genios del amor, y no siempre del pensamiento y de las ideas.

San Ignacio (Ejercicios):

Saborear y paladear las cosas divinas.

¿Cómo lograrlo en el hombre moderno, un hombre-película, un hombre masificado?

Pág. 97

Esta es nuestra tragedia. Aquí subyace también el problema central: Transformación de conocimientos sólidos en amor ferviente y vigoroso.

San Francisco de Sales

se plantea el mismo problema. Su pregunta: ¿Qué cualidades debe tener el conocimiento religioso para que conduzca hacia el reino del amor?

2.24

Una mirada sobre los círculos intelectuales dirigentes de Alemania (queja de Ivo Zeiger) descubre un mal preocupante de la cultura actual:

- Carencia de un discernimiento claro y autónomo;
- incapacidad de hacer que el conocimiento seguro se convierta en maestro de vida.

Pág. 98

La pedagogía moderna retoma el problema a su manera: ¿Cómo se convierte una idea en un complejo de pensamientos y valores predominante?

El tema es tratado con descuido tanto por la prensa como en la vida misma.

2.3

Respuesta de Schoenstatt:

2.31

Schoenstatt, con su orientación consecuente y acorde a la época, ha resumido el conocimiento y la experiencia de siglos acerca de este tema, vertiéndolos en una formulación sencilla y pedagógicamente muy eficaz: El hombre es ocupación predilecta de Dios. Por eso debe hacer de Dios su ocupación predilecta (Alianza de Amor).

El secreto de Schoenstatt radica en la manera original como se ha concretado allí la idea de la mutua ocupación predilecta entre Dios y el hombre (compendio de teología, filosofía, psicología y pedagogía).

Desde el punto de vista de la psicología de la religión:

De esta manera hemos expresado el secreto de los santos y de la santidad en una

Pág. 99

formulación breve, adaptada a nuestro tiempo y convincente.

En términos más populares: Todos los santos comenzaron a ser santos recién cuando se consideraron la ocupación predilecta de Dios e hicieron de Dios su ocupación predilecta.

Si el Occidente cristiano no vive del secreto de los santos, no estará en condiciones de enfrentar el asalto del bolchevismo.

2.32

Algunas observaciones para comprender mejor lo que esto significa:

- Declaraciones de ex nuncio de China:

-- Los enemigos de la Iglesia son, en el fondo, todos iguales. En Occidente, hipócritas; en Oriente, brutales.

Pág. 100

-- La Iglesia está sola. Tiene que movilizar la totalidad de sus fuerzas. Debe pasar a la ofensiva.

Pág. 101

-- Visible impulso en la Iglesia hacia una transformación mayor. Sin el secreto de los santos ese proceso de transformación lleno de bendiciones caerá pronto en una preocupante inestabilidad...

- En referencia a Donoso Cortés: Se lleva a la Iglesia y a sus representantes a desprenderse de toda confianza en sí mismos y se los impulsa a lanzarse por entero a los brazos de Dios.

Pág. 102

Dios quiere demostrar que sólo a Él deben el mundo y la Iglesia su salvación.

¿Quién puede motivar a Dios a acelerar su venida e intervención? Respuesta: Sólo quien viva del secreto de los santos.

- Existencialismo: Quien viva del secreto de los santos estará inmunizado contra toda afección espiritual.

- Crisis del tiempo: Ivo Zeiger menciona doce inquietudes. Respuesta a ellas: Sólo el secreto de los santos puede provocar un cambio.

1. Proceso de masificación.

Pág. 103

2. Cristianos sacramentalistas y liturgicistas con una ética neopagana.

3. No se asimilan ni elaboran los conocimientos religiosos.

4. No se toman más en serio palabras y conceptos.

5. En el hombre de hoy nada cala en lo profundo.
6. Los dirigentes deberían hacer suyas esas verdades de la ética cristiana, con claridad y sobriedad.
7. El espíritu de soledad está amenazado.
8. Desmesurado interés por lo sensacional (apariciones, etc.).
9. Disolución de los antiguos órdenes culturales tradicionales.
10. No hay ámbito que haya escapado a la masificación, tampoco la Iglesia.
11. Tensión entre adaptación exterior y conservación de autonomía interior (marca residual de la masificación).
12. Extinción de la personalidad.

Las respuestas son muchas y polifacéticas. Todas las inquietudes planteadas hallan una solución definitiva y esperanzadora sólo en la medida en que se las vincule con el secreto de los santos. ¡Tan decisiva es la importancia que reviste ese universo vinculado a la idea de la ocupación predilecta de Dios por el hombre y del hombre por Dios!
La discrepancia entre ambos enfoques, el de Schoenstatt y el del *Informe*, es extraordinariamente grande.

2.4

La cuestión de una fundamentación irrecusable de cada uno de ellos.

2.41

El *Informe* habla de la posibilidad y realidad de malentendidos y de la insignificancia del asunto.

De lo dicho anteriormente se desprende que no se trata de algo secundario. Hay que consultar no sólo a la teología y la filosofía sino también a la psicología y la pedagogía.

La fundamentación del *Informe* es débil e insuficiente.